
AN ENEMIES TO LOVERS
MAFIA ROMANCE
PAINTED
PERFECTLY IMPERFECT SERIES
scars
NEVA ALTAJ



PAINTED scars

PERFECTLY IMPERFECT SERIES

NEVA ALTAJ





SINOPSIS

Nina

Encantador, cautivador y seductor,
y un asesino a sangre fría.
Pero me casé con el Pakhan de la Bratva rusa de todos modos.
Tuve que hacerlo. Era parte del trato.

Ahora, estoy fingiendo la felicidad conyugal,
mientras tiemblo de miedo,
Y no puedo esperar a estar fuera de las garras de este hombre despiadado.

Roman

Consigo todo lo que deseo.
Y quiero a esta pequeña manipuladora perfectamente imperfecta.

La forma en que puede engañar a cualquiera haciéndole creer que está locamente enamorada de mí,
solo me hace desearla aún más.

Ella aún no lo sabe,
pero no la voy a dejar ir.
El trato - se cancela.



Nota del Autor

Estimado lector, en el libro se mencionan algunas palabras rusas, así que aquí están las traducciones y aclaraciones:

Malysh - малыш (pequeño) se utiliza como cariño en lugar de "bebé". La palabra es masculina, pero puede usarse como género neutro. También existe una versión femenina - малышка (malyshka), que también puede utilizarse para dirigirse a una pareja (femenina), pero la mayoría prefiere "malysh".

Kukolka - куколка (pequeña muñeca) es un diminutivo de "kukla", que significa "muñeca".

Milaya - милая (querida, amada) se utiliza como un apelativo en lugar de "cariño".

Piroshki - пирожки (pasteles de mano) son pequeños pasteles rellenos de carne, verdura o fruta finamente picada y pueden ser horneados o fritos.

Una nota sobre los apellidos rusos: El apellido de la mayoría de las mujeres rusas casadas se forma añadiendo una "a" al final del apellido del marido (ej. Petrov, Petrova). Los rusos que viven en el extranjero pueden ajustarse a las normas locales y tanto el marido como la mujer tendrán la misma terminación en su permiso de conducir y otros documentos para evitar confusiones (Roman Petrov y Nina Petrov). Sin embargo, los rusos se seguirán dirigiendo a la esposa como Nina Petrova, independientemente del país en el que vivan.

Prólogo

Roman

Bip. Bip.

Fuerte olor a hospital. Parece que he sobrevivido.

Intento abrir los ojos. No lo consigo. Probablemente la anestesia está empezando a desaparecer. Al menos ya no hay dolor. Hay voces silenciosas procedentes de mi izquierda, pero son tenues, y aunque me suenan, no puedo reconocerlas.

Bip. Bip.

—¿Puede escucharnos?

—No. Está muy sedado.

Bip.

—¿Vivirá?

—Sí. Desgraciadamente. Las heridas de su pecho no eran tan graves. Lo remendaron.

—Siempre podemos intentarlo de nuevo. Culpar de nuevo a los italianos.

—Demasiado arriesgado. La gente es leal al Pakhan. Si alguien sospecha de mí, terminaré en una zanja.

Bip.

—Bueno, puede haber un lado positivo. La metralla le destrozó la rodilla.

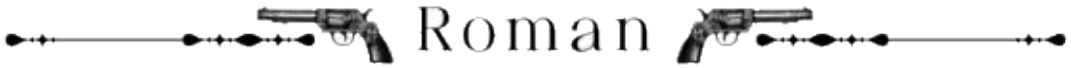
—¿Y qué?

—El médico dijo que no volverá a caminar. Si alguien más capacitado entra en escena... la gente, por muy leal que sea, difícilmente apoyará a un Pakhan que está en silla de ruedas cuando se le presenta una opción mejor.

—Bueno, supongo que lo hicimos bien después de todo.

Suenan dos pares de pasos saliendo, y luego una puerta se cierra.

Capítulo 1



Tres meses después

Nunca hay suficientes medicamentos.

Coloco la hoja llena de notas en la pila de papeles de mi escritorio y me centro en los números de la pantalla del portátil.

—Llama a Sergei. —Me reclino en mi silla de ruedas y miro a Maxim, sentado al otro lado de mi escritorio—. Necesito que organice dos envíos adicionales este mes.

—Ya ha negociado las cantidades con Mendoza para el trimestre. No estoy seguro que los mexicanos puedan duplicar en tan poco tiempo.

—Lo harán. Ahora, dime qué diablos ha pasado porque conozco bien esa mirada, y sé que no me va a gustar la respuesta.

—Samuel Grey malversó tres millones de dólares. De nuestro dinero.

Suspiro y sacudo la cabeza.

—¿Quién es Samuel Grey? Y, ¿Por qué tuvo acceso a nuestro dinero y cómo se las arregló para hacerlo?

—Nuestro agente inmobiliario. El dinero estaba destinado a comprar dos lotes más, próximos al almacén norte. Grey pensó que podía pedir

prestado nuestro dinero durante una semana para una inversión que terminó siendo un esquema Ponzi[1].

¿Qué tan idiota tiene que ser una persona para robar a la Bratva? A veces me sorprende la estupidez de la gente.

—¿Puede devolverlo? —pregunto.

—No.

—Mátalo. Y haz de él un ejemplo.

—Tenía otra cosa en mente. La gente... la gente está empezando a hablar, Roman. Necesitamos una distracción, rápido. Creo que Grey puede proporcionar esa distracción.

—¿Oh? ¿Y de qué han estado hablando? —Conozco a Maxim desde que empezó a trabajar para mi padre hace dos décadas, como soldado de a pie. El viejo Pakhan nunca pudo determinar el potencial de una persona. Desperdiciar a un hombre tan competente como Maxim asignándolo al trabajo de campo básico fue uno de los muchos errores que corregí en el momento en que me convertí en Pakhan hace doce años. Justo después de matar al bastardo.

—De ti. Aún, estando soltero.

Eso es una vieja noticia.

—Pero eso no es todo, ¿verdad? ¿Qué más? —Entorno los ojos hacia Maxim.

No me mira, su atención se concentra en algo en la pared detrás de mí.

—Hay rumores que no podrás dirigir la Bratva por mucho tiempo y alguien más ocupará tu lugar. Alguien más... físicamente capacitado.

—¿Y compartes su opinión?

—No me insultes, Roman. Sabes que siempre te he apoyado y lo seguiré haciendo. Incluso si no creo que seas el Pakhan más capacitado que haya tenido la Bratva. Pero has estado encerrado aquí durante tres meses. No has ido a ninguno de nuestros clubes para comprobar las operaciones

---

1 Esquema Ponzi: El esquema Ponzi es una operación fraudulenta de inversión que implica el pago de intereses a los inversores de su propio dinero invertido o del dinero de nuevos inversores. Esta estafa consiste en un proceso en el que las ganancias que obtienen los primeros inversionistas son generadas gracias al dinero aportado por ellos mismos o por otros nuevos inversores que caen engañados por las promesas de obtener, en algunos casos, grandes beneficios. El sistema funciona solamente si crece la cantidad de nuevas víctimas.

como hacías al menos una vez al mes antes de la explosión. Y no has sido visto con una mujer.

—¿Así que el estado de mi vida sexual es un mejor indicador de mi capacidad para dirigir la Bratva que el hecho que hayamos duplicado nuestros beneficios los dos últimos meses?

—La gente necesita la sensación de estabilidad, Roman. Todavía recuerdan cómo tu padre tomó el lugar del anterior Pakhan y el caos que siguió. La Bratva perdió más de cincuenta personas en escaramuzas internas, y el negocio quedó devastado. Necesitan saber que no volverá a suceder. Una esposa significa que habrá un heredero, preparado para ocupar su lugar cuando llegue el momento, sin que haya guerras internas ni muertes.

—No me ataré a una mujer cualquiera de por vida solo para apaciguar nuestras filas.

—Deja que te enseñe algo. —Maxim saca su teléfono y comienza a desplazarse—. Mi hija fue al colegio con la hija de Samuel. No eran amigas íntimas ni nada parecido, pero salían juntas a menudo, y recuerdo que me enseñaba los vídeos que grababa. Le pedí que me enviara uno de ellos anoche cuando escuché lo que hizo Samuel Grey.

—¿Qué tienen que ver los vídeos de adolescentes con mi capacidad para dirigir la Bratva?

—Bueno, ya no es una adolescente. Nina Grey terminó sus estudios de arte en el Instituto de Arte de Chicago en dos años en lugar de cuatro, y actualmente es la artista joven más solicitada del país. Sus cuadros se venden por cuatro cifras cada uno.

—¿Y qué, la contratamos para que nos pinte un retrato familiar? —Me pellizco el puente de la nariz—. Apenas tienes cincuenta años. ¿Te estás volviendo senil prematuramente?

—No la vamos a contratar para que nos pinte un retrato. La estaremos chantajeando. La vida de su padre por sus servicios.

—¿Para hacer qué?

—Para casarme contigo, Roman. Bueno, al menos temporalmente.

Miro fijamente a mi segundo al mando durante unos segundos y luego estallo en carcajadas.

—Estás loco.

—¿Lo estoy? —Cruza las manos y se echa hacia atrás—. ¿Y qué dice el terapeuta? Sobre tu pierna.

—Espera que pueda recuperar hasta el ochenta por ciento de su capacidad.

—¿Qué significa eso?

—Significa muletas en el peor de los casos. Un bastón en el mejor.

—Eso es bueno. ¿De cuánto tiempo estamos hablando? ¿Un mes?

Lo miro a los ojos y aprieto los dientes.

—Al menos seis meses más de fisioterapia.

—Mierda, Roman. —Extiende su mano y presiona sus sienes—. No podemos esperar tanto tiempo. Necesitamos algo ahora, o tendremos disturbios.

Miro por la ventana y suspiro. Maxim suele tener siempre razón.

—¿Dices que o tengo dos piernas funcionales o una esposa? No voy a caminar pronto, Maxim.

—Bueno, en ese caso, vamos a conseguirte una esposa hasta que lo hagas.

—Eso es ridículo. No puedo chantajear a una mujer que no conozco para que se haga pasar por mi esposa durante seis meses, especialmente una que no tiene conexión con nuestro mundo. Probablemente se cague de miedo. Nadie se lo creerá.

—Mira esto —dice Maxim y pone su teléfono en mi mano.

El vídeo está granulado, probablemente porque fue grabado hace años, pero la iluminación es buena y puedo ver el interior de una sala con varios adolescentes sentados en semicírculo, de espaldas a la cámara. La única persona a la que se le ve la cara es una chica de cabello oscuro, sentada con las piernas cruzadas ante el público. La cámara se acerca para enfocar sus rasgos inusuales. Alguien de su familia debe ser de ascendencia asiática porque sus ojos tienen una ligera inclinación que los hace parecer felinos. Me pregunto qué aspecto tendrá ahora.

—¿Puedes hacer lo de la Sra. Nolan? —pregunta alguien del semicírculo—. ¿Cuando habla de sus gatos?

—¿Otra vez? —La joven Nina Grey gime—. ¿Qué tal alguien nuevo? ¿Tal vez un político?

Se oye un sonido colectivo de desagrado y varios adolescentes gritan: "¡Sra. Nolan! "La joven Nina sacude la cabeza, sonríe y cierra los ojos. Cuando los abre unos segundos después y empieza a hablar, me encuentro acercando el teléfono, completamente asombrado.

Está hablando, pero no presto atención a sus palabras. Estoy completamente absorto en observar la mímica de su cara, la forma en que su ojo derecho tiembla ligeramente cuando habla, cómo acentúa las palabras. De repente, es como si fuera una persona completamente diferente.

—¿Qué edad tiene en este vídeo? —pregunto sin quitar los ojos de la pantalla.

—Catorce. Increíble, ¿verdad?

En el vídeo, alguien grita otro nombre y señala a una chica sentada al final del semicírculo. Nina Grey se ríe, cierra los ojos en señal de concentración y empieza un nuevo espectáculo. De nuevo, adopta un personaje completamente nuevo, su postura, la forma en que mueve las manos mientras habla. La chica de al lado la observa, luego se ríe y se cubre la cara con las manos. Nina reproduce el movimiento al detalle, incluso la forma en que los hombros de la chica se levantan un poco mientras se ríe. Creo que nunca he presenciado algo así.

Levanto la vista para encontrar a Maxim sonriendo con satisfacción.

—Como puedes ver, no debería haber ningún problema en que se haga pasar por lo que necesites.

—¿Hablas en serio? —Esta idea suya me sigue pareciendo una completa idiotez.

—Tiempos desesperados requieren medidas desesperadas, Roman. Tenemos que acabar con los rumores, y tenemos que hacerlo ahora.

—En ese caso, que sea la esposa. —Cierro de golpe el portátil—. ¡Mierda!

Nina

Dejo mi bolsa en el sillón reclinable y me doy la vuelta en el salón. Han pasado meses desde que estuve aquí, pero parece que nada ha cambiado. Las mismas cortinas y alfombras blancas, muebles blancos y beige, paredes blancas vacías. Tanto blanco... parece estéril. Siempre lo he

despreciado. No es de extrañar que la primera suma importante de dinero que gané, la utilizara para alquilar un apartamento y alejarme de esta desolación.

—Estoy en casa —grito.

Unos segundos más tarde, se oye el sonido de unos tacones que vienen hacia mí. Mi madre sale de la cocina y se aproxima, sus manos en la cadera. Zara Grey es todo lo contrario a mí; alta y rubia, totalmente maquillada y con un vestido perfectamente planchado. Un vestido blanco de seda. Quiero gemir.

—Llevas tres horas de retraso, te he dicho... —se detiene a mitad de la frase—. Dios mío, ¿qué has hecho contigo?

—¿Puede ser más específica?

—La cosa de metal en la nariz.

—Se llama piercing, mamá.

—La gente contrae enfermedades a través de ellos, Nina. Cuando tu padre te vea, le dará un ataque al corazón.

—Tengo veinticuatro años. Puedo hacer lo que me plazca con mi cuerpo. Y lo llevo desde hace años, solo me lo quito cuando vengo aquí para evitar que me molestes. Hoy se me olvidó.

—¿Y por qué vas toda de negro? ¿Se ha muerto alguien?

Unas cuantas de mis neuronas, seguro.

—Estoy en una fase oscura este mes. —Me encojo de hombros.

A mi madre le encantan los tópicos. Creo que la hacen sentir más cómoda, especialmente conmigo. Todavía le cuesta procesar mi elección de carrera. Tal vez le resultaría más fácil si dibujara arreglos florales o bebés ciervos. Me pregunto qué diría de mi última obra. Todavía es un trabajo en proceso, pero no hay flores ni ciervos previstos.

—¿Por qué tienes que ser tan extraña constantemente?

—Funciona muy bien con los chicos. —Sonrío—. A los hombres les encantan las mujeres extrañas.

—No estoy tan segura de eso, cariño.

Dios, ni siquiera puede entender mi sarcasmo.

—Cuando papá llamó, dijo que era urgente. ¿Dónde está?

—En el estudio. Ha estado actuando fuera de lo normal los últimos días. Creo que tiene algo que ver con el trabajo, pero no me dice nada. Parece... como si tuviera miedo de algo.

Mi padre está en el negocio de inmuebles. No hay muchas cosas de las que asustarse. Entro en el pasillo de la izquierda y llamo a la puerta del estudio de mi padre, sin tener ni la más remota idea del cambio drástico que va a dar mi vida cuando entre.

* * *

Media hora más tarde, estoy sentada en un sillón reclinable que ocupa la esquina del despacho y miro a mi padre con la boca abierta.

—¿Esto es una broma?

—No es una broma. —Se encoge de hombros y pasa una mano por su cabello canoso.

—De acuerdo, a ver si lo entiendo. Robaste dinero a los rusos y lo perdiste, así que ahora me pides que me case con un jefe de la mafia rusa.

—No he robado nada, Nina. —Lanza los brazos al aire, se levanta y empieza a pasearse detrás de su escritorio—. Solo lo tomé prestado durante unos días porque necesitaba los fondos para este negocio. Nunca pensé que el tipo fuera un fraude o que cogiera el dinero y desapareciera.

—Cogiste el dinero y no puedes devolverlo. ¿Cómo diablos te involucraste con la mafia rusa? ¿En qué demonios estabas pensando, papá?

—No me hables así. —Me señala con un dedo acusador—. ¡Soy tu padre!

—Me estás pidiendo que me case con un criminal para salvar tu trasero, por el amor de Dios. Creo que puedo hablar contigo de la manera que quiera, todo sea dicho.

—Nina...

—¿Esperan que me case con su jefe? ¿Realmente?

—Es solo temporalmente. —Agita la mano en el aire como si no fuera gran cosa.

—Pero, ¿por qué? ¿No hay una fila de hijas de la mafia en algún lugar queriendo casarse con el tipo? Sería un sueño hecho realidad para cualquiera de ellas, ¿no? ¿Por qué yo?

—No lo han dicho. Esta gente no da explicaciones. Te dicen lo que tienes que hacer, y si no lo haces, estás muerto.

—¿Realmente crees que te matarán?

—Sí. Me sorprende que no lo hayan hecho ya. —Detiene su paso y se gira para mirarme—. Si no haces lo que te piden, estoy muerto.

Respiro profundamente y entierro mis manos en mi cabello, presionándome la cabeza como si eso fuera a ayudar a encontrar una solución a esta cagada. Porque no me voy a casar con nadie, sea un matrimonio falso o no.

—Vale, vamos a pensar. Debe haber alguna forma de arreglar esto. Tengo algunos ahorros, tal vez cincuenta mil dólares. Tengo mi próxima exposición en un mes, y debería poder conseguir otros veinte si consigo terminar las quince piezas y se venden todas. ¿Cuánto dinero puedes conseguir por la casa?

—Tal vez ochenta mil. O noventa, si vendemos los muebles también. Puedo conseguir diez más por el coche.

—Bien. Eso nos sitúa en torno a los ciento setenta mil. ¿Será suficiente? ¿Cuánto les debes?

—Tres millones.

Debo haber tenido un pequeño ataque porque es imposible que haya dicho las palabras que acabo de escuchar.

—¿Puedes repetirlo, por favor?

—Les debo tres millones de dólares.

Lo miro fijamente con la boca abierta.

—Dios mío, papá.

Me inclino y apoyo la frente en mis rodillas, tratando de controlar mi respiración. No soy material para el matrimonio, nadie en su sano juicio ofrecería tres millones de dólares a cambio de seis meses de matrimonio. Tiene que haber una trampa.

—Tiene noventa años, ¿no? —murmuro entre mis rodillas.

—No sé qué edad tiene su Pakhan, pero no creo que tenga noventa años.

—Ochenta entonces. Estoy tan aliviada. —Voy a vomitar.

—Dicen que será un matrimonio solo de nombre. No tendrás que... ya sabes.

—¿Dormir con él? Bueno, si tiene ochenta años, probablemente no pueda tener sexo. Eso es bueno. Ochenta está bien.

—Nina, lo siento mucho. Si no quieres seguir con esto, está bien. Ya se me ocurrirá algo.

Me enderezo y miro a mi padre, que ahora está sentado desplomado en su silla, con el cabello revuelto y los ojos inyectados en sangre. Parece tan viejo y frágil de repente.

—A no ser que pienses ir a la policía, no hay nada más que hacer, ¿verdad? —pregunto.

—Sabes que no puedo ir a delatar a la mafia rusa a la policía. Nos matarían a todos.

Por supuesto que nos matarían. Cierro los ojos y suspiro.

—Está bien. Lo haré.

Mi padre me observa durante unos segundos, después apoya sus manos en su rostro y comienza a llorar. Yo también quiero llorar, pero no tiene sentido.

—Supongo que organizarán una reunión, o algo así, donde discutiremos los detalles.

—Ya lo hicieron. Nos reuniremos con el Pakhan en una hora.

Miro a mi padre y entierro mis manos en mi cabello.

—Perfecto. Voy al baño a vomitar mi almuerzo y nos vemos en la puerta principal en cinco minutos.

Capítulo 2

Roman

Una chica me trae la bebida, la coloca en la mesa frente a mí y, sin levantar la vista, se da la vuelta y corre hacia la cocina. Miro a mi alrededor, observando los manteles monótonos y las sillas desiguales. El lugar es un basurero. Cerró el mes pasado, que es exactamente la razón por la que lo elegí para esta reunión. El sonido de un teléfono que suena perfora el silencio.

—Están aquí —dice Maxim desde su lugar detrás de mí—. Ella vino con su padre.

—Deja entrar a la chica. El padre debe quedarse fuera.

Tomo un sorbo de whisky y enfoco mis ojos en la puerta de cristal del otro lado de la habitación. Llaman y mi hombre, junto a la puerta, la abre y deja pasar a la chica.

Por alguna razón, esperaba que fuera más alta. Es una cosa diminuta, no mide más de un metro y medio. Su largo cabello negro como la noche cae en dos gruesas trenzas a ambos lados de su rostro, y si pasas por alto sus pechos, podría pasar por una adolescente. Incluso va vestida como tal; vaqueros negros rotos, una sudadera negra con capucha y esas botas negras que he visto que llevan los chicos emo.

Cierro los ojos un segundo y sacudo la cabeza. Esto nunca funcionará. Estoy planeando decirle a Maxim que la envíe lejos cuando su cabeza se vuelve hacia mí y las palabras mueren en mis labios. Tiene los mismos rasgos que vi en aquel vídeo, pero su cara ha perdido ese aspecto infantil de mejillas redondas. En lugar de una adorable adolescente, una mujer increíblemente hermosa está allí, observándome con algo similar a la ira. Sus ojos conectan con los míos y una perfecta ceja negra se arquea en forma de pregunta.

—Señorita Grey —digo y hago un gesto hacia la silla vacía al otro lado de la mesa—, por favor, acompáñenos.

Espero que se sobresalte, que se acobarde, pero la situación no parece perturbarla ni un poco. Se acerca, manteniendo su mirada conectada con la mía todo el tiempo. No coge la silla como se le ha ordenado, sino que se pone delante de mí y me mira. Me concentro en su rostro, esperando ver su reacción cuando perciba la silla de ruedas. No hay ninguna.

—No es usted lo que esperaba, señor Petrov —dice, y tengo que reconocerlo, la chica tiene agallas.

—¿Cómo es eso, señorita Grey?

—Esperaba que tuvieras ochenta años. —Ella frunce los labios.

¿Es realmente tan serena e imperturbable, o es otra de sus actuaciones, me pregunto? Si es una actuación, es realmente buena.

—Tengo treinta y cinco años. —Doy un sorbo a mi vaso—. Ahora que hemos aclarado eso, hablemos de negocios. ¿Tu padre te ha explicado qué se espera de ti?

—Lo hizo. Y tengo algunas preguntas. —Coge el extremo de una de sus trenzas y empieza a enrollarla alrededor de su dedo. No está tan relajada como intenta mostrarse, después de todo—. Y ya que vamos a llamar a esto una transacción de negocios, tengo una condición.

—¿Una condición? No está en posición de negociar las condiciones, señorita Grey, pero oigámoslo.

—Dejarás ir a mi padre. Esta... transacción quedará entre nosotros dos. Él está fuera de escena.

—Lo pensaré. Ahora, escuchemos las preguntas.

—¿Por qué necesitas una esposa falsa?

—No es de tu incumbencia. Y, el matrimonio no será falso. Siguiente pregunta.

Ella estrecha los ojos hacia mí.

—¿Qué sucede después de seis meses?

—Recibirás los papeles del divorcio y seguirás tu camino.

—¿Cómo vamos a hacer lo de la boda? ¿Simplemente iremos a firmar los papeles?

Me reclino en mi silla y la miro.

—Tenemos que dejar algunas cosas claras, señorita Grey. No necesito una esposa solo sobre el papel. Si alguien sospecha que no estamos locamente enamorados y que este matrimonio es una farsa, tu padre está muerto. Y tú te unirás a él.

Parpadea y me mira con la confusión claramente reflejada en su rostro.

—¿Esperas que vivamos juntos durante seis meses?

—Por supuesto. ¿De qué otra manera la gente podría creer en el matrimonio?

Parece que finalmente algo ha conseguido perturbarla, ya que se queda mirando con los ojos muy abiertos, sin decir nada. Tengo la sensación que no hay muchas cosas que puedan dejar a Nina Grey sin palabras.

—Habrá una fiesta el sábado —continúo—. Asistirás con tu padre. Nos conoceremos y nos enamoraremos el uno del otro. Te llevaré a casa conmigo esa noche, y no saldremos de mi habitación en dos días.

—¿Se espera que tenga sexo contigo?

Lo dice con voz uniforme, como si preguntara por el tiempo, pero lo veo en sus ojos, un terror contenido. Estoy seguro que nadie más se daría cuenta de ello porque parece perfectamente serena por fuera. Pero infligir miedo a la gente es precisamente algo que realizo con frecuencia, y lo veo tan claramente como el día. Está horrorizada.

—No —digo, y luego decido intentar ponerla un poco nerviosa—. A no ser que quieras, por supuesto.

—Gracias por la oferta, Sr. Petrov, pero tendré que rechazarla. —Suelta su trenza y mete las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros.

Aunque esperaba que dijera que no, por alguna razón, su respuesta escuece.

—¿Y qué haremos durante dos días en su habitación, Sr. Petrov?

—Por lo que respecta a los demás, tendremos mucho, mucho sexo. En realidad, puedes hacer lo que te plazca. —Hago un gesto con la mano en el aire—. Ver Netflix. Resolver crucigramas. No me importa. Trabajaré durante todo el tiempo de todos modos.

—Encantador. ¿Y qué pasa después de esos dos días de sexo maratoniano?

—Pierdo la cabeza por ti. Nos casamos en unas semanas. Después, harás tu papel de esposa locamente enamorada. —Me encojo de hombros—. Lo

que hagas con tu tiempo libre depende de ti, siempre y cuando desempeñes tu papel mientras tanto.

—¿Y? ¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—¿De verdad crees que alguien creerá en esta... farsa?

—Bueno, dependerá de usted, Srta. Grey. La vida de su padre está en juego.

—¿Y tú? ¿Puedes hacer tu parte?

—¿Qué parte?

—La de un hombre que se encapricha sin sentido de su mujer. No pareces de ese tipo.

—Supongo que tendrás que esperar y verlo usted misma —digo y sonrío—. ¿Tenemos un trato, señorita Grey?

Casi puedo ver las ruedas girando en su cabeza, sopesando las opciones, los pros y los contras, buscando una salida. Pero no la hay y ambos lo sabemos. Capto el momento exacto en que acepta la situación, un ligero endurecimiento de la mandíbula mientras aprieta los dientes.

—Tenemos un trato, Sr. Petrov.

Nina

La noche es inusualmente cálida, pero sigo sintiendo frío cuando salgo del restaurante. Mi padre me agarra del brazo y me lleva rápidamente hacia el coche, haciéndome preguntas por el camino, pero no puedo concentrarme en sus palabras. Abro la puerta del coche y me siento. Me tiemblan las piernas. Parece que la adrenalina se ha agotado y estoy sintiendo las secuelas.

Nunca he estado tan asustada como en el momento en que entré en ese restaurante, preguntándome si habían cambiado de opinión y habían decidido matarnos. Mantener la compostura y la frialdad frente a ese tiburón requería un tremendo autocontrol. Estuve a punto de patinar un par de veces. Pero, si él pensaba, aunque fuera por un momento, que yo no podía jugar su juego, mi padre y yo estábamos bien muertos. La silla

de ruedas no me engañó, supe a quién me enfrentaba en el momento en que nuestras miradas se encontraron: un asesino a sangre fría.

Roman Petrov. Supuse que era un tipo mayor con barriga cervecera y entradas. ¿Por qué estaría chantajeando a una mujer para que se case si no? No podría estar más equivocada.

Durante nuestra conversación, me esforcé por mantener mis ojos fijos en los suyos, pero aun así me las arreglé para robar algunas miradas a otras partes. El hombre es increíblemente atractivo. Eso era evidente incluso con la escasa luz. No podía precisar su altura, pero con él sentado y yo de pie, nuestras cabezas estaban casi a la misma altura. Seguramente me saca más de 30 centímetros. No es agradable decirlo, pero me sentí aliviada que estuviera en una silla de ruedas. Estar cerca de hombres altos es un serio problema para mí, y la idea de estar atrapada junto a uno durante seis meses, me hizo entrar en pánico.

—¡Nina! —grita mi padre—. ¿Me estás escuchando? ¿Qué demonios ha pasado dentro? Intenté entrar, pero los matones no me dejaron.

Respiro profundamente y, observando cómo pasan los coches por la calzada, empiezo a contarle la versión resumida del trato que hice con el jefe del hampa rusa. Solo le cuento lo esencial del acuerdo matrimonial. Cuanto menos sepa, mejor.

—Ni una palabra de esto a mamá —le digo cuando llegamos frente a la casa—, y asegúrate de actuar como si nunca hubieras conocido a Petrov, el sábado. Dijo que, si algo sale mal, el trato se cancela.

—¿Qué quieres decir?

—Significa que si alguien, mamá incluida, sospecha que no estoy locamente enamorada de ese hijo de puta, estamos muertos.

Capítulo 3

Nina

Miro la pila de vestidos que acabo de probarme y siento la loca necesidad de sentarme en el pequeño taburete del probador y llorar. Todos ellos están diseñados para mujeres más altas que yo y dotadas de enormes pechos. Todos los vestidos hasta ahora me han hecho parecer cómica, como una niña, jugando en el armario de su madre.

Llevo toda la semana pensando en la fiesta, absorta en los diferentes escenarios que podrían suceder después de mi llegada. Ha ocupado cada uno de mis pensamientos, y me he olvidado por completo de comprar un vestido. Me di cuenta de ello esta mañana, mientras comía mis cereales, y casi me desmayo. Siempre tengo problemas para encontrar vestidos que me queden bien, así que encontrar uno en pocas horas sería una hazaña imposible.

Y aquí estoy, entrando en la quinta hora de mis infructuosas compras, y todavía no he encontrado nada remotamente adecuado para un evento elegante. Me encanta llevar prendas elegantes, pero me sentía tan frustrada cada vez que intentaba comprar algo, que dejé de buscar y me centré en mi vestuario informal. Nunca se lo diría a nadie, pero la mayoría de las veces compro en secciones para adolescentes. Según las etiquetas, tengo catorce años. Y esta noche, prefiero ir con mis vaqueros que con un vestido de la sección de adolescentes.

El teléfono suena en el bolsillo de mis vaqueros, así que lo saco y miro la llamada desconocida en la pantalla. Probablemente se trata de un número equivocado. Vuelvo a poner el teléfono encima de mis vaqueros doblados, dejo que suene y cojo el último de los vestidos para probarme. Es

una cosa hermosa, verde y sedosa, y quedaría increíble... en otra persona. Basta con mirarlo para ver que el talle caería por debajo de mi cintura, casi a la altura de mis caderas. El teléfono vuelve a sonar, el mismo número. Rechazo la llamada solo para que vuelva a sonar un minuto después. Bueno, ¿no es alguien persistente? Probablemente seguirán llamando, así que es mejor ponerle fin de inmediato.

—¿Sí? —Ladro mientras mantengo el teléfono entre la oreja y el hombro, y desabrocho el vestido verde. Tal vez no esté tan mal.

—Señorita Grey —responde una voz grave, y el vestido se me escapa de los dedos—. Quería comprobar si todo va según lo previsto por su parte.

—Absolutamente, Sr. Petrov. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque Maxim acaba de llamar para decirme que has estado sentada en un probador de alguna tienda durante casi una hora.

¿Qué? Me aferro a la pesada cortina con la intención de salir del vestuario cuando recuerdo que estoy en ropa interior. Maldita sea.

—¿Me estás siguiendo? —susurro gritando en el teléfono.

—Técnicamente, Maxim lo hace. No quiero arriesgarme a que desaparezcas sin cumplir nuestro acuerdo.

Recojo el vestido verde del suelo y empiezo a ponérmelo.

—No voy a ninguna parte. Estoy tratando de encontrar un vestido para tu maldita fiesta. Deja de ser un acosador, Sr. Petrov.

Me giro hacia el espejo, miro mi reflejo y gimo. Un gran no para el vestido verde.

—¿Todavía no tienes un vestido? La fiesta es en cuatro horas.

—¡Lo sé! Pero aquí no hay nada que encaje.

Hay una pausa en su lado y después...

—Quédate ahí. —La línea se corta.

¿Qué demonios acaba de suceder?

—Lo que sea. —Murmuro, mirando fijamente el teléfono, y luego recojo los vestidos y se los dejo a la dependienta. Hay una tienda más en la que puedo mirar en esta parte del centro comercial, pero si no encuentro algo allí, no tengo la menor idea que hacer. Supongo que podría dirigirme al nivel superior. Hay algunas boutiques de lujo allí. Podría encontrar algo, y normalmente tienen una costurera que podría acortar el vestido de

inmediato. Pero esas tiendas son caras. De ninguna manera voy a gastar dos mil dólares en un vestido.

Voy hacia la salida cuando veo al tipo del restaurante. Lo recuerdo parado unos pasos detrás de Petrov todo el tiempo. Tiene más de cuarenta años y un ligero sobrepeso, pero lo lleva bien. El traje oscuro y la corbata que lleva son impecables, definitivamente caros. Tiene aspecto de un alto directivo de un banco más que un delincuente. Cuando salgo de la tienda, me mira por encima de sus gafas y sacude la cabeza. Probablemente le parezco insignificante. Como si me importara una mierda.

—Vamos. —Hace un gesto con la cabeza hacia el ascensor—. Ellas te están esperando para una prueba.

—¿Quiénes son "ellos"?

—El personal de la boutique.

—¿Qué boutique? —pregunto, entrando en el ascensor.

—Roman dijo que la más cara. No me fijé en el nombre.

—Tengo un presupuesto.

—Roman está pagando.

Abro la boca para decir que no, pero luego me lo pienso. El tipo me está chantajeando para que me case poniendo la vida de mi padre delante de mis narices. Debería pagar el vestido.

Una hora y media más tarde, salgo de la boutique con una enorme bolsa de confección, escondiendo mi nuevo vestido, acortado por un profesional, y dos cajas más con sandalias de tiras y un bolso de mano. Me pregunto qué pensará mi futuro marido de mi vestido. Una cosa es segura, no le gustará cuando vea el recibo.

Roman

Llega tarde.

Vuelvo a la conversación en torno a la mesa, haciendo lo posible por fingir interés. Nunca me han gustado las grandes reuniones. Gente falsa con sonrisas falsas, fingiendo que están felices de verte mientras, en secreto, desean tu muerte. Miro alrededor de la mesa y me pregunto quién de ellos puso la bomba que me jodió la vida. No fueron los italianos. De

eso estoy seguro. El artefacto fue colocado debajo de mi coche, y si hubieran sido los italianos, habrían manipulado todo el almacén. Tuve suerte que el bastardo se pusiera a disparar y pulsara el control remoto unos segundos antes que estuviera dentro. Solo un puñado de personas conocía mi agenda de ese día, y algunas de ellas, sentadas en esta mesa.

Alcanzo la botella de whisky para rellenar mi vaso cuando mi tío suelta un silbido, como el cerdo incivilizado que es, y hace un gesto con el puro hacia la entrada.

—Buen culo —comenta.

Sigo su mirada y mis ojos se posan en una mujer con un largo vestido verde esmeralda. Los adornos negros bordados acentúan su escote y su pequeña cintura, y luego fluyen a lo largo de los bordes de una alta abertura, dejando al descubierto una esbelta pierna. Mis ojos recorren la hendidura hacia arriba hasta detenerse en su rostro, y casi no la reconozco. Se ha quitado el anillo de la nariz. Su cabello también es diferente, recogido en la parte superior de la cabeza en un complicado peinado. Me cuesta creer que sea la misma mujer que conocí unos días antes. Los hombres de la mesa murmuran entre ellos y me gustaría que se callaran para poder disfrutar de la vista con tranquilidad.

—¿Es esa la mujer de Samuel? —pregunta alguien.

—Sí, claro.

—¿Quién es ese tal Samuel?

—Se encarga de las compras inmobiliarias para Mikhail. Debe ser su hija.

—Bueno, no me importaría encargarme de eso por una noche.

Siguen riéndose de sus estúpidas bromas, y me da tanta rabia que quiero romperles el cuello.

—Callaros —ladro y los inmovilizo, uno a uno, con la mirada.

Todos me miran fijamente durante un segundo y, al momento siguiente, la conversación cambia de tema. Vuelvo a observar a Nina. Está de pie con su padre y algunos otros hombres, sonriendo por algo que ha dicho uno de ellos, y siento un extraño impulso de disparar al hombre que está recibiendo su sonrisa.

—¿Ves algo que te guste, Roman? —Mi tío me da un codazo con el hombro.

—Tal vez.

—Es una cosita linda. No es exactamente tu tipo.

—Vete. —Alcanzo mi bebida—. Y llévate a los chicos contigo.

—¿Qué?

—Ve a buscar otra mesa, Leonid. Ahora mismo.

Murmura algo, pero se levanta, y unos instantes después las otras tres sillas chirrían. Me reclino en mi silla de ruedas, dejando que mis ojos vuelvan a mirar al pequeño diablillo del otro lado de la sala.

Nina

Tengo una sensación de cosquilleo en la nuca. Comenzó en el momento en que entramos, y no puedo quitármelo de encima. Probablemente sea ansiedad por estar aquí, en medio de una guarida de lobos, rodeada de hombres y mujeres con trajes caros. Sonríen y charlan, y me pregunto cuántos de ellos tienen las manos manchadas de sangre.

Me giro para coger una copa de vino de un camarero cuando mis ojos se posan en un hombre sentado solo en la mesa de la esquina y mi corazón se acelera.

Acomodado despreocupadamente en su silla de ruedas, Petrov me observa con los ojos entrecerrados, y mi parte más vanidosa se deleita con su atención. Pues sí, señor Petrov, me arreglo bastante bien. La noche en que nos conocimos, el lúgubre interior del restaurante no me permitió verlo con claridad, pero aquí, con todas las grandes lámparas de araña iluminando la sala, por fin puedo apreciarlo en todo su esplendor.

Lleva un pantalón de vestir negro y una camisa de color carbón cuyos dos botones superiores están desabrochados para dejar al descubierto los extremos de un dibujo tribal negro en el pecho. Las mangas de la camisa están remangadas hasta los codos, mostrando un tatuaje de diseño similar alrededor del antebrazo derecho. No sé por qué, pero no me pareció un hombre que se tatuara la piel.

He conocido a muchos hombres guapos. Incluso hemos tenido algunos modelos de moda que han venido a posar para nosotros en mis clases prácticas de pintura. Sus rasgos faciales perfectos eran siempre un reto para replicar en el papel. Roman Petrov no se parece en nada a esos hombres, y compararlos sería como comparar una gacela con un tigre rabioso. Son una especie completamente diferente. Si tuviera que elegir

una palabra para describir al Pakhan ruso sería devastador. Cabello negro un poco más largo en la parte superior, pómulos marcados y una nariz ligeramente más grande que perfecta. Nada que destaque por sí mismo, pero el suyo es un rostro que nunca podría olvidar. Tal vez sean sus ojos oscuros y penetrantes, todavía enfocados en mí, los que desprenden esa vibración diabólica o su mirada la que me hace querer darme la vuelta y salir corriendo. Debe de ser una reacción primaria, el inconsciente conocimiento de la presa de haber sido el centro de atención de un depredador.

Sin romper el contacto visual, coge la silla vacía que tiene a su lado, la acerca y la señala con la cabeza. Probablemente debería ir allí, pero tengo las piernas paralizadas en el sitio.

—Señorita Grey, Roman Petrov la invita a unirse a él —dice el hombre a mi izquierda—. No es prudente hacer esperar al Pakhan.

Parece que el espectáculo ha comenzado. Respirando hondo, despliego una sonrisa seductora en mi cara y empiezo a caminar hacia, probablemente, el hombre más peligroso de la sala. Me pregunto si me estoy dirigiendo a mi muerte.

Me detengo justo delante a él y le ofrezco mi mano.

—Sr. Petrov, ha llamado.

En lugar de estrecharla, toma mis dedos con suavidad y levanta mi mano hasta sus labios, depositando un suave beso en mis nudillos. Siento como si el fuego acabara de cauterizar mi carne. No me suelta inmediatamente, y no puedo apartar la vista, notando lo ridículamente pequeña que parece mi mano en comparación con la suya.

—Roman, por favor —dice en un profundo tono, y una bandada de mariposas enloquecidas me ataca por dentro.

Me siento a su lado y me ajusto rápidamente la tela del vestido para cubrir mis temblorosas piernas. Cuando lanzo una mirada hacia mi padre, sigue de pie con el mismo grupo de personas, y todas ellas mirando en nuestra dirección.

—¿Siempre te funciona así? —pregunto, con una sonrisa falsa dibujada en mi rostro—. ¿Eliges a una mujer, asientes con la cabeza y ella viene corriendo?

—La mayoría de las veces, sí.

—Debe ser divertido.

—La verdad es que no. —Toma un sorbo de su bebida, observando a la multitud arremolinada a su alrededor. La mayoría de ellos nos miran de soslayo, pero cuando sorprenden a Roman observando, giran rápidamente la cabeza.

—Dime, Nina, si no existiera este trato entre nosotros, ¿habrías venido cuando asentí? —pregunta.

—No.

No espero que me pida que me explaye, pero lo hace, y su pregunta me sorprende.

—¿Por qué no? ¿Es por la silla de ruedas?

Lo dice en tono distendido, pero hay un trasfondo oculto que no puedo definir. Dejo de observar a la multitud y lo miro directamente a los ojos.

—Es porque no soy un caniche, señor Petrov.

Se ríe y da otro sorbo a su bebida, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué te sucedió? Señalo con la cabeza hacia sus piernas.

—No te andas por las ramas, ¿verdad, Nina?

—¿Quieres que lo haga?

—Fue un coche bomba. La metralla golpeó mi rodilla derecha y la destrozó.

—¿Duele?

—Como una perra —dice secamente y bebe el resto de su bebida.

—Tienes dinero, seguro que hay alguna operación que te ayude.

—Bueno, al parecer que hay cosas que ninguna cantidad de dinero puede comprar.

—Sí. Eso es una mierda. Al menos puedes comprar una esposa. —Me encojo de hombros—. Por tres millones podrías haber conseguido todo un harén, no solo una.

Roman ladea la cabeza, observándome con interés, y luego se inclina para susurrarme al oído.

—Tú, Nina Grey, eres una mujer extraña.

Incluso su voz es sexy, maldito sea.

—Mi madre también lo piensa. Dice que nunca voy a encontrar un hombre que quiera lidiar con mi tipo de locura, a largo plazo al menos.

—Qué madre más optimista y solidaria. —Alarga la mano y traza una línea en el interior de mi antebrazo, desde el codo hasta la base de la palma—. ¿Hay un novio en la foto?

Es casi imposible concentrarse mientras su dedo sigue trazando las líneas arriba y abajo de mi antebrazo. Su toque es ligero como una pluma, y, aun así, parece que me está marcando—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Reconsiderarías la posibilidad de liberarme de nuestro contrato?

—No.

—Entonces no importa, supongo.

Manteniendo sus ojos en los míos, toma mi mano entre las suyas y se la lleva a sus labios; una de las comisuras de su boca se curva hacia arriba en una sonrisa apenas perceptible.

—Ayer, te busqué en Google —dice, manteniendo aún mis dedos en su mano, a un palmo de sus labios—. ¿Quién iba a pensar que una manita tan delicada podría crear un arte tan... perturbador?

Sonrío, tratando de ocultar lo mucho que me impactan su toque y su cercanía. Me doy cuenta que es imposible ignorar a Roman Petrov, sobre todo cuando se muestra encantador.

—¿No te gusta?

—Oh, al contrario, señorita Grey. Me encanta.

Sus labios rozan las puntas de mis dedos y se quedan allí unos segundos antes que baje mi mano, pero sigue sosteniéndola entre las suyas. Está interpretando muy bien su papel, este hombre astuto y peligroso.

—¿Podrías pintar algo para mí?

Lo miro, sorprendida por su pregunta.

—No hago encargos.

—¿Alguna razón en particular?

—No me gusta que me presionen para hacer cosas que no quiero.

Los labios de Roman se ensanchan en una sonrisa. Sí, entendió el doble sentido.

—¿Qué tal un intercambio, entonces? Tú pintas algo para mí, y yo te doy algo que quieras.

—¿Cualquier cosa?

—Dinero, joyas, lo que quieras.



Tentador. Sin embargo, no es algo que quiera de él.

—Quiero una respuesta a una pregunta —digo—. ¿También es una opción?

Mi elección lo sorprende. Lo veo en la forma en que sus ojos se abren ligeramente. Y no está contento.

—Depende de la pregunta.

—En ese caso, tendré que declinar, Sr. Petrov.

Me mira y luego se echa a reír, haciendo que varias cabezas se vuelvan en nuestra dirección.

—Es usted muy dura, señorita Grey. —Inclina la cabeza y me susurra al oído—. Pregunta.

Me cuesta creer que haya aceptado. Petrov no parece un hombre que acepte las condiciones de nadie. Realmente debe de querer ese cuadro. Levanto la cabeza y miro sus calculadores ojos oscuros, mientras varias posibilidades pasan por mi cabeza.

—¿Por qué necesitas una esposa temporal, Roman? Eres guapo, rico, poderoso. Estoy seguro que hay docenas de mujeres que estarían felices de casarse contigo. ¿Por qué gastar tres millones de dólares cuando puedes conseguir una esposa gratis?

—Porque no quiero una permanente, y la situación actual de los negocios me obliga a tener una esposa durante los próximos seis meses.

—¿Por qué seis meses?

—Bueno, esa es una segunda pregunta. —Sonríe—. Y tú has negociado solo una.

Touché.

Había respondido sin revelar nada en absoluto. Debería haberlo esperado y haber formulado mi pregunta de otra manera, pero ya no hay vuelta atrás.

—Entonces, ¿qué quieres que pinte? ¿Un paisaje? ¿Tu perro? ¿Manzanas, queso y flores muertas sobre una mesa? —Esas son las peticiones habituales cuando se trata de encargos personalizados, y la principal razón por la que odio hacerlos.

—No. Tenía otra cosa en mente. —Ahí está de nuevo, esa media sonrisa calculadora—. Quiero tu autorretrato.



—¿Un autorretrato? —Levanto las cejas. ¿Qué demonios va a hacer con mi autorretrato? ¿Por qué no un paisaje?

—Sí. ¿Hay algún problema?

—No. ¿Alguna petición especial? ¿Pose? ¿Fondo?

Se inclina hacia delante hasta que su rostro queda justo delante del mío, sujeta mi barbilla con dos dedos y me inclina un poco la cabeza.

—Solo una —dice y centra su mirada en mis labios—. Quiero que estés desnuda.

Mis ojos se abren de par en par al darme cuenta de lo que acaba de decir, y estoy tan aturdida que no puedo encontrar una respuesta significativa.

—Parece que nos hemos convertido en la atracción principal de la sala —murmura, todavía centrado en mis labios—. ¿Estás lista, Nina?

Su cercanía está haciendo cosas raras en mi ya inquieta mente, y Dios mío, huele de maravilla. Tratando de volver a tierra, empiezo a recitar un nuevo mantra en mi cabeza: Es un criminal. Es un criminal.

—¿Preparada? Para... ¿qué? —murmuro.

—Para demostrarme lo buena actriz que eres. —Sonríe y aplasta sus labios con los míos.

Eliminado. Todo pensamiento coherente se ha evaporado. En un segundo, yo era un ser racional pensante. En el siguiente, cada pensamiento lógico se desvaneció, solo para ser reemplazado por una necesidad enloquecedora: más. Más de sus labios, más de su olor, más de todo.

Se escucha el sonido de un cristal al romperse. Algo húmedo salpica mis pies. Abro los ojos y empiezo a registrar la realidad parte por parte. El rostro de Roman se encuentra a escasos centímetros del mío, con su mano en mi nuca. Mis dedos están en su cabello, agarrando las sedosas hebras negras.

—Ha sido una actuación sobresaliente —dice en voz baja—. El cristal fue un detalle magistral.

Retiro las manos del cabello de Roman y miro hacia abajo, donde mi copa de vino yace hecha pedazos. El líquido rojo estropea el inmaculado suelo de mármol blanco, y parte de él acaba salpicando mi pie derecho y mi sandalia.

Roman se agarra a las ruedas de su silla y en dos rápidos movimientos se recoloca para estar frente a mí.

—Intercambie las piernas, señorita Grey. La derecha hacia arriba.

Mirándolo con ojos entrecerrados, descruzo las piernas y vuelvo a cruzarlas para que la derecha quede por encima de la izquierda.

Se inclina, rodea mi tobillo derecho con su mano, desata el cierre y desliza la correa del talón. Me quita la sandalia y me quedo mirando sus manos mientras limpia el vino de mi pie con una servilleta blanca que ha cogido de la mesa. Cuando termina, me vuelve a poner la sandalia y cierra el broche. Sujetando mi tobillo, baja lentamente mi pierna.

Solo soy parcialmente consciente de la gente de la sala, que ha permanecido inusualmente silenciosa, todos ellos mirándonos. Intento y no consigo procesar lo que acaba de suceder. Ha sido lo más erótico y no sexual que he experimentado nunca.

—Creo que es hora que nos vayamos —dice Roman y hace un gesto con la mano hacia Maxim, apoyado en la pared no muy lejos de nosotros—. Ve con tu padre, dile que te vienes conmigo y asegúrate que te oigan algunas personas. Estaremos esperando en el coche en la parte delantera.

Se sujeta a las ruedas de su silla y la conduce hacia la salida con Maxim siguiéndolo unos pasos por detrás. La gente los mira salir y luego sus ojos se centran en mí. Me siento como si me exhibiera mientras camino hacia mi padre y lo beso en la mejilla.

—Roman me ha pedido que me una a él para tomar una copa en privado.

Los murmullos estallan a nuestro alrededor. Mi padre sonríe, pero de forma forzada, así que le doy una palmada en el brazo antes de cruzar el pasillo hacia la salida. Los ojos de la multitud se clavan en mi espalda. Probablemente piensen que soy una zorra, pero me importa un bledo. Con la cabeza alta y una sonrisa falsa en mis labios, salgo de la sala.

Hay un gran vehículo blanco en la parte delantera, tal y como había prometido. Maxim está junto a la puerta trasera y me abre cuando me acerco. Al entrar, no puedo evitar preguntarme qué demonios estoy haciendo.



* * *

Sabía que Roman era rico. Tenía que serlo, ya que era el jefe de la Bratva, así que supuse que viviría en una gran casa. Lo que estaba viendo, no era una casa. Era una maldita fortaleza, y venía con su propio pequeño ejército.

Altos muros de hormigón rodean una enorme finca por los cuatro costados, y hay cámaras montadas en la parte superior cada tres metros. El coche atraviesa un gran portón automático con la caseta de vigilancia al lado, siguiendo un amplio camino de grava hasta llegar a la monstruosidad de una mansión. Alrededor se extiende un césped perfectamente cuidado, y solo hay algunos árboles dispersos colocados aquí y allá para que no obstruyan la vista. Probablemente sea una medida de seguridad.

Dos hombres vestidos de negro y con armas en sus cinturones están situados a lo largo de la fachada de la casa, y algunos más patrullan los alrededores. Estoy segura que hay más que no puedo ver.

—¿También tienen cámaras dentro? —pregunto.

—Si quieres que la gente confíe en ti y te sea fiel, tienes que corresponder —dice Roman desde mi costado—. Colocar cámaras dentro significaría que no confío en mis hombres.

El coche se detiene frente a la casa y Maxim me abre la puerta mientras el conductor va al maletero a sacar la silla de ruedas de Roman. Salgo del coche y miro el edificio. Solo tiene dos plantas, pero se expande al menos cincuenta metros por cada lado. La cosa es gigantesca.

Roman rueda a mi lado.

—¿Te gusta?

—No.

—¿Por qué?

—No me gustan las cosas grandes —murmuro.

Tres escalones de piedra conducen a la puerta principal, y me pregunto cómo subirá Roman por ellos, entonces me doy cuenta que hay una estrecha rampa en el extremo. Sube con facilidad. Al observarlo, siento una punzada de tristeza. Debe ser duro para un hombre como él que su vida dé un vuelco tan drástico. Subo los escalones para reunirme con él en



la entrada, y un guardia de seguridad que espera la llegada de Roman nos abre la gran puerta de roble.

Roman me conduce a través del gran vestíbulo hasta el ascensor bajo el cruce de una enorme escalera doble. Un hombre con el mismo equipo negro que los del exterior, entra por el pasillo de la izquierda. Cuando nos ve, se detiene y señala con la cabeza a Roman.

—Pakhan —dice.

—¿Está Varya todavía despierta?

—Sí. Creo que está en la cocina.

—Dile que he vuelto. Que le diga a una de las chicas que prepare una cena rápida y que luego se acueste —dice Roman y me mira—. Y dile al personal que se asegure de permanecer fuera del ala este. No quiero a nadie allí a no ser que los llame.

—¿Por esta noche?

Veo que una misteriosa sonrisa se forma en los labios de Roman.

—No. Diles que es hasta nuevo aviso, Vova. Llamaré a la cocina cuando estemos listos para cenar.

—Por supuesto. —El hombre asiente y se da la vuelta para irse, pero no antes de mirar en mi dirección con interés.

A juzgar por la expresión de su rostro y la forma en que sus ojos se abrieron tras el comentario de Roman, el cotilleo está a punto de comenzar.

Cuando salimos del ascensor, Roman me conduce por el pasillo de la izquierda y atraviesa la puerta de madera ornamentada, dando paso a un espacio enorme con una sala de estar en el centro. Hay una biblioteca en el extremo izquierdo y una enorme y moderna cocina con comedor a la derecha. Los muebles son escasos, supongo que para facilitar su desplazamiento. El espacio está decorado en tonos tierra, sobre todo marrones y beige, con mucho material natural, madera, sobre todo. Es moderno, pero no frío. Me gusta.

—Tenemos que repasar algunos aspectos básicos —dice y señala con la cabeza la zona de estar, donde un largo sofá en el que probablemente podrían sentarse cinco personas ocupa el lugar central frente al gran televisor montado en la pared.

—Dormirás en la habitación de allí. —Señala a la derecha—. Mi habitación está al otro lado.

El espacio es tan grande que me lleva unos segundos localizar las puertas de las que habla. No me importa especialmente el aspecto de la habitación, siempre que tenga una cama blanda y una cerradura con llave en la puerta. Los pies me matan, así que me dirijo al sofá, quitándome los tacones por el camino, y me dejo caer sobre unos mullidos cojines.

Me resulta extraño estar aquí, en su espacio. Voy a vivir aquí los próximos seis meses. Con él. De alguna manera, todo parecía irreal hasta este momento, como si todo le sucediera a otra persona. Pero ahora, sentada en su sofá, en su casa, finalmente me doy cuenta. Esto está sucediendo realmente.

Debería estar cagada de miedo. Algo debe estar muy mal en mí porque, sí, siento ansiedad y estoy nerviosa, pero no siento miedo. Levanto la vista para encontrarme con los ojos del jefe del submundo criminal ruso, el hombre que prometió matarme si no cumplía mi parte en su extraño plan y esa bandada de mariposas vuelve a explotar en mi estómago. Dios mío, necesito que me revisen la cabeza, porque en lugar de tener miedo como una persona normal, me siento atraída por él.

Roman

—Es tarde, así que te enseñaré la casa por mañana. —Me giro hacia el sofá—. Sería mejor que no anduvieras sola hasta que te presente a todos.

—De acuerdo. —Nina asiente—. ¿Y ahora qué?

—Llamaré a la cocina para que nos traigan algo de comida ya que no hemos cenado nada. ¿Quieres algo específico?

—No tengo hambre, pero no estaría mal que el personal nos viera. Hará que los cotilleos cojan ritmo.

Hacer un espectáculo para el personal no estaba en mi plan para esta noche. Supuse que querría irse a la cama para alejarse de mí en cuanto llegáramos, pero ahora tengo curiosidad por saber qué tiene en mente. Es un poco inquietante, la forma en que actúa es tan casual, como si toda esta situación fuera completamente normal. No hay nada normal en haber sido presionada para mudarse con un desconocido y hacerse pasar por su esposa. Debe querer mucho a su padre para aceptar esta farsa y estar tan involucrada.

Mientras llamo a la cocina, Nina empieza a quitarse las horquillas del cabello y observo cómo los largos mechones negros caen por su espalda uno a uno, como una cascada de seda tinta. Me pregunto si su cabello es tan suave como parece.

—¿Cuándo esperas que llegue la criada? —pregunta Nina mientras saca la última horquilla.

—En cualquier momento.

—Bien, entonces, empecemos. —Se levanta del sofá y viene a ponerse delante de mí.

Inclinándose, empieza a desabrochar los botones de mi camisa, su cara es la encarnación de la calma, pero noto sus manos temblar ligeramente. Una reacción normal, por fin. Cuando termina con mi camisa, ladea la cabeza como si estuviera pensando en algo y me mira a los ojos.

—¿Puedo subirme?

Entrecierro los ojos.

—¿Dónde?

—¿Sobre tu regazo? ¿Te dolerá la pierna?

¿Quiere subirse a mi regazo? No puedo dejar de mirarla.

—No me va a doler la pierna.

Nina asiente, se sube el vestido con una mano y pone la otra en mi hombro. Luego se muerde el labio inferior, evidentemente confundida sobre qué hacer a partir de ahí. Me inclino, la sostengo por la cintura y la levanto para depositarla sobre mis muslos. Grita, me rodea el cuello con los brazos y sus ojos se abren como platos.

—¿Y ahora qué? —pregunto, tratando de reprimir una risa.

—Ahora esperamos a que la criada nos pille abrazados.

—Pero no estamos haciendo eso, ¿verdad? Solo estás sentada en mi regazo. —Alargando la mano, muevo el largo mechón de cabello negro que ha caído sobre su cara y, sujetándola por la nuca, me inclino hacia ella y dejando un beso en su esbelto cuello. Con la otra mano encuentro la abertura de su vestido, escuchando su aguda respiración cuando comienzo a mover los dedos por su desnudo muslo.

Llaman a la puerta.

—Entra. —Ladro por encima del hombro de Nina y luego reanudo los besos a lo largo de su cuello.

—Pakhan, Varya dijo que trajera... —La voz de Valentina se corta en medio de la frase.

—Deja la bandeja en la cocina y vete. —Mis palabras son cortantes, como si Valentina interrumpiera algo real. Mi cuerpo parece pensar que sí.

La chica se apresura a dejar la comida y luego sale literalmente corriendo, golpeando la puerta tras ella.

Tan pronto como Valentina se marcha, Nina se suelta de mi cuello y salta apresuradamente de mi regazo. Bien. Si se quedaba allí más tiempo, probablemente notaría mi polla dura presionando contra el material de mis pantalones.

—Así que ha ido bien, supongo —dice y se pasa las manos por el cabello, solo para enredarlo más.

—Una actuación encantadora, de hecho.

—Bueno, será mejor que me vaya a la cama. —Comienza a dirigirse hacia la puerta de su habitación, pero se detiene a mitad de camino—. ¿Me puedes prestar una camisa o algo? —Lanza la pregunta por encima del hombro—. No quiero dormir con Oscar de la Renta.

La idea que lleve mi ropa me remueve por dentro y me imagino sujetándola y llevándola a mi cama. Eso no me gusta nada. Esto es un negocio y nada más.

—Te traeré algo. Podemos enviar a alguien a por tus cosas mañana, deja las llaves en la cocina.

Nina

Tras una ducha rápida, me pongo una camiseta gris que Roman ha dejado en el pomo de la puerta para mí, me meto en la gran cama con dosel y me acurruco bajo el edredón. Compruebo la hora en mi teléfono antes de meterme en la cama. Es más de medianoche, pero no puedo dormir. Estar en una casa extraña es solo una parte de la razón. Una parte mucho mayor es dormir a un par de docenas de metros de distancia. El solo hecho de pensar en él me está perturbando mi ya de por sí frito cerebro.

El pecho de Roman está completamente cubierto de tinta. Lo vi cuando desabroché su camisa, pero no tuve tiempo suficiente para prestar mucha atención a los diseños. Ojalá lo hubiera hecho, porque esta necesidad de revelar al menos algunos de sus secretos, me está carcomiendo por dentro. El Pakhan ruso es un enigma, y todo lo contrario de los tipos divertidos y sencillos, los que pueden hacerme reír, que suelen atraerme. Me gusta un espíritu despreocupado, alguien con quien sea fácil hablar y aún más fácil dejarlo, un hombre que no me exija abrirme. Enredarse con el Pakhan más de lo estrictamente necesario para que este plan funcione no es prudente.

Cierro los ojos y la imagen de Roman agarrando mi muslo mientras sus labios pecaminosos recorren una línea de besos por mi cuello llena mi mente. Como si fuera por sí sola, mi mano se desliza por mi estómago y se detiene entre mis piernas. Coloco un dedo en mi centro, presiono ligeramente y gimo. No. No debería estar dándome placer mientras pienso en un hombre que amenazó con matarme. Está tan mal. Rápidamente, retiro la mano, meto las dos bajo la almohada e intento ignorar el dolor entre mis piernas. No voy a hacerlo.

Durante horas permanezco despierta en la cama, agarrando la almohada con los dedos, esperando que mi cuerpo traidor se calme. No lo hace. De hecho, solo empeora hasta que no puedo soportarlo más, así que finalmente sucumbo a mi necesidad y deslizo mi mano de nuevo entre mis piernas. Me corro en cuestión de segundos, mi cara enterrada en la almohada y el nombre de un asesino en mis labios.

Capítulo 4

Roman

Mi teléfono suena mientras me abrocho la camisa, mostrando el nombre de mi tío en pantalla. Al viejo jabalí normalmente le gusta dormir hasta el mediodía los domingos. Solo conozco una razón para que llame tan temprano.

—¿Qué pasa, Leonid? —ladro en el teléfono.

—He oído que has traído a una mujer. ¿Está todavía en casa?

—Esta es mi casa, así que no te concierne.

—Significa que está. Nunca traes a tus putas a casa —dice, y mi cuerpo se pone rígido.

—Si escucho que la llamas así de nuevo, delante de mí o de cualquier otra persona, te cortaré el cuello. ¿Está claro?

—¿Qué demonios te pasa, Roman?

—¿He sido claro, Leonid?

Se produce un silencio al otro lado de la línea antes de responder.

Sí.

—Bien. —Corto la línea.

Odio a ese hombre, pero no puedo arriesgarme a echarlo, por mucho que quiera. Leonid sabe demasiado, y lo necesito aquí, donde puedo vigilarlo en todo momento.

Cojo las muletas, apoyadas en la mesita de noche, las coloco a ambos lados y me levanto. Coloco las muletas bajo las axilas, respiro profundamente y doy los primeros pasos, dolorosamente lentos. Mi rodilla suele estar rígida por las mañanas, pero está mucho mejor que hace un mes. Todas esas horas de fisioterapia finalmente están dando sus frutos,

pero todavía estoy muy lejos de librarme de la maldita silla de ruedas. Odio esa maldita cosa, pero todavía hay días en los que el dolor es demasiado fuerte y no puedo soportar ni siquiera mover la pierna derecha.

Cuando encuentre a los bastardos que pusieron esa bomba, voy a disfrutar matándolos. Puede que estuviera sedado, pero recuerdo a dos personas hablando en mi habitación del hospital. No pude reconocer las voces ni captar todo el significado de lo que se dijo, pero entendí lo suficiente para saber que estaban involucrados.

Uno de ellos es probablemente de mi sangre, viviendo bajo mi techo. No tengo pruebas, pero estoy casi seguro que Leonid tuvo algo que ver. ¿Quién es el otro? Todavía tengo que averiguarlo.

Cuando salgo de mi habitación, escucho un sonido ligeramente alterado procedente de la cocina y me giro para ver a Nina rebuscando en la nevera. Sabía que era bajita, pero desde mi posición sentado de anoche, no pude precisar su altura exacta. Es incluso más baja de lo que pensaba, apenas 1,50 metros. El dobladillo de mi camiseta le llega a sus rodillas y tiene un aspecto cómico. Descalza, la parte superior de su cabeza ni siquiera llegaría a mi esternón.

Está de espaldas a mí, por lo que no me ve cuando me acerco para situarme junto a la mesa del comedor, unos pasos por detrás de ella.

—¿Hay algo interesante en esa nevera? —pregunto.

Nina salta con un grito de sorpresa y cierra la nevera con un golpe.

—Mierda, casi me da un infarto.

Se detiene a mitad de la frase y se queda mirándome, sus ojos enormes. Esperaba que se sorprendiera al verme fuera de la silla de ruedas, pero la emoción que aparece en su rostro no es de sorpresa. Es miedo.

—¿Nina? —Doy un paso hacia ella.

Se estremece y da un paso atrás, chocando con la nevera. Su respiración se acelera, se vuelve superficial como si no pudiera tomar suficiente aire, y sus manos tiemblan ligeramente. Tiene un ataque de pánico. No tengo idea qué lo ha provocado, pero está aterrorizada por algo y estoy bastante seguro que ese algo soy yo. No tiene sentido. Unas horas antes la tenía en mi regazo y no parecía asustada en absoluto.

—Roman —dice finalmente, su voz apenas por encima de un susurro—, necesito que te sientes. Por favor.

No veo el sentido de su petición, pero doy dos pasos hacia la mesa del comedor, saco la silla y me siento. Nina se queda clavada en el sitio frente a la nevera, pero al menos su respiración parece estar controlada.

Se me cruza por la cabeza un pensamiento perdido, algo que dijo cuando llegamos. Ahora lo recuerdo claramente y no me gusta lo que implica.

—Anoche dijiste algo. Necesito que me expliques qué quisiste decir con eso.

Parpadea y sacude la cabeza.

—¿Qué es exactamente?

Su voz es más fuerte ahora, casi normal, pero, aun así, no se mueve. Su espalda está pegada a la nevera como si quisiera fundirse en ella.

Enfoco mis ojos en su rostro, asegurándome de captar su reacción.

—¿Qué quisiste decir con eso de "no me gustan las cosas grandes"?

Parpadea y, en lugar de responder, gira sobre sus talones y corre hacia su habitación. La puerta se cierra con un golpe al mismo tiempo que mi comprensión y la ira empieza a hervir en mi estómago. Alguien le ha hecho daño y, para que reaccione así, debe de haber sido muy grave.

Nina

El reloj de la mesita de noche marca las dos de la tarde. No puedo quedarme encerrada en la habitación todo el día, lo sé. Y, aun así, no puedo obligarme a ir allí y enfrentarme a Roman después del episodio de esta mañana. Probablemente piense que estoy loca. Dios, incluso después de dos años, todavía estoy jodida de la cabeza.

Estaba mejorando. Llegué a un punto en el que era capaz de estar en compañía de hombres enormes sin enloquecer. Incluso podía mantener una conversación normal, siempre que no me tocaran. Sí, la mayoría de la gente, especialmente los hombres, son más altos que yo. Pero la mayoría de ellos no me provocan un ataque de pánico. Solo reacciono ante hombres tan altos como Brian, con una masa muscular considerable.

Roman no se parece en nada a Brian, que era rubio y tenía aspecto de surfista, pero tienen una altura y una complexión similares. Tal vez si me hubiera advertido de alguna manera, o si supiera qué esperar, no habría

reaccionado de forma tan extrema. Pero todavía estaba adormecida, y con Roman imponiéndose repentinamente frente a mí, solo flipé.

Tengo que salir de esta habitación. Todavía hay trabajo que hacer, gente a la que engañar. Puedo hacer esto.

Animada por mis palabras de ánimo, me levanto de la cama y, con la cabeza alta, salgo de la habitación.

Roman está sentado a la mesa, con el tenedor en una mano y el teléfono en la oreja con la otra. A juzgar por la expresión oscura de su rostro, no son buenas noticias. Hago todo lo posible por controlar mis rasgos y unirme a él, eligiendo a propósito la silla de al lado. Mi acción dice: No te tengo miedo. El episodio de la cocina fue solo un malentendido. Hagamos como si nunca hubiera ocurrido.

Sigue hablando por teléfono cuando me siento, pero ha seguido cada uno de mis pasos con la mirada. Asegurándome que mis movimientos son perfectamente tranquilos, lleno un vaso con agua y me concentro en la comida que hay en el centro de la mesa. Hay un bol de puré de patatas, un surtido de pescado y algunas ensaladas, así que cojo un plato y me sirvo. También me acerco una rebanada de pan y picoteo.

—Estaré abajo en veinte minutos —dice Roman al teléfono, lo deja sobre la mesa y vuelve a comer.

Comemos en silencio, el único sonido proviene de los cubiertos y es extrañamente... doméstico. Esperaba que empezara a preguntar por lo de esta mañana, pero ni siquiera lo menciona, y me siento aliviada.

—Envié a Valentina a recoger algunas de tus prendas —dice finalmente—. Están en una bolsa en el salón.

—Estupendo. —Cojo un tomate cherry del plato y me lo meto en la boca.

Roman se echa hacia atrás y, cruzando los brazos por delante, me observa durante unos segundos. Intento concentrarme en mi comida en lugar de en sus musculosos brazos, estirando el material de su camisa. No lo consigo.

Inclina la cabeza hacia un lado y estrecha los ojos hacia mí.

—Sabes, me parece muy interesante que estés manejando esta situación mucho mejor de lo que esperaba.

—¿Qué situación? —Alcanzo la ensaladera y vuelvo a llenar mi plato con lechuga y más tomates cherry.

—Esta. Ser chantajeada en un matrimonio con alguien como yo. Tener que poner tu vida en espera durante seis meses. Esperaba que estuvieras cautelosa. Reticente. Asustada. Pareces... anormalmente despreocupada.

—¿Crees que soy mentalmente inestable? —Tomo una hoja de lechuga, envuelvo un tomate cherry y lo sumerjo en la mayonesa mientras Roman me mira con interés.

—¿Lo eres? —pregunta—. ¿Mentalmente inestable?

—Por supuesto que no. Soy la encarnación de la estabilidad mental. Pregúntale a cualquiera. —Señalo mi bola de lechuga-tomate-mayo—. ¿Quieres una?

Por la expresión de su rostro, no le hace ninguna gracia. Suspiro y lo miro directamente a los ojos.

—Sí, esta situación me parece inquietante, pero es lo que es. ¿Tengo algo que decir al respecto? No. ¿Puedo cambiar algo? No, de nuevo. Tanto si lucho como si no, el resultado será el mismo. Tal y como yo lo veo, es mejor simplemente aceptarlo malditamente y continuar.

—Estás un poco loca, lo sabes, ¿verdad?

—La vida es una locura. Hay que aceptarla. —Me encojo de hombros y hago un gesto con la cabeza hacia las muletas apoyadas en la mesa de al lado—. ¿Por qué la silla de ruedas si puedes caminar?

—Prefiero llamarlo arrastre. Y todavía no puedo aguantar todo el día con las muletas. Pienso dejar la silla de ruedas en algún momento, pero hasta que pueda soportar un día completo, no quiero que nadie lo sepa.

—¿Por qué no?

—Tengo mis razones. Solo Maxim, Varya y mi fisioterapeuta lo saben. Y ahora tú. Quiero que siga siendo así, Nina.

—¿Nadie te ha pillado caminando? ¿Una criada? ¿Alguien ha entrado en tu suite sin avisar?

—Solo Varya puede entrar aquí. Ella se encarga de la limpieza. Todos los demás saben que deben permanecer fuera de mis habitaciones a menos que sean invitados específicamente.

—¿Y qué sucedería si alguien te sorprendiera? ¿Sería un problema?

—La verdad es que no. Porque los mataría en el acto.

Al principio, creo que está bromeando, pero luego me mira y lo veo en sus ojos. Habla muy en serio.

—Es usted un hombre temible, Sr. Petrov.

—Va con la designación del trabajo, Nina —dice—. Solo hay tres cosas que la gente entiende en mi mundo; lealtad, dinero y muerte. Recuérdalo. —Coge las muletas—. Tengo que discutir algo con Maxim. Volveré en una hora.

Me levanto rápidamente, respiro profundamente y me esfuerzo para que mis piernas no se muevan del sitio. No voy a permitir que se repita el episodio de esta mañana. Él no es Brian. No dejaré que mi miedo irracional me domine.

Roman coloca sus muletas a ambos lados y se pone de pie frente a mí. Dios mío, es enorme. Los latidos de mi corazón se aceleran, pero consigo no estremecerme. Puedo soportarlo. Voy a vivir con él durante los próximos seis meses, así que tengo que controlarme. Muy lentamente, levanto la cabeza y lo miro a los ojos sin pestañear. Pero me aseguro que mis manos temblorosas estén escondidas detrás de mi espalda.

—Me pregunto qué te habrán dado de comer mientras crecías —digo, e incluso logro esbozar una pequeña sonrisa.

Se limita a observarme durante unos segundos, y luego extiende su mano y recorre su pulgar por mi mejilla.

—Eres una actriz excepcional, Malysh.

Su mano desaparece de mi mejilla y se dirige lentamente a su dormitorio. Me pregunto qué habrá querido decir con eso.

Capítulo 5

Roman

Miro sin comprender a Maxim, situado de pie, frente a mi escritorio con los brazos cruzados en el pecho, preguntándome de dónde saca sus estúpidas ideas de repente.

—No —digo yo.

—¿Por qué no? Es una oportunidad perfecta. Puede decir que se ha perdido o que está explorando la casa.

—Porque, en primer lugar, probablemente no haya visto un dispositivo de escucha en su vida y no sabría cómo o dónde colocarlo. Y dos, nadie creerá que ella simplemente entró en la habitación de Leonid o en su oficina por accidente. No sabemos quién más está involucrado. Podría ser alguien del personal o uno de los chicos de seguridad. No quiero que avise a Leonid o a su compañero antes de lo previsto.

—¿Estás convencido que fue Leonid?

—Bastante.

—Entonces, vamos a empaquetarlo de inmediato. Haz que Mikhail trabaje en él. Estará cantando como un pájaro por la mañana.

—¿Y si no era él? —pregunto—. ¿Tienes idea de cómo afectaría a la moral y la confianza de mis hombres si torturara a uno de los míos sin pruebas, solo para que resultara inocente?

—Bueno, entonces hemos llegado a un callejón sin salida, Roman. —Se quita las gafas y suspira—. Llevo meses escuchando las grabaciones y no he encontrado nada más que los chismes habituales. ¿Sabías que Kostya se acuesta tanto con Valentina como con Olga?

—Me importa una mierda quién se acuesta con quién. ¿Qué piezas has pinchado hasta ahora?

—La biblioteca, el salón, el comedor, los dos baños de la planta baja, el sótano, la armería también. Varya ha pinchado la cocina y la despensa por mí. Eso es todo.

—¿Vehículos?

—Todos excepto los de Leonid, Mikhail y Sergei.

—No hace falta que pongas micrófonos en el vehículo de Sergei. Si él hubiera sido el que puso la bomba, estaría muerto. Junto con todo el maldito bloque probablemente. Tampoco es Mikhail. —Golpeo con el dedo en el escritorio, pensando—. Que Valentina ponga un micrófono en la habitación de Leonid y en el despacho.

—¿Valentina?

—¿Por qué no? Se puede confiar en ella.

Sacude la cabeza.

—Bueno, déjame ponerlo de esta manera. Anoche, Nina estaba sentada en tu regazo, con el cabello revuelto, descalza, agarrando su brazo alrededor de tu cuello mientras tú le manoseabas la pierna por debajo del vestido. Llevabas la camisa desabrochada y la besabas como un poseso —dice Maxim y me levanta las cejas—. Todo el personal conoció cada detalle en el momento en que Valentina volvió corriendo a la cocina, así como su conclusión que vosotros dos sois almas gemelas y que tendréis preciosos bebés, pronto. Es leal, pero tiene la lengua muy larga. No hay manera que pueda mantener la boca cerrada, aunque su vida dependa de ello.

—Jodidamente genial. —Respiro profundamente y miro al techo. ¿Hay alguien en esta casa que esté remotamente cuerdo?

—Deberíamos hacer que Nina lo hiciera. El personal o los hombres aún no la conocen, y si la instruyes para que pose como una idiota risueña y simplona, nadie prestará atención a lo que está haciendo.

—Nunca me casaría con una idiota risueña y simplona, Maxim. Todo el mundo lo sabe.

—Por supuesto, lo harías. Eres un hombre poseído, ¿recuerdas?

Cierro los ojos y sacudo la cabeza, irritado. Un día de estos, voy a estrangular a Valentina.

—Entonces está decidido. —Maxim ajusta su chaqueta, se pone sus gafas y se da la vuelta para irse—. Avísame cuando quieras que vaya a explicarle el procedimiento a Nina.

* * *

Cuando vuelvo a mi suite del ala este, no veo a Nina por ninguna parte, ni en la cocina ni en el salón, así que me dirijo a su habitación, que también encuentro vacía. Por un momento pienso que ha cambiado de opinión y se ha escapado. Giro mi silla de ruedas, pensando en dar la alarma, cuando me doy cuenta de su presencia y la presión que no sabía que atenazaba mi pecho desaparece.

Está sentada con las piernas cruzadas en el rincón más alejado de la biblioteca, de espaldas a la estantería, con un montón de servilletas de papel esparcidas por el suelo a su alrededor. Cruzo la sala de estar, me detengo a unos pasos y la observo. Está dibujando algo en una de las servilletas de papel. Es muy básico, pero puedo ver la figura de una mujer, sosteniendo algo delante de ella. La mayoría de las demás servilletas de papel esparcidas por el lugar tienen composiciones similares, algunas solo líneas irreconocibles, otras más detalladas. No puede haber pasado más de una hora. ¿Cómo se las arregló para hacer todo eso en tan poco tiempo?

—¿Puedes enviar a alguien a mi casa para que traiga mis cosas? —pregunta Nina sin apartar la vista del dibujo—. Hay tres cajas grandes en el salón. Diles que tengan cuidado, mis lienzos y pinturas están dentro.

—¿Cuándo los necesita?

—Ayer. Ya que estoy atrapada aquí, será mejor que haga algo útil con mi tiempo. Tengo la exposición en tres semanas, y solo tengo seis piezas hechas. Necesito nueve más, así como el grandullón.

—¿El grandullón?

—Mi pieza principal. Pedí el lienzo para esa, llegará la próxima semana.

La observo trabajar unos minutos más, fijándome en la forma en que estrecha los ojos en algún detalle de vez en cuando, o en cómo ladea la cabeza y se muerde la mejilla cuando está pensando. Su cabello es un revoltijo de mechones enmarañados que ha recogido en la parte superior

de la cabeza y fijado allí con un lápiz. Una criatura tan extraña. Tan diferente de las mujeres con las que estoy acostumbrado a pasar mi tiempo. Es refrescante, y peligrosamente seductora.

—Necesito hablar contigo, cuando termines —digo cuando consigo apartar los ojos de ella—. Estaré en el salón.

—Síp. —Coloca el boceto terminado a un lado, toma la última servilleta de papel sin usar y comienza a dibujar en ella.

Parece que me está despidiendo.

Después de hacer un viaje a mi dormitorio para coger el portátil que guardo allí, me traslado al sofá y pongo las noticias. Apoyo la pierna derecha en la mesa que tengo delante, abro el portátil en mi regazo y empiezo a revisar los correos electrónicos. Casi he terminado cuando Nina se deja caer a mi lado y bosteza.

—Lo siento, me he dejado llevar. ¿De qué querías hablar?

Cierro el portátil y me giro para mirarla.

—Necesito que hagas algo por mí mientras estás aquí.

—¿Como pasar la aspiradora y quitar el polvo? —Ella frunce la nariz—. No recuerdo haber aceptado eso. Planchar está bien, quitar el polvo también, pero odio pasar la aspiradora.

—Colocar algunos bichos aquí en la casa, sin que nadie se dé cuenta.

Me mira con una mezcla de confusión y asco en la cara, así que parece que tengo que aclararlo.

—Dispositivos de escucha. No son insectos.

—Esa es una petición realmente extraña, Sr. Petrov. ¿Le importaría explicarse?

—A partir de ahora es Roman. Por favor, asegúrate de no deslizarte cuando haya alguien cerca.

—No me deslizaré, Roman. —Ella sonríe y me guiña el ojo. Me guiña el puto ojo.

Suspiré.

—Tengo razones para creer que al menos una de las personas que organizó la bomba destinada a matarme está aquí en esta casa. Maxim cubrió la mayoría de las habitaciones con micrófonos hace dos meses, pero no puede colocarlos en las últimas sin arriesgarse a que alguien lo vea.

—Me emociona que creas en mis capacidades, pero no veo cómo voy a conseguirlo si él no ha podido.

—Porque si alguien ve a Maxim entrando en alguna de esas habitaciones, sabrá que algo no va bien. Pero si alguien te atrapa, siempre puedes decir que te perdiste.

—Tu casa es enorme, pero no creo que me pierda tanto como para entrar en la habitación equivocada. —Parece ofendida—. No soy idiota.

—Eso nos lleva a la segunda cosa que tenemos que discutir, y se refiere a cómo la gente que vive y trabaja aquí, te perciba. Necesito que parezcas... digamos superficial.

—¿Quieres decir estúpida?

—No exactamente. Lo que necesito es que, cuando la gente te vea entrar en la habitación, no se muestre recelosa o sospechosa. Quiero que pongan los ojos en blanco y no se den cuenta de lo que haces, porque asumen que eres... inofensiva.

Me observa sorprendida y luego se ríe. Es una risa desenfadada y genuina que le que llega a sus ojos.

—Vale, definitivamente quieres decir estúpida. De acuerdo, necesitaré unos minutos.

Se apoya en los cojines, echa la cabeza hacia atrás y, con la cara vuelta hacia el techo, cierra los ojos. Se queda así unos instantes y luego empieza a hablar.

—Poco profunda. Inofensiva. Un poco estúpida. Locamente enamorada de ti, por supuesto. Necesita acceso a todas las partes de la casa. Veamos... ¿Quién soy yo? Bueno, la esposa trofeo de Roman, por supuesto. Soy hermosa, elegante y extremadamente snob. Me encanta llevar ropa cara, solo las mejores marcas. No me gustan mucho los vestidos, a no ser que la ocasión lo requiera. Prefiero mucho más los vaqueros de diseño, combinados con blusas de seda. Los tacones son imprescindibles.

Hace una pausa, abre los ojos y se vuelve hacia mí.

—¿Son imprescindibles los tacones? ¿qué te parece? —Ella frunce su pequeña nariz—. Por supuesto, lo son. Maldita sea. Odio llevar tacones.

Vuelve a cerrar los ojos y continúa.

—Los tacones son imprescindibles, y tengo docenas de ellos. A Roman le encanta cuando me los pongo, dice que hacen que mi trasero se vea increíble. También estoy muy acomplejada por mi altura y llevar tacones

todo el tiempo me hace olvidar lo bajita que soy. Mi pasatiempo favorito es ir de compras, y compro un montón de ropa. Mi marido tiene que asignar un conductor específicamente para mí y mis compras.

Otra pausa y se vuelve hacia mí de nuevo.

—Roman, necesitaré fondos para mantener su adicción a la ropa. Es una compradora impulsiva.

—Tendrás todo lo que necesites —me río. Está completamente loca.

—Mi marido está loco por mí, y me permite hacer lo que quiera con la casa, como cambiar los muebles, para que la vibración de la casa funcione mejor con las vibraciones de la tierra. La casa es terriblemente fría, así que compro un montón de plantas de interior y las extiendo por todas partes. También recorro cada una de las habitaciones porque quiero asegurarme que la energía fluya sin obstáculos, así que reordeno los cuadros y los espejos. También odio la mesa del comedor, es muy exagerada y decido cambiarla por una elegante de cristal que encontré en una de las revistas de interiorismo.

Otra pausa.

—Esta mujer es cara, Roman. Espero que sepas en lo que te estás metiendo.

—Me las arreglaré.

—Tu funeral —se encoge de hombros y continúa—. A mi marido no le gusta que lo interrumpan, pero, por supuesto, eso no se aplica a mí. A menudo voy a su despacho solo para ver cómo está e intercambiar algunos besos. Eso molesta mucho a sus hombres. Se preguntan qué ve Roman en mí y por qué me permite tanta libertad, y luego deciden que está pensando con la polla. Siempre estoy cerca, y lo odian.

Me fascina la forma en que está creando esta nueva persona. Es una locura y brillante a la vez.

—Debe ser increíble en la cama, para poder envolver a su marido de esa manera —comento.

—Por supuesto, lo es. ¿cómo podría hacerle perder la cabeza de esa manera? No es muy inteligente, pero hace las mejores mamadas.

Me imagino a Nina haciendo eso, y mi polla se pone dura al instante.

Abre los ojos y me clava la mirada.

—Supongo que es suficiente para el comienzo, la desarrollaré más sobre la marcha. ¿Qué te parece? ¿Servirá ella?

—¿Haces esto a menudo? Crear diferentes personalidades y deslizarte dentro de ellas —pregunto, tratando de reprimir la necesidad de agarrarla y besarla tontamente.

—Lo hacía cuando era niña. Era un juego. Mi madre lo odiaba. Imagina que tu hija baja una mañana y rechaza el desayuno, declarando que es vegetariana desde hace años cuando acaba de cenar jamón y huevos el día anterior. Ella vuelve a bostezar—. ¿Te importa si me voy a echar una siesta? Anoche no dormí bien.

—¿Por qué?

Nina parpadea, mira hacia otro lado y salta del sofá.

—La cama era demasiado blanda.

La observo mientras corre hacia su dormitorio y me pregunto por qué sus mejillas se enrojecen.

Nina

Cuando salgo de mi habitación después de mi siesta, encuentro a una mujer mayor de pie en la cocina de Roman, metiendo comida en la nevera. Es bajita, con el cabello canoso, y lleva un elegante vestido amarillo. Cuando me oye, se gira y sonríe ampliamente, lo que hace que resalten las arrugas de las comisuras de sus ojos.

—Me preguntaba dónde estabas —dice con un fuerte acento—. La cocina está repleta de cotilleos desde anoche.

—Nina, esta es Varya —dice Roman entrando en la cocina—. Varya sabe de nuestro acuerdo.

La mujer mayor me mira de arriba abajo, haciéndome sentir como si tuviera dieciséis años y conociera a la madre de mi novio por primera vez. Esta mujer es importante para Roman, es evidente por el sonido de su voz cuando habla con ella. Parece, de alguna manera, menos reservado. Si compartió la verdad sobre nuestro trato con ella, significa que confía en ella, y no creo que Roman confíe en mucha gente.

—Entonces, ¿cuándo está prevista la boda? —pregunta.

—En unas semanas. —Me encojo de hombros.

—No creo que sea una buena idea, Roman. —Varya se vuelve hacia él—. Si mantienes a Nina aquí tanto tiempo, tendrás que presentarla a tus hombres. No estoy segura que sea una buena idea presentarla como tu... amante.

—¿Crees que deberíamos hacerlo antes? —pregunta.

—Sí. Cuando la lleves con tus hombres, debe ser como tu esposa. Nadie la respetará de otra manera.

Roman observa a Varya durante unos instantes, luego coge su teléfono y hace una llamada.

—Maxim, cambio de planes. Reprograma el matrimonio oficial. Para mañana por la tarde.

¿Qué?

—Así está mucho mejor —sonríe Varya—. ¿Cuándo debo enviar la cena?

—En una hora.

—Perfecto. Me aseguraré que sea Valentina quien la traiga, describió la escena en la que entró ayer con tanto detalle. Una chismosa con mucho talento. Todo el personal de la cocina y algunos de los hombres presentes la escucharon con los ojos muy abiertos, comentando cómo nunca traes mujeres a tu casa y lo especial que debe ser ésta. —Varya se da la vuelta para salir, pero se detiene en la puerta—. Asegúrate que esta vez te pille haciendo algo más íntimo. No querrás que la gente sospeche cuando anuncies que os habéis casado tan repentinamente, Roman.

Miro fijamente la puerta que acaba de atravesar Varya, confundida y ligeramente asustada, y luego me vuelvo hacia Roman.

—No vamos a tener sexo para que tu criada nos pille.

Se ríe y se dirige a su dormitorio.

—Voy a darme una ducha y a cambiarme. Si piensas hacer lo mismo, date prisa y ponte algo de encaje.

—¿Disculpa?

—No habrá nada de sexo. Pero Valentina traerá la cena a mi habitación, y tú estarás allí. —Lanza las palabras por encima del hombro.

—¿En tu habitación?

—En mi cama, Nina.



Roman

Estoy hurgando en el cajón de la cocina en busca de un sacacorchos cuando oigo abrirse la puerta de la habitación de Nina. Levanto la cabeza y me quedo mirando. Nina está de pie en la puerta, con aspecto de princesa oscura, vestida con un corto camisón de encaje, y su cabello, medianoche cayendo a ambos lados de su rostro.

Entra en la cocina, sus pies descalzos y viene a colocarse justo delante de mí, pero mantiene la cabeza baja mirando mis pies. Por fuera parece relajada, aunque luego levanta la vista y su espalda se pone rígida. Entonces, es como supuse, no es estar cerca de mí lo que la molesta. Es mi altura.

Retiro la muleta izquierda de mi axila para apoyarla en la isla de la cocina, me agacho para coger a Nina por la cintura con mi brazo izquierdo y la levanto para sentarla en la encimera frente a mí.

—Ya está. ¿Mejor? —pregunto, pero ella solo me mira con sus ojos muy abiertos.

Me doy la vuelta para recoger la muleta izquierda detrás de mí y, cuando vuelvo a mirarla, veo que una lágrima perdida se deslizándose por su rostro. La visión me revienta.

—Lo siento —susurra—. No eres tú, Roman.

—Lo sé. —Alargo la mano para colocar la palma de mi mano en su mejilla y apartar la lágrima—. Voy a matarlo, Malysh. Va a ser lento, y va a ser doloroso. Solo dame su nombre.

—No.

—No estoy preguntando. Dame su puto nombre.

—He dicho que no. No estoy convirtiendo a nadie en un asesino.

—Demasiado tarde para eso, Nina. El nombre.

—Déjalo. No te lo voy a decir. Solo... déjalo, maldita sea.

Respiro profundamente y trato de reprimir la necesidad de chocar contra algo.

—Bien. Lo dejaré por ahora. Pero solo estás retrasando lo inevitable.



El teléfono empieza a sonar en mi habitación. Seguramente es Varya, que quiere saber si estamos listos para cenar, pero ya no estoy de humor para jugar.

—Tengo que cogerlo. —Me doy la vuelta para dirigirme al dormitorio y oigo a Nina bajando de la encimera.

Me sigue, manteniéndose unos pasos por detrás de mí, igualando mi ritmo lento. El teléfono deja de sonar justo cuando llego a la mesita de noche.

—Le diré a Varya que deje la bandeja delante de la puerta —digo mientras me bajo para sentarme en el borde de la cama—. Puedes volver a tu habitación o esperar en la cocina.

—No. —Alcanza las muletas que apoyé a mi lado y las desliza bajo la cama. Observo cómo retira el cubrecama y se mete debajo de la manta.

—Vamos —dice levantando la esquina de la manta.

Asegurándome que hay suficiente espacio entre nosotros, me tumbo esperando que se mantenga apartada. En lugar de eso, me rodea con una pierna y se sube encima, descendiendo la cabeza y colocándola sobre mi pecho. Apenas respiro, tratando de no mover ni un músculo, por miedo a asustarla. Nos quedamos así durante unos instantes, yo tendido inmóvil y ella tumbada sobre mi pecho.

—Rodéame con tus brazos.

Hago lo que me dice, atento a cualquier signo de angustia, pero no hay ninguno. Es una criatura inusual, y me siento tan cómodo teniéndola en mis brazos de esta manera. Ojalá no fuera solo por el espectáculo.

—¿Está bien? —respiro.

—Sí —dice y cierra los ojos—. Tengo que darte algunas indicaciones.

—Muy bien.

—No me agarres las muñecas ni me aprietes el cuello —dice, y siento el frío recorrer mi columna—. Tampoco, me inmovilices con tu cuerpo.

Nina

En el momento en que las palabras salen de mi boca, Roman se queda inmóvil debajo de mí. Odio hablar de esto, pero tenía que decírselo. No

quiero arriesgarme a enloquecer si, sin saberlo, hace alguna de esas cosas. Se queda tumbado y siento acelerarse los latidos de su corazón bajo mi oído, entonces retira los brazos de mi espalda.

—Vuelve a tu habitación, Malysh. No vamos a hacer esto —dice en tono cortante.

Mierda. Sabía que reaccionaría así.

—Está bien, Roman.

—No. Te han herido. No voy a obligarte...

—No me obligas a hacer nada. —Levanto la cabeza para mirarlo y después me arrastro hasta que mi rostro queda justo delante de él.

—Nina... —empieza, pero rápidamente pongo un dedo sobre sus labios.

—Tuve sexo... después. No tengo ningún problema por estar en la misma cama que tú. No me asustaré si me abrazas, o por estar cerca de ti.

Sus labios son tan suaves, y por un momento me distraigo al verlo observarme con tanta intensidad. Es tan hermoso.

—Nunca llegó a eso —continúo—. Él... nunca llegó a hacerme daño de esa manera. Le rompí el portátil en la cabeza antes que consiguiera hacer nada.

—Le golpeaste la cabeza con un portátil.

—Dos veces. Le rompí la nariz con el segundo golpe y salió corriendo. —Me encojo de hombros y paso el dedo por la ceja de Roman—. Todavía me jode la cabeza. A veces no puedo controlar mis reacciones, pero no tuvo nada que ver contigo.

—¿Estás segura? Necesito que estés segura, Nina.

—Estoy segura.

Oigo que se acercan unos pasos y el tenue roce de platos y cubiertos. Es una excusa perfecta, así que inclino la cabeza y lo beso. Se suponía que iba a ser solo un beso rápido, pero en el momento en que siento sus labios sobre los míos todos los pensamientos racionales se esfuman, y al momento siguiente mis manos lo aferran a mí con todas mis fuerzas. Tengo la necesidad de acercarme a él de alguna manera, lo que parece una tontería, ya que estoy extendida sobre su pecho con las piernas a cada lado.

Se oye un grito ahogado detrás de mí. Rompo el beso y miro por encima del hombro para encontrar a la chica de ayer de pie en la puerta

con un plato de comida en las manos, la boca entreabierta y los ojos muy abiertos. Grito y me agarro rápidamente al dobladillo de mi camisón de encaje, que se me ha subido por la espalda, y lo bajo por encima de las manos de Roman, que en ese momento está agarrando mi culo. Con suerte, no tendrá que volver a contar que ha visto mi tanga negro de encaje a todo el mundo en la cocina.

—Pakhan, yo... lo siento, no sabía...

—Solo ponla en la cocina y vete —Roman se desprende de mí como si estuviera enfadado con ella por haber entrado, lo que no tiene sentido. De todos modos, estamos haciendo todo esto en su beneficio. Bueno, él lo está haciendo al menos. En cuanto a mí, no estoy segura de estar fingiendo. Y eso me asusta como la mierda.

Espero a que la chica se vaya y miro a Roman.

—Me iré ahora —digo, pero no hago ningún movimiento para apartarme de él.

Se limita a mirarme, sus ojos entrecerrados, todavía con sus manos en mis nalgas. La piel de su pecho es tan cálida bajo mis palmas, sus labios están tan cerca. Solo tendría que inclinarme un poco hacia delante para volver a probarlos. ¿Sería tan malo si me quedara aquí con él? Sí, probablemente sí. Hago un movimiento para bajarme de él y sus manos desaparecen inmediatamente de mi trasero.

—Tengo que ir a comprar ropa —digo mientras me bajo de la cama, cojo un sándwich de la bandeja que ha dejado la asistenta y me dirijo hacia la puerta—. Tu snob esposa no se dejaría atrapar ni muerta paseando con una de mis sudaderas.

—Te llevaré por la mañana. Preparada sobre las nueve.

Vuelvo la vista hacia él y lo veo tumbado en la cama, con sus manos cruzadas detrás de la cabeza, lo que hace que su ya enorme estructura parezca aún mayor. Nadie debería ser tan apuesto. Y pierdo la oportunidad de ver sus tatuajes, otra vez. Maldita sea.

—Bien. Buenas noches entonces —digo y salgo corriendo de la habitación.



Capítulo 6

Roman

Cuando llego a la cocina sobre las ocho y media, Nina ya está terminando su desayuno. En lugar de unirme a ella, me sirvo un vaso de zumo de naranja y lo bebo junto a la encimera, porque no estoy seguro de poder levantarme si me siento ahora. Warren me ha atormentado durante casi dos horas esta mañana en mi sesión de fisioterapia, y apenas he podido ducharme y vestirme después. Debería haber cogido la silla de ruedas enseguida en lugar de las muletas.

—Tenemos que hacer un pequeño desvío antes de llevarte de compras. —Coloco mi vaso vacío en el fregadero—. Uno de mis hombres ha llamado por un asunto que tengo que resolver. No llevará mucho tiempo.

—¿Está bien si pasamos por una tienda de materiales de arte, también? Varya vino antes para decir que mi material de trabajo ha llegado, pero necesito comprar más pinturas.

—Por supuesto. Le diré a uno de los chicos que suba las cajas. ¿Dónde las quieres?

—Frente a la ventana, junto a la estantería. Si te parece bien que instale mi espacio de trabajo allí... Cubriré el suelo y no ensuciaré, lo prometo.

—Claro. —Asiento y me dirijo a mi dormitorio para coger la silla de ruedas cuando un dolor punzante me atraviesa toda la pierna derecha. Joder. Aprieto los ojos un segundo, respiro profundamente y doy un pequeño paso hacia delante. Consigo dar dos más antes de tener que parar y hacer una pequeña pausa.

—¿Roman?

Miro por encima de mi hombro y encuentro a Nina observándome desde su lugar en la mesa.



—¿Va todo bien?

—Sí. —Asiento y continúo arrastrándome hacia el dormitorio, tratando de no poner demasiado peso en mi pierna derecha.

* * *

Agarro la manilla y me dirijo a Nina.

—Quédate en el coche. No tardaré mucho.

—Claro, cariño. —Sonríe y chasquea los labios. Sacudo la cabeza y me traslado del asiento del coche a la silla de ruedas que Dimitri, mi jefe de seguridad, me sostiene.

El almacén está situado al sur de la ciudad, en un prado entre dos fábricas abandonadas. El suelo es áspero, lo que hace más difícil empujar la silla, pero Dimitri sabe muy bien que no debe intentar ayudarme. Entramos por una gran puerta que se utiliza para los vehículos, y nos detenemos en medio de la enorme sala donde dos de mis hombres están esperando.

—¿Quién la ha cagado? —ladro al entrar, con Dimitri siguiéndome.

—El conductor —responde Mikhail—. Fue detenido por una patrulla rutinaria por exceso de velocidad. También estaba borracho. La mercancía fue confiscada.

—Iba a gran velocidad mientras transportaba mis drogas. Borracho —digo, incrédulo—. ¿Dónde está el idiota?

—Logró escapar de la policía. Está en la habitación de atrás.

—Mátalo —le digo a Mikhail y me vuelvo hacia Anton—. Asegúrate que los demás queden advertidos, para que una mierda como esta no suceda de nuevo.

—Sí, Pakhan.

—Muéstrame el mapa. Tendremos que cambiar esa ruta para los próximos envíos.

Tardamos unos veinte minutos en establecer la ruta alternativa, y pasamos casi una hora repasando los envíos previstos para las dos semanas siguientes y haciendo los ajustes necesarios. Tal vez no debería

haber traído a Nina, probablemente se esté poniendo inquieta en el coche mientras espera tanto tiempo.

Cuando por fin llegamos al coche, Dimitri me abre la puerta y, al ver a Nina, me detengo en seco. Está sentada con las piernas cruzadas en el asiento trasero, con los ojos cerrados. En el teléfono que tiene en el regazo hay un vídeo que muestra a una mujer en la misma postura, murmurando alguna tontería de la nueva era mientras Nina sigue hablando. Tiene un aspecto ridículo.

—¿Qué estás haciendo?

—Purgar las vibraciones negativas y canalizar la energía positiva en mis puntos de chakra. Vova, aquí, dijo que no le importaba.

Giro la cabeza para mirar a nuestro conductor. Está mirando al frente, fingiendo compostura, pero puedo verlo en su cara, apenas está logrando no estallar en carcajadas.

—¿Quieres probarlo, cariño? Hace maravillas para liberar el estrés —dice Nina, sonando completamente seria, pero puedo ver un brillo de picardía en sus ojos.

—Intentaremos algo similar cuando lleguemos a casa.

Nina

Hay tres pilas de ropa en el banco del vestuario. En la más grande están las cosas que no encajan y que no se pueden arreglar. La del medio está formada por prendas que no se ajustan bien, sobre todo vaqueros y dos vestidos, pero que se pueden acortar. La asistente de la boutique me tomó las medidas antes, y me prometió que su costurera las modificaría y me las entregaría en dos días. Estas boutiques de lujo tienen sin duda un servicio de atención al cliente excepcional. Le doy la ropa que hay que acortar a la asistente que está esperando delante del probador, y me llevo la pila más pequeña a la caja registradora. No puedo creer que haya conseguido encontrar algo que me quede bien.

Roman paga mis compras con su tarjeta, luego me rodea la cintura con su brazo y se inclina hacia mí.

—Me gusta mucho ese tanga rosa. Te lo pondrás para mí esta noche —dice y me besa.



Sé que lo hace sólo porque su hombre, Dimitri, está delante de nosotros recogiendo las bolsas, pero sigo sintiendo las mariposas que se desatan en mi estómago. Dimitri no hace ningún comentario, fingiendo que no está ocurriendo nada fuera de lo normal, pero noto cómo sus ojos se amplían cuando nos ve besarnos. Es un poco mayor que Roman, quizá treinta y tantos, guapo y con unos cuantos kilos de más en la cintura.

La mano de Roman se posa en mi culo y lo aprieta ligeramente.

—Deja de mirar a mi jefe de seguridad, Nina —me dice al oído.

Enarco una ceja y sonrío.

—Claro, cariño.

Nos dirigimos a la zapatería que está al lado de la boutique y, quince minutos después, estoy sentada en una silla con al menos una docena de cajas esparcidas por el suelo a mi alrededor. Cuando veo los precios en ellas, casi me desmayo y quiero ir a otra tienda, pero Roman no quiere oírlo. Así que aquí estoy, con un par de tacones que cuestan una pequeña fortuna, cuando escucho a Roman acercarse. Se gira para estar frente a mí y se inclina, me quita los zapatos de las manos y los coloca en su regazo.

—Izquierda —dice y extiende la mano.

Cruzo las piernas y levanto el pie izquierdo, apoyando el talón en su palma. Toma un zapato de su regazo y, sujetando mi pierna por el tobillo, lo desliza sobre mi pie.

—¿Tienes un fetiche con los pies, Roman?

—No. Pero parece que estoy desarrollando uno —dice con la barbilla metida y suelta mi pierna—. Bien.

Hace lo mismo con cada par, y para cuando terminamos, estoy muy excitada. No tenía la menor idea que mis pies son una zona erógena, o tal vez fue la forma en que acaricia deliberadamente la piel alrededor de mi tobillo cada vez. Tengo la sensación que cada parte de mi cuerpo se convertiría en una zona erógena si Roman la tocara. Por supuesto, nunca permitiré que se llegue a eso.

—Nos los llevamos todos —dice y hace un gesto a Dimitri, que está de pie junto a la entrada.

—¿Estás loco? —susurro, asegurándome que Dimitri no escuche—. Nos llevaremos solo un par.

—No.

—¡Roman!



—Todos ellos, Nina. Ahora, sonríe.

—Gracias, cariño, me encantan. —Le sonrío y me inclino para darle un rápido beso en la mejilla.

—Dimitri te llevará a la tienda de materiales de arte y luego al coche. Espérame allí. Tengo que pasar por otra tienda, y estaré allí en breve.

—Oh, eso sería perfecto. No soy buena para orientarme en espacios desconocidos.

—Lo sé, amor. No te preocupes, le pasa a todo el mundo. —Me da un rápido beso en los labios, dándose la vuelta para salir de la tienda, y me doy cuenta que Dimitri lo observa confuso en su rostro.

—Es muy dulce, ¿verdad? —Sonrío a Dimitri, quien se limita a parpadear. Me doy la vuelta rápidamente y salgo, para que no me escuche resoplar.

Capítulo 7

Nina

Cuando regresamos de nuestro recorrido de compras, el oficial matrimonial ya nos está esperando en el salón de la suite de Roman. La firma de la licencia de matrimonio es muy anticlimática. El tipo dice lo suyo, mientras Varya y Maxim hacen de testigos. Un par de "síes" y cuatro firmas después: Roman y yo somos marido y mujer. No puedo creer que me haya casado con un par de vaqueros que tengo desde mi primer año de instituto. Fue una de las cosas más extrañas que he vivido. Sin embargo, los anillos son un bonito detalle. No sé cómo Roman se las arregló para encontrar los anillos de boda tan rápido. Probablemente fue a una joyería mientras yo esperaba con Vova y Dimitri en el coche. También conseguí un segundo anillo, una gruesa banda de oro blanco con una piedra pálida en el centro, que supongo que debe hacerse pasar por un anillo de compromiso. Probablemente sea falso, porque el auténtico costaría una fortuna. De todos modos, me gusta.

Cuando se van, Roman coge su portátil, dice que tiene trabajo y se encierra en su habitación. Ni siquiera sale a comer el almuerzo que le trae Varya.

Coloco mi ropa nueva en el armario y termino un cuadro antes que se me agote la inspiración. Ahora, me estoy aburriendo mucho. Tal vez debería encargar algunas cosas y empezar a redecorar la casa como estaba previsto. Tal vez algunas lámparas. Me tumbo en el sofá y cierro los ojos.

—Lámparas. Me encantan las lámparas. Cuanto más grandes, mejor. Doradas, con grandes pantallas negras. Y entrelazadas —murmuro para

mí—. Aportarán el aspecto sofisticado, así que las pondré por todas partes. El personal va a odiar esas cosas. Son un infierno para el polvo y...

—Nada de lámparas. —Escucho la profunda voz de Roman procedente directamente de encima de mí, pero me limito a sonreír y continuar, manteniendo los ojos cerrados.

—Y mi marido odia mis lámparas. Pero sabe que tiene cero conocimientos de diseño de interiores, y como está tan loco por mí, decide dejar mis lámparas en paz. Las catorce.

Abro los ojos y encuentro a Roman inclinado sobre mí, con los ojos entrecerrados. Está de nuevo en su silla de ruedas. Es extraño. Suele usar muletas cuando está en sus habitaciones.

—Veo que has decidido salir por fin de tu cueva. —Enarco una ceja.

—Deberías vestirte. Vamos a bajar a cenar en treinta minutos.

—¿Puta, seria, o algo en el medio?

—El medio funcionará.

—Maldita sea, me gustaría que eligieras a la puta.

Roman

Mi jodida rodilla está fallando de nuevo. Sucede de vez en cuando. Esta tarde me he tomado unos analgésicos y he pasado el resto del día trabajando desde la cama, con la esperanza que me ayudara. Lo hizo, aunque apenas. Odio esta silla, pero lo que me molesta más que la propia silla es que Nina me vea en ella. Ella no es nada para mí. Tenemos un acuerdo por tiempo limitado, y luego ella se irá. Aun así, me molesta.

La puerta de su habitación se abre, y cuando Nina sale, la habitación empieza a palpitar con energía. Lleva unos vaqueros negros ajustados y una blusa de seda amarilla, combinados con unos tacones del mismo color. Lleva el cabello recogido en una coleta alta, cayendo por su espalda. Nina no suele llevar maquillaje, y eso me gusta. No lo necesita. Pero esta noche debe haber decidido que es una ocasión especial, porque sus labios son de un rojo intenso y se ha maquillado los ojos para parecer aún más felina. Es curioso, echo de menos su anillo en la nariz.

—¿Lista? —pregunto.

—Tanto como lo estaré jamás. Lidera el camino, esposo.

***

Cuando entramos en el gran comedor de la primera planta, todo el mundo está ya sentado y charlando. En el momento en que se dan cuenta de nuestra presencia, la charla se apaga y todos se ponen de pie. La tensión es tan densa que se puede cortar con un cuchillo, así que decido ir al grano enseguida.

—Esta es mi esposa, Nina Petrova —declaro.

Todo el mundo me mira fijamente y luego sus miradas se dirigen a Nina.

—Hola. —Ella sonríe y saluda.

Nadie comenta nada. Bien.

—Esta tarde hemos celebrado una boda municipal, pero hemos decidido retrasar la boda por la iglesia hasta el verano. Nina quiere tener una ceremonia al aire libre.

—Sí. Será junto al lago. —Me besa en la mejilla—. Gracias por complacerme, cariño.

—Sé que esto es un poco repentino, pero no cambia las cosas. Si alguien se atreve a faltarle el respeto a mi esposa, no le gustarán las consecuencias. —Me aseguro de clavar la mirada en todos los hombres sentados en la mesa hasta llegar a mi tío—. Sin importar quiénes sean. ¿Está claro?

—Sí, Pakhan —dicen todos al unísono.

—Nina, ya conoces a Maxim y Dimitri —digo, y ellos asienten. A continuación, dirijo mi mirada al otro lado de la mesa.

—Este es Leonid, mi tío.

Observo su reacción, pero Leonid está lejos de ser estúpido. Asiente, su rostro es una perfecta máscara de cortesía, pero no se me escapa el brillo maligno de sus ojos.

—A la izquierda de Leonid, Mikhail, los hermanos Ivan y Kostya, y Sergei. A la derecha de Dimitri están Yuri, Pavel y Anton. Estos son mis

hombres más íntimos, y les confío mi vida. Y a partir de ahora, también la tuya.

Nina se vuelve hacia los hombres de la mesa. Todos ellos cierran el puño derecho, se golpean el pecho al unísono y asienten con la cabeza mientras ella los observa con los ojos muy abiertos. Su rostro está controlado, pero por su postura y la forma en que me aprieta el antebrazo, sé que está un poco conmocionada. Al parecer, mi pequeña flor no entendía en qué se había metido exactamente antes de esta noche.

—Vamos a comer —digo y señalo con la cabeza a Varya, esperando junto a la puerta. Hace un gesto con la mano a Olga, Valentina y Galina para que traigan la comida.

La cena transcurre como espero, casi siempre en silencio. Cada pocos minutos alguien lanza una rápida mirada en dirección a Nina, de la que estoy seguro que se da cuenta, pero finge no hacerlo. Y a Nina se le da muy bien fingir, casi inquietantemente bien. Esperaba que exagerara, que actuara demasiado, que se riera. No hay nada de eso. Se acerca entre bocado y bocado para preguntar algo, y roza mi mano de vez en cuando. Todo parece tan genuino que incluso a mí, que sé que todo es un espectáculo, me resulta difícil no creer en su actuación.

—He cambiado de opinión —me susurra al oído y rompe mi hilo de pensamiento—. Nos quedaremos con esta mesa. Es monumental.

—Me alegro que pienses así.

—Pero las cortinas tendrán que irse, cariño. Ese tono de marrón es tan deprimente. Mi gurú del fengshui dice que siempre debemos tirar las cosas que nos deprimen.

El sonido de su voz es completamente serio, su rostro una imagen de perfecta sinceridad, pero sus ojos se ríen de mí. Me inclino hacia ella.

—Entonces los quemaremos —digo y la beso.

Capítulo 8

Nina

Algo no está bien. Recuerdo que Roman mencionó una reunión importante prevista para esta mañana. Son más de las nueve y todavía no ha salido de su habitación. Escuché su teléfono sonar alrededor de las ocho, y luego a él hablando con alguien. Quince minutos más tarde, Valentina vino a traer el desayuno, diciendo que Roman indicó que me lo dejara a mí.

Tal vez debería ir a ver cómo está. Dejo el pincel en el pequeño plato que tengo cerca del lienzo, me limpio las manos y me dirijo a la habitación de Roman. De repente, su puerta se abre y él sale rodando hacia la cocina. Solo lleva puesto un pantalón de chándal, con la parte superior del cuerpo a la vista, y no puedo dejar de mirarlo.

Roman ni siquiera se da cuenta que me acerco. En cambio, se dirige a los cajones que hay cerca del fregadero y empieza a rebuscar en el de arriba. Cuando no encuentra lo que busca, murmura algo en ruso, cierra el cajón con un golpe y pasa al siguiente.

—¿Necesitas ayuda?

—No — arremete.

Lo veo sacar un frasco blanco del cajón, sacar dos pastillas y tragárselas. Vuelve a mirar el frasco, saca otra pastilla y vuelve a tirar el frasco al cajón. Mientras coge el agua de la nevera, aprovecho para echar un vistazo a la etiqueta y ver qué ha tomado. Son analgésicos. Finalmente, gira su silla para mirarme, y jadeo.

—Estás hecho una mierda. —Su cara está pálida y sus ojos inyectados en sangre—. ¿Has dormido algo?



—La verdad es que no.

Lo sigo a su habitación y veo cómo entra en el vestidor y vuelve con un pantalón y una camisa en el regazo.

—¿Qué estás haciendo?

—Tengo una reunión en veinte minutos. Por favor, vete, tengo que cambiarme.

—No estás en condiciones de ir a ninguna parte, Roman.

Me ignora, pone su ropa en la cama de al lado y empieza a levantarse de la silla de ruedas, pero en el momento en que intenta enderezarse, un siseo se le escapa de la boca y se deja caer de nuevo.

—¡Que se joda!

—Bueno, supongo que esto significa que no habrá ningún desnudo en un futuro próximo —digo—. Venga, vamos a meterte en la cama.

—La cama no funcionará. Mi rodilla está rígida, no puedo enderezar la pierna.

—¿Qué tal el sofá? Podríamos poner algo bajo tu pierna y ver una película.

Roman me mira como si estuviera loca.

—No puedo pasar el día viendo películas. Tengo un imperio criminal que dirigir.

—Sí, hoy no vas a correr a ningún sitio, ni literal ni figuradamente. Acabas de tomar una triple dosis de analgésicos, así que probablemente estarás fuera en menos de una hora, durmiendo como un bebé.

—Mierda —maldice, luego refunfuña algo en ruso y sacude la cabeza.

—No tengo la menor idea de lo que acabas de decir, pero estoy de acuerdo. —Asiento—. ¿Tienes que llamarlos para cancelar?

—Sí. Dame el teléfono.

Cuando llegamos al salón, Roman se las arregla para trasladarse al sofá. Agarro uno de los grandes cojines para ponerlo debajo de su pierna, luego voy a su habitación y traigo una manta, que le coloco por encima. Roman sigue todos mis movimientos con la mirada, pero no hace ningún comentario. No creo que esté acostumbrado a que alguien se preocupe por él. Puede que me equivoque, pero creo que lo disfruta en secreto. Me dirijo a la cocina y compruebo el desayuno que queda en la bandeja. Es una



especie de pastel de mano con relleno de fruta. Le doy un mordisco. Todavía está tibia, servirá.

—Anoche empecé a ver una película, ¿quieres unirte? Solo he visto quince minutos, más o menos. Te pondré al día —grito mientras saco una jarra de zumo de naranja de la nevera.

—Suena bien.

—¿Hay alguna posibilidad que haya palomitas en alguna parte? —pregunto mientras abro el armario.

—Lo dudo.

—¿Y en la cocina de abajo? No podemos ver una película sin palomitas.

—No tengo ni idea. Llama a Varya y pregúntale.

Llevo la bandeja con el desayuno y la coloco en la mesa baja frente al sofá, luego me dirijo a Roman.

—Ocupas mucho espacio. Cabeza arriba, por favor.

—Y tú estás mandona hoy —dice, pero se levanta sobre sus codos.

Me siento en el lugar donde ha estado su cabeza, apoyo las piernas en la mesa y me doy unos golpecitos en el muslo. Roman vuelve a bajar lentamente y pone su cabeza en mi regazo. Me entrega su teléfono con el número de Varya ya seleccionado.

Roman

No puedo esperar a escuchar esto.

—Varya, perdona si te he interrumpido —contesta Nina al teléfono—. ¿Tal vez tienes palomitas de maíz en algún lugar?

No oigo la respuesta, pero me imagino la cara de Varya. Estoy bastante seguro que nadie ha visto palomitas en esta casa. Tenemos bombas, unas cuantas cajas de granadas y una tonelada de munición en el garaje. Pero no palomitas de maíz.

—Sí, palomitas de maíz... Bueno, para comer. Estamos viendo una película. —Escucha la respuesta de Varya—. ¿Qué quieres decir con "quiénes somos"? Roman y yo. —Otra pausa, y luego—. Sí, Varya, hablo en serio. . . No, eso no es necesario, . . . Yo . . . Vale, gracias.

Coloca el teléfono en la mesa, me mira y pone cara de asco.

—No hay palomitas, pero nos traerá cacahuetes. Los odio, pero está deseando venir.

Por supuesto que lo está.

La llamada a la puerta se produce menos de cinco minutos después. Varya empieza a dirigirse hacia el salón, pero se detiene a mitad de camino para mirarnos. Sus ojos se deslizan por encima de mí, tumbado en el sofá bajo la manta, y cuando llegan a mi cabeza, que descansa sobre el regazo de Nina, sus cejas se tocan la línea de su cabello. Luego se acerca, deja un cuenco de cacahuetes en la mesa y me echa otra mirada, sus ojos se dirigen a la mano de Nina, enterrada en mi cabello, sus dedos juegan con uno de los mechones.

—Podría haber bajado por eso —dice Nina.

—Tonterías, niña. ¿Necesitan algo más?

—¿Podemos tener la comida aquí, más tarde quiero decir? No creo que Roman vaya a dejar este sofá pronto.

Varya me lanza una mirada y sonríe.

—Oh, estoy segura que no lo hará.

Cuando Varya se va, Nina se echa hacia atrás y empieza la película. Me pone al corriente de lo sucedido, pero no presto atención a lo que dice, sino que cierro los ojos y disfruto de la sensación de su mano recorriendo mi cabello. Los analgésicos empiezan a hacer efecto, y probablemente podría levantarme y volver a mi habitación o al menos sentarme, pero en lugar de eso, me quedo en la misma posición y escucho la voz de Nina describiendo con todo lujo de detalles cómo ocurrió el asesinato de la película y me voy a la deriva.

* * *

—No te voy a traer las muletas, Roman.

Miro fijamente a Nina desde mi posición sentado en el sofá y aprieto los dientes. Hemos pasado toda la mañana y buena parte de la tarde descansando en el salón. Incluso he conseguido dormir casi dos horas, y mi rodilla está mucho mejor.

—¡Nina!

—Roman.

—Tráeme las malditas muletas. Por favor.

—Hoy no hay muletas para ti —dice y empuja la silla de ruedas hacia mí.

—Te estás pasando de la raya —muerdo.

—Demándame.

Maldigo, me subo a la puta silla y me voy a mi habitación. Después de ducharme y cambiarme, cojo el portátil y vuelvo al salón. Odio admitirlo, pero todavía tengo algún pinchazo en la rodilla. No es tan grave, pero sigue siendo más fácil estar sentado, y, ya que estoy en una silla de todos modos, decido hacer algo de trabajo.

—Me voy a la oficina —digo y hago un gesto con la cabeza hacia la puerta—. Vamos, te daré un recorrido sobre la marcha.

Me sigue por el pasillo este y señalo cada puerta que pasamos.

—El segundo despacho, que no uso. Dos dormitorios de invitados, cerrados con llave. El gimnasio. Hago ejercicio allí todas las mañanas, y tres veces a la semana viene un fisioterapeuta.

—¿Por qué mantienes cerradas las habitaciones de invitados? ¿Qué haces cuando se quedan a dormir?

—No invito a la gente a quedarse en mi casa. Es un riesgo para la seguridad.

Nos detenemos en lo alto de la escalera y señalo con la cabeza el pasillo que se extiende hacia el ala oeste.

—Mis hombres tienen habitaciones allí. Será difícil poner micrófonos en cualquiera de ellas sin que alguien sospeche.

El ascensor nos lleva a la planta baja, y giro a la derecha hacia la parte de "negocios" de la casa.

—El salón. —Hago un gesto hacia unas puertas dobles ampliamente abiertas, que muestran un gran espacio habitable utilizado por mis hombres—. A la derecha, el despacho de Leonid.

—¿Qué hace?

—Leonid está oficialmente a cargo de las finanzas, pero en realidad, Kostya e Iván hacen todo el trabajo. Mikhail se encarga de la distribución

y algunas otras cosas. Tiene sus oficinas en casa y en uno de los almacenes, así que rara vez está aquí.

—¿Mikhail es el tipo grande con el parche en el ojo?

Me detengo un momento, tomo el antebrazo de Nina y la vuelvo hacia mí.

—Lo que le pasó a Mikhail es personal, por favor no preguntes por ahí sobre ello.

—De acuerdo.

—Una cosa más. Cuando Mikhail esté cerca, trata de no tocarlo por casualidad. Él... no lleva bien el contacto con la piel.

Los ojos de Nina se abren de par en par, pero no pregunta nada más, solo asiente.

—Bien. Esta puerta de aquí lleva al sótano. No bajarás ahí bajo ninguna circunstancia —digo.

—¿Por qué?

Decirle que ahí es donde solemos torturar a la gente está fuera de lugar.

—Simplemente no lo haces.

—¿Ya lo hiciste... sabes? —Se señala la oreja.

—Maxim ya se encargó de eso.

—¿Cuál es su posición?

—Es mi segundo al mando. Dimitri trabaja con él, pero se encarga principalmente de la seguridad.

—¿Y el resto?

—Pavel se encarga de los asuntos del club. Anton y Yuri se encargan de los soldados de a pie. Sergei, el chico alto y rubio, se encarga de los tratos y de todos nuestros negocios legítimos, como los bienes inmuebles y los alquileres. Rara vez viene aquí, pero cuando lo hace, trata de evitarlo. Tiene problemas.

—Todo el mundo tiene problemas, Roman.

—No como la de Sergei. Créeme. Aléjate de él.

—¿Y todos ellos viven aquí?

—Todos los hombres que conociste anoche tienen habitaciones en la planta de arriba, pero solo Leonid, Pavel, Kostya e Iván viven aquí.



—¿Y qué hay del personal? ¿Las empleadas?

—Valentina y Olga tienen habitaciones en el otro lado, donde está la cocina. Varya también tiene un pequeño apartamento allí. El resto se va a casa todas las tardes.

—¿Varya es tu ama de llaves?

—Era el ama de llaves del viejo Pakhan. Cuando me hice cargo, hice preparativos para que no tuviera que trabajar más. Ella no quiso irse. Todavía no lo hace. Así que la dejo llevar la casa; la hace feliz.

—No quiere dejarte, quieres decir.

—Sí.

Lo veo en sus ojos, quiere preguntar más pero no lo hace, y no me ofrezco. Algunas cosas es mejor no decirlas.

—Esta es la oficina de Maxim, luego la de Dimitri. —Señalo las puertas de la derecha—. Kostya e Iván comparten el despacho, es la puerta que está al lado de la de Leonid. La mía es la última del pasillo. Si no estoy arriba, probablemente esté aquí. Te daré los números de Maxim y Dimitri más tarde, por si acaso.

—¿Podemos ver la cocina?

—Si insistes.

—Pareces reticente. ¿Hay algún problema con la cocina?

Todo está mal en la maldita cocina.

—Ya lo verás.

Nina

Estamos justo delante de las puertas abiertas de la cocina cuando algo grande y metálico cae al suelo estrepitosamente. Hay una fracción de segundo de silencio absoluto seguido de un grito gutural tan fuerte que me estremezco. Cuando entramos, miro a mi alrededor y siento que acabo de entrar en un manicomio.

Un hombre enorme y barbudo de unos sesenta años, con un delantal de cocinero blanco y una bandana en la cabeza, está de pie con las manos en la cadera y gritando lo que puedo suponer, son obscenidades rusas. No



es muy alto, pero es tan ancho como un camión. Una gran olla volcada de lo que parece sopa yace en el suelo cerca de sus pies. Valentina y otras dos mujeres, que supongo, son Olga y Galina, corren por la cocina, cogen trapos y se arrodillan para limpiar el suelo. Mientras tanto, la cocinera se queda quieta en medio de un gran charco de sopa. Varya está en el otro extremo, cerca de la gran nevera, señalando a la cocinera y también gritando en ruso.

En el extremo derecho, hay una pequeña mesa de comedor donde Kostya y Dimitri están sentados, bebiendo café y discutiendo algo. No parecen perturbados por los gritos que suceden detrás de ellos.

Nadie se fija en nosotros.

—¿Siempre es así aquí? —murmuro.

—La mayoría de las veces.

Las dos mujeres limpiando el suelo empiezan a discutir. Una de ellas lanza el trapo a la otra y se dirige hacia el fregadero.

—Está justo debajo de tu suite. ¿Cómo es que no los he escuchado nunca? —pregunto asombrada.

—Tengo la cocina insonorizada.

—Buena decisión. —Asiento, todavía mirando el caos con asombro—. ¿Debemos dejarlos en paz?

Roman mira a su alrededor, coge una gruesa tabla de cortar y la golpea contra el mostrador metálico a su lado. El sonido reverbera por toda la estancia, haciéndome saltar. Todo el mundo se calla.

—Esta es Nina —dice Roman—. Mi esposa.

Sonrío ampliamente y saludo en su dirección.

—Nina Petrova —gritan y asienten todos al mismo tiempo.

—Oh, pueden llamarme simplemente Nina.

—No, no pueden —ladra Roman.

—¡Cariño!

—Fin de la discusión.

—Eres tan severo, Roman. —Hago un pequeño mohín y me vuelvo hacia el personal de la cocina—. Lo es, ¿cierto?

Todos me miran como si fuera simplona. Perfecto. Me dirijo a Roman.

—¿Puedo quedarme aquí?



—¿Estás segura de eso?

—Sí.

—De acuerdo. Estaré en mi oficina.

—Me pasaré más tarde. —Le doy un rápido beso en la mejilla.

* * *

Diez minutos después, estoy sentada en la mesa del rincón, intentando discutir el desayuno con Igor, el cocinero. Él solo habla ruso, así que Varya me hace de traductora. La cosa no va bien.

—Igor cree que no te ha gustado su piroshki[2] esta mañana —dice Varya—. Tiene miedo que el Pakhan lo despida o algo peor, si se entera que no te gusta su comida.

Oh, por el amor de Dios. Tengo ganas de empezar a golpear mi frente contra la mesa. En lugar de eso, sonrío dulcemente.

—Me ha encantado la torta. Estaba deliciosa, y me aseguraré que Roman lo sepa. Incluso me encantaría aprender a hacerla. Pero, por favor, ¿podría desayunar también cereales?

Varya me traduce, e Igor sonríe. Salta de su silla balbuceando algo y haciendo un gesto con su mano. Lo sigo hacia la isla de la cocina, donde me pone un delantal y empieza a sacar cosas de la alacena. Me giro para mirar por encima del hombro a Varya, esperando que me diga qué está sucediendo, pero se limita a reírse y a negar con la cabeza.

Roman

Termino de repasar los números con Leonid y Kostya y miro el reloj. Son casi las siete de la tarde, se me ha pasado volando con todas las reuniones y el papeleo que tenía atrasado. Me pregunto qué estará

[2] Los pirozhkí son panecillos rellenos típicos de las gastronomías rusa, bielorrusa y ucraniana. Pueden ser horneados o fritos con levadura. Sus rellenos son de carne, verduras u otros ingredientes.



haciendo Nina. Dijo que se pasaría por aquí pero no lo hizo, y que me aspen si sé por qué, pero no me sienta bien.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir con esto, Roman?

Miro a Leonid, sentado en una silla al otro lado de mi mesa. Kostya ya se ha ido, así que solo estamos nosotros dos—. ¿Qué cosa?

—El matrimonio. Ni siquiera tuvisteis una boda por la iglesia. La gente hablará.

—No, no lo harán.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los silenciaré, Leonid. De la misma manera que silencié a mi padre. —Inclino la cabeza hacia un lado—. ¿Recuerdas esa noche?

Se tensa y no dice nada, pero noto la vena latiendo en su cuello. Sí, recuerda muy bien esa noche.

—Si no tiene más preguntas, puedes irte. —Señalo hacia la puerta.

Se levanta y sale de mi despacho.

Leonid ha empezado a actuar de forma extraña en los últimos meses. Siempre ha sido un perezoso de mierda que prefiere que otros trabajen para él mientras él se lleva todo el crédito. Últimamente ha intentado asumir más responsabilidades de Kostya, que es la principal razón por la que sospecho que ha tenido algo que ver con esa bomba. Tendré que hacer algo con él, con pruebas o sin ellas, y pronto. Ahora, sin embargo, me muero por saber qué ha estado haciendo mi peculiar mujercita toda la tarde, así que llamo a Varya.

—¿Dónde está ella?

—Todavía aquí en la cocina —dice Varya, con un tono divertido.

—¿Qué ha estado haciendo allí todo este tiempo?

—Ven y compruébalo tú mismo.

Me deslizo por el largo pasillo y entro en la cocina. Nina está de pie junto a la superficie de trabajo, colocando trozos redondos de masa en una gran sartén mientras Igor está de pie detrás de ella, supervisando. Aunque lleva un delantal, su blusa de encaje rosa y sus vaqueros están cubiertos de harina. Su cola de caballo está torcida y tiene algo que parece mermelada en la mejilla izquierda.

—Igor le está enseñando a hacer piroshki —dice Varya mientras se acerca a mí—. Van por la tercera tanda.

—Igor solo habla ruso. ¿Cómo puede enseñarle algo?

—No tengo la menor idea. Le dice lo que tiene que hacer, y cuando lo hace mal, le grita.

Mi cabeza se inclina hacia un lado para mirar a Varya.

—¿Le gritó a mi esposa?

—Ella le gritó más.

—¿Por qué?

—Bueno, él gritó porque ella quemó la primera tanda. Ella gritó porque él no dijo cuánto tiempo debían permanecer en el horno. Ninguno de los dos sabe por qué ha gritado el otro. Es divertidísimo.

Nos quedamos en la puerta y los observamos.

—¿Qué pasó con la segunda tanda? —pregunto—. ¿También se quemó?

—La segunda estaba buena. La sacaron del horno cuando los chicos empezaron a venir a comer. Todos los que pasaron tomaron uno o dos, y en cinco minutos se acabaron. —Se ríe—. Oh, estaba tan enfadada.

—¿Por qué? ¿Quería comérselos todos ella sola?

Varya se vuelve hacia mí, y hay una mirada de satisfacción traviesa en sus ojos, como la de un gato que ha conseguido la crema.

—No, Roman. Estaba enfadada porque no han dejado ninguna para ti.

En ese momento Nina levanta la cabeza, nuestras miradas se conectan y me sonríe. Es como si el sol hubiera atravesado de repente las nubes oscuras, golpeándome con su calidez, y me encuentro deseando que esto sea real y no solo una representación. Sus tacones golpean el suelo mientras se acerca, resonando en el gran espacio.

—Se comieron tu piroshki —dice y pone las manos en las caderas.

Está tan jodidamente preciosa cuando se enfada. Me inclino hacia delante, la agarro por la cintura con un brazo y por debajo de las rodillas con el otro. Levantándola, la deposito en mi regazo.

Chilla y envuelve sus brazos alrededor de mi cuello.

—Te he manchado de harina toda tu camisa.

—No me importa —digo y agarro las ruedas—. Sujétate bien.

Sus ojos se amplían, pero me rodea el cuello con sus brazos.

—Ábrenos la puerta, Varya —digo por encima de mi hombro, doy la vuelta a la silla y nos arrastro hasta el pasillo.

Con las piernas de Nina colgando en el lateral de la silla, se requiere un poco más de maniobra para manejar la rueda derecha, pero lo consigo, y nos lleva al otro lado del pasillo y al ascensor. Se ríe a carcajadas durante el trayecto, su rostro pegado a mi cuello, y se siente tan bien.

Mi buen humor se evapora en el momento en que salimos del ascensor y veo a Leonid de pie en lo alto de la escalera, mirándonos fijamente. Lo ignoro y nos acerco a la puerta de mi suite.

—Gracias por el viaje. —Nina se ríe y se levanta para abrir la puerta.

—Cuando quieras, Malysh. —Dentro, cierro la puerta tras de mí—. Ven, tenemos que hablar.

—¿Sucede algo?

—Tal vez. Ve a cambiarte, te espero en la cocina.

Nina

Cuando entro en la cocina, recién duchada y con ropa limpia, encuentro a Roman rebuscando en la nevera. Él también se ha cambiado, se ha puesto unos vaqueros y una camiseta blanca, ajustada a su ancha espalda. No puedo evitar mirarlo.

—¿Cómo está la rodilla? —le pregunto cuando consigo dejar de mirarlo. Vuelve a llevar las muletas, así que supongo que se encuentra mejor.

—Vuelve a la normalidad —dice y cierra la nevera—. O tan normal como hace unos días. Tengo que llamar para citar a mi terapeuta para mañana. He tenido que cancelar la sesión de hoy.

Me acerco y me sitúo a su lado, segura de haber superado por fin la respuesta idiota de mi cuerpo a su tamaño. Mi brazo roza accidentalmente su codo y me sobresalto.

—Lo siento —susurro y cierro los ojos, enfadada conmigo misma. Odio esto.

Siento el brazo de Roman alrededor de mi cintura, y en el momento siguiente, me encuentro sentada en el mostrador.

—No tienes que hacer eso todo el tiempo —suspiro.

—No me importa.

—Es absurdo. ¿Te ha dolido la pierna?

—Siento decírtelo, pero eres un poco pequeña, Nina. Mi pierna está perfectamente bien.

—Todo el mundo es un poco pequeño a tu alrededor, Roman. —Pongo los ojos en blanco y le doy un golpe en el hombro—. ¿Ayuda la fisioterapia?

—Sí, pero es lento. Tardé dos meses en caminar con muletas. Uno más para usarlas sin tener un dolor importante. Warren dice que probaremos el bastón en un par de semanas, a ver cómo va. —Se acerca a la barra junto a la que estoy sentada, cogiendo un vaso y el envase de zumo de naranja.

—¿Y después?

No responde enseguida, parece concentrarse en servir el zumo de naranja.

—Mi rodilla está demasiado jodida. El bastón es probablemente lo mejor que podré conseguir.

Por la forma en que evita mirarme a los ojos, no le gusta ese resultado.

—Estarás sexy con bastón, Roman. Con un aspecto muy aristocrático.

Sus ojos se dirigen a los míos y sus labios se levantan en una sonrisa.

—¿Y ahora no soy sexy?

Oh, no tienes ni idea de cuánto, quiero decir. En lugar de eso, me río.

—¿Estás buscando cumplidos, Pakhan? Dios mío, eres tan vanidoso. —Le doy un codazo, y los dos nos reímos. Cuando las risas se acaban, cambio de tema—. Dijiste que tenías algo que discutir.

—Sí. Necesito que pongas micrófonos en la habitación de Leonid primero. Su oficina también, pero su habitación es la prioridad.

—Bien. ¿Cómo hacemos para entrar en su habitación? Podría colarme mientras él está trabajando.

—Siempre hay alguien alrededor, una criada o alguno de los hombres. —Roman desplaza el peso de su pierna mala y apoya la cadera en el mostrador—. Tendré que pensarlo.

—¿Y si lo estropeo?

—No lo harás. —Se acerca a mí con su mano como si fuera a rozarme el rostro, pero luego lo reconsidera y se aparta—. ¿Has informado a tus padres que nos hemos casado?

Me acobardo.

—Todavía no. ¿Tengo que hacerlo?

—Sí.

—Mierda. Mamá me va a matar. Siempre hablaba de cómo quería organizar una gran boda si alguna vez encontraba a alguien lo suficientemente loco como para casarse conmigo. Tal vez le mande un mensaje.

Un músculo se mueve en la mandíbula de Roman y se inclina hacia mí hasta que nuestras narices casi se tocan.

—No puedes informar a tu madre que te has casado por mensaje de texto, Nina. La llamarás y le pedirás a ella y a tu padre que vengan a cenar.

—¿Aquí? —Parpadeo hacia él—. No puedo traerlos aquí. Cuando mi madre vea a todos los tipos con armas, ¡pensará que me he casado con la mafia!

Las cejas de Roman casi le llegan a la línea del cabello.

—Y tu madre tendría razón.

—Sí, pero ¿podemos omitir ese pequeño detalle? Se asustó cuando vio mi piercing en la nariz. Mi madre es extremadamente conservadora; incluso plancha sus toallas. No estoy segura de cómo tomará el hecho que me casé con un señor del crimen.

Se ríe y sacude la cabeza.

—Los llevaremos a un restaurante.

Roman

No soy fan de la madre de Nina.

Como era de esperar, se sorprende cuando Nina le dice que nos hemos casado tan repentinamente, y con un hombre que no conocen. Sin embargo, a juzgar por las miradas que me lanza durante el almuerzo, le

preocupa más que use una silla de ruedas que el hecho que su hija se haya casado con un desconocido.

—¿Estás embarazada, Nina? —pregunta despreocupadamente entre dos bocados de pastel.

A mi lado, Nina se atraganta con su vino.

—Jesús, mamá —dice cuando logra recuperarse—. Claro que no. Nos conocimos hace una semana.

—Pero estamos trabajando en ello —me lanzo y tomo la mano de Nina—. ¿Verdad que sí, amor?

Nina parpadea, luego sonríe y se inclina para besarme.

—Seguro que sí.

El padre de Nina está sentado al otro lado de la mesa, sin apenas hablar. Lleva toda la noche evitando mi mirada. Cuando me mira, la desvía rápidamente y esconde sus manos temblorosas bajo la mesa. A mí tampoco me gusta Samuel Grey, y no tiene nada que ver con el hecho que me haya robado dinero. Él sabe muy bien quién soy, y aun así dejó que su hija se casara conmigo para salvar su propio culo. Qué lamentable excusa de ser humano.

Sobre la mesa, mi teléfono suena, mostrando el nombre de Pavel. Son las seis de la tarde, los clubes aún no han abierto, así que no pueden ser asuntos del club. Atiendo la llamada.

—Pakhan. Tenemos un problema.

Por supuesto lo tenemos.

—Estoy escuchando.

—Los ucranianos están aquí. Shevchenko quiere renegociar los términos.

—Dile que se ponga en contacto con Sergei. Él está a cargo de eso.

—Ya se han reunido hoy, y Shevchenko dice que no tiene intención de negociar con él nunca más. —Hay una pausa silenciosa al otro lado de la línea, y luego—. Sergei intentó cortarle la mano.

—Maravilloso. —Presiono el puente de mi nariz y suspiro—. ¿Dónde estás? ¿En Ural?

—Sí.

—Estaré allí en veinte minutos.

Me guardo el teléfono en el bolsillo y me vuelvo hacia Nina.

—Tengo que irme. Dimitri se quedará y te llevará de vuelta cuando hayas terminado.

—¿Está todo bien? —pregunta.

—Sí. —Asiento y la beso, y al ver cómo nos mira su madre, añado—. Ponte algo sexy y espérame. No tardaré mucho.

Nina

Sigo a Roman con la mirada mientras rueda hacia la salida, donde Dimitri está de pie junto a la pared. Hablan en voz baja y Roman se va. ¿Ha sucedido algo? Parecía serio.

—¿Estás segura que has hecho lo correcto, Nina? —pregunta mi madre.

Me giro para mirarla.

—¿Qué quieres decir?

—Casarse con este hombre, después de solo dos días. —Me mira con una mezcla de exasperación y molestia—. Quiero decir, no debería sorprenderme, siempre has hecho las cosas a tu manera, pero, aun así.

Pongo los ojos en blanco.

—Este hombre tiene un nombre. Y estamos locos el uno por el otro. ¿Por qué esperar?

—Entiendo por qué te enamoraste de él. Es mayor, rico, sofisticado. Extremadamente guapo.

—Ahí tienes. —Sonrío y me reclino en mi silla—. Tu sueño finalmente se hizo realidad. Pensé que estarías encantada.

—Está en una silla de ruedas, Nina.

—¡Zara! —susurra mi padre desde el otro lado de la mesa, y mira a Dimitri de pie junto a la puerta—. ¡Cállate!

—No me hagas callar, Samuel. Quiero lo mejor para mi hija y tengo derecho a preocuparme.

—Guárdate tus preocupaciones para ti, mamá —sentencio.

Se inclina hacia delante sobre la mesa.

—¿Qué le pasó? ¿Un accidente de coche?

—Sí. —Tiro mi servilleta en el plato—. Tuvo una grave lesión en la pierna hace unos meses. ¿Eso satisface tu curiosidad?

Aprieta los dientes y me observa con los ojos entrecerrados.

—¿Puede caminar?

Miro fijamente a mi madre.

—Te lo acabo de decir. Me casé con él porque estoy enamorada de él. ¿Por qué iba a importar eso? —Me parece preocupante lo rápido y fácil que ha salido eso de mi boca.

—¿Por qué? —Ensancha los ojos ante mí y se vuelve hacia mi padre—. ¿Por qué no dices nada? ¿Sabías de esto, Samuel?

—Zara, por el amor de Dios, cállate.

Ella ignora completamente a mi padre.

—¿Es una especie de rebelión, Nina? ¿Otra de tus fases?

Eso es todo. Ya he tenido suficiente. Cojo mi teléfono de la mesa, me levanto y me dirijo hacia la salida, dejando a mis padres sentados en ella.

Capítulo 9

Nina

Ladeo la cabeza hacia un lado y miro el gran lienzo que tengo delante. Demasiado brillante. Agarro la paleta y uso el pincel para mezclar más negro con el gris pálido, y luego empiezo a añadir sombras más nítidas.

Cuatro piezas están hechas y a la espera de ser enviadas a la galería. Diez, si se suman a las seis que envié antes que mi vida diera un giro tan drástico. Tengo que terminar cinco más antes del final de la semana que viene para cumplir el plazo de la exposición. Sin embargo, tendrán que esperar, porque he decidido trabajar en el siguiente tipo grande. Normalmente, termino primero todas las piezas estándar y trabajo en la pieza principal al final. Esta vez no. Parece que Roman no solo ha conseguido desordenar mi cabeza, sino también mi proceso creativo.

No lo he visto mucho en las últimas dos semanas, por lo general solo por las mañanas, antes que baje a su oficina a hacer lo que sea que hagan los señores del crimen de la mafia, y por las noches cuando regresa a cenar. Me aseguro de pasarme por su despacho al menos dos veces al día, siempre en los momentos más inoportunos. A menudo, hay alguien más dentro con él. A la ida y a la vuelta, deambulo por la casa, reordenando las plantas y los cuadros o haciendo idioteces similares. Aparte de eso, paso la mayor parte del tiempo en la suite, lo que me ha dejado mucho tiempo para pintar.

Ayer, Maxim vino a darme un curso rápido para novatos sobre la colocación de los bichos. Esperaba que implicara cables y andar a escondidas con un destornillador, desatornillando rejillas de ventilación y colocando pequeños micrófonos en el interior. En cambio, me dio unas cosas de plástico negro que parecían cargadores de teléfono, solo que sin

cables. Todo lo que tenía que hacer era entrar en una habitación y conectarlo a un enchufe que no estuviera a la vista. Aterrador. En el momento en que se fue, recorrí toda la suite dos veces, comprobando cada enchufe.

Hoy, sigo luchando contra un impulso persistente de mirar cada enchufe por el que paso.

Bajando el pincel, doy unos pasos atrás y miro a mi gran criatura con una enorme sonrisa en mi rostro. Sí, es perfecto. Con cuidado, giro el cuadro para que esté de cara a la pared y no a la puerta, por si entra Roman. Nunca entra en mi habitación, pero no está de más ser más cuidadosa. No quiero que vea al grandullón antes de la exposición, por lo que he decidido trabajar en él en mi habitación en lugar de al lado de la gran estantería donde trabajo en mis otras obras.

Miro el reloj de la mesita de noche y luego mi reflejo en el espejo. Estoy cubierta de pintura negra y roja hasta los codos, y tengo varias manchas grises y rojas por toda la camisa. También tengo algunas en la cara. Mi entrega llegará pronto, probablemente debería cambiarme y lavarme la cara y las manos antes de bajar a esperarlos.

Roman

Estoy hablando por teléfono con Mikhail, que me está dando el informe del último envío, cuando llaman a la puerta y Dimitri entra en la oficina.

—Te llamo luego —le digo a Mikhail y corto la llamada.

—Han llegado algunas cosas para Nina Petrova —dice Dimitri y me mira de forma señalada.

—¿Y qué? Dile a algunos de los hombres que las lleven al ala este.

—¿Qué debemos hacer con las lámparas?

—¿Qué lámparas? —pregunto, y entonces me acuerdo.

Mierda. Apoyo los codos en mi escritorio y presiono las palmas de las manos en mis ojos.

—¿Grande? ¿Dorado con negro?

—Sí.

—¿Cuántas?

—Catorce —dice sin más.

—Catorce lámparas . . . —Suspiro—. Ponlas en la biblioteca por ahora.

—Muy bien. ¿Y el animal? —pregunta, y mi cabeza se levanta.

—¿Qué... animal?

—Pequeño. Negro. Está en un transportín así que no estoy seguro de lo que es. Parece un perro, pero suena extraño.

Cojo el teléfono y llamo a Nina.

—¿En serio has pedido un animal por internet?

—¿Perdona?

—Dimitri dice que hay un perro que vino con tus cosas de decoración.

—Oh, ese es Brando. Ahora mismo bajo.

Miro fijamente el teléfono en mi mano. Brando. Voy a matarla.

* * *

En la puerta principal, aparco mi silla de ruedas en lo alto de la escalera y miro un montón de cajas de distintos tamaños, cubriendo la mitad de la entrada. A un lado, catorce cajas rectangulares transparentes están alineadas en una fila, cada una con una ancha cinta dorada atada alrededor. Todas ellas contienen la misma lámpara, la cosa más fea en la que he puesto mis ojos.

Nina sale corriendo de la suite, baja corriendo los escalones y se detiene ante el transportín para perros que se ha colocado en una de las cajas. Abre el transportín, saca un perro escuálido del tamaño de un gato pequeño y empieza a arrullarlo.

—¿Qué es eso? —pregunta Dimitri.

—Un chihuahua.

Vemos a Nina rebuscar en unas cajas, manteniendo al perro en el hueco de su brazo izquierdo. Saca una correa de una de las cajas, la engancha al collar y deja al perro en el suelo. El perro empieza a correr alrededor de sus piernas, soltando extraños ladridos de hámster.

—Hazle saber a Varya lo del perro. Estará muy... emocionada. Envía a alguien a comprar comida para el perro —digo y me giro para volver a mi despacho.

Nina

Paso una hora paseando a Brando por la casa y el jardín, para que se haga una idea del espacio. Está un poco nervioso debido a toda la gente nueva, pero finalmente se acomoda en su cama en la esquina de mi habitación y se duerme.

Al pasar por la cocina, cojo una manzana del bol y me dirijo a mi espacio de trabajo junto a la biblioteca. Todavía quedan varias horas de luz natural, y pienso aprovecharlas para trabajar en las cinco piezas restantes para mi exposición. Probablemente debería llamar a mi gerente para decirle que envíe al mensajero a por los cuadros terminados. A Mark le gusta tener el mayor número posible de ellos unos días antes del evento para poder organizar al fotógrafo y la impresión del catálogo.

Saco mi teléfono del bolsillo trasero de mis vaqueros y llamo a Mark mientras reordeno las piezas terminadas a lo largo del gran ventanal.

Cuando contesta, le digo al teléfono.

—Hola, cariño.

—Conozco ese tono —se queja—. Vuelves a ir con retraso.

—Por supuesto que no. Nunca te haría eso.

—Maldita sea, Nina. ¿Qué tan atrasada estás?

—Unos pocos días. Pero el grandullón está terminado. Me quedan cinco. ¿Puedes enviar a alguien por los otros? Te enviaré la dirección.

—¿Te has mudado?

—Sí. Es una larga historia.

—¿Podrás terminar a tiempo?

—Haré lo que pueda, cariño.

Se oyen algunos gruñidos y un suspiro.

—Envíame una foto del grandullón.

—No te voy a enviar una foto, tendrás que esperar y ver por ti mismo, Mark. Adiós. —Vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo y cojo uno de los lienzos en blanco.

—¿Quién diablos es Mark?

Salto y me doy la vuelta para encontrar a Roman mirándome.

—¿Por qué le llamas cariño? —exige—. ¿Y qué tipo de foto le estás enviando?

Parpadeo y le doy un mordisco a mi manzana.

—Mi proxeneta. Todas las chicas lo llamamos cariño. Y le envío una foto de mis tetas.

Enfoca sus ojos hacia mí, pero no dice nada.

—Por el amor de Dios, Roman. Mark es mi representante y el dueño de la galería donde tengo mi exposición. Quería fotos de los cuadros.

—¿Por qué le llamas cariño?

—Todo el mundo le llama nena. Incluyendo a su marido.

La postura de Roman se relaja visiblemente y sus ojos pierden su brillo asesino. ¿Está celoso?

—¿Puedo ver los cuadros? —pregunta.

Entonces, parece que vamos a ignorar su extraño comportamiento. A mí me vale, porque no quiero insistir en que me gusta la idea que esté celoso.

—Sí —respondo—. Solo no toques, algunos no están secos todavía.

Roman se acerca a los lienzos y observa cada uno de ellos durante unos instantes hasta que se detiene frente al más reciente.

—¿Es ese...? ¿Igor? —Señala con la punta de la muleta hacia el cuadro.

—Sí.

—¿Por qué tiene un megáfono en lugar de cabeza? ¿Y eso es... un pollo muerto bajo el brazo?

—Eres extremadamente perspicaz, Pakhan.

Me mira por encima del hombro y sonríe.

—¿Y dónde está mi cuadro? Me prometiste tu autorretrato.

—El desnudo. Lo recuerdo. Tendrá que esperar; tengo que terminar las piezas restantes de la exposición. O podría hacer mi autorretrato como

una de ellas, seguro que a los críticos les encantará. —Me encojo de hombros—. Puede que tengamos que añadir una etiqueta de "más de dieciocho años" en la...

—No.

—Entonces tendrás que esperar.

—Esperaré. —Se gira y me mira—. ¿Tienes hambre?

Su cambio de tema me pilla desprevenida.

—Un poco.

—Vamos a salir a comer.

Roman

Llevo a Nina a un restaurante elegante del centro y pasamos allí casi dos horas. Me describe lo que ha planeado para la exposición, y la dejo hablar mientras la observo, sus ojos sonrientes, la forma en que agita las manos delante de su cara cuando está emocionada, o cómo se inclina hacia delante, susurrando en voz baja cuando cotillea sobre sus colegas, compartiendo la galería. Debe ser consciente que nadie puede escucharla, el local está solo medio lleno y ninguna de las mesas cercanas a nosotros está ocupada. Aun así, mantiene su pequeña mano sobre la boca, charlando acerca de cómo se ha topado con una de las otras artistas mientras tanteaba al tipo de las finanzas detrás del escenario de la galería.

Ha habido muchas mujeres en mi vida, pero con Nina delante, todas se desvanecen. Ni siquiera nos hemos besado propiamente, más allá del espectáculo, pero no recuerdo haberme sentido nunca tan atraído por alguien. Es como si me hubiera hechizado.

—¿Qué pasa con el perro?

—Me lo prestó mi tía. —Sonríe y toma un sorbo de su vino.

—¿Te han prestado un perro? —La miro fijamente.

—Técnicamente, me ofrecí a vigilarlo durante unas semanas. Eso debería ser tiempo suficiente para que haga su parte.

—¿Y eso sería?

—Bueno, ya sabes que los perros siempre están corriendo por la casa, entrando en las habitaciones y escondiéndose allí. A Brando le encanta eso, así que supongo que lo perseguiré mucho por la casa en los próximos días. Quién sabe dónde acabará. —Me sonríe—. Quizá incluso en la habitación de Leonid en algún momento.

Me río y sacudo la cabeza ante su idea.

—Eres una mujer peligrosa, Malysh.

—¿Qué significa eso?

—¿Malysh? Es un apelativo. Significa pequeña.

Inclina la cabeza hacia un lado y las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba en una pequeña sonrisa.

—Bueno, como ya he dicho, la mayoría de la gente es poca cosa comparada contigo, Roman.

El camarero viene a llenar nuestras bebidas. Cuando Nina coge su vaso, me doy cuenta que su anillo de boda está bastante flojo, extiendo la mano, la cojo entre las mías e inspecciono el anillo—. Deberíamos cambiarlo de tamaño.

—No te molestes. El anillo de compromiso lo mantiene en su sitio. Por cierto, es resistente. El otro día se me derramó un poco de pintura sobre la mano y tuve que restregarlo, ni siquiera se rayó.

—Es bastante difícil rayar un diamante.

Nina me mira, parpadea y luego mira el anillo como si fuera a morderla.

—¿Esta cosa es real?

—Por supuesto, es real.

—Mierda. —Aplana la mano y mira incrédula el diamante de dos quilates de talla princesa. Su boca se abre y se cierra sin palabras. Luego cubre el anillo de forma protectora con la otra mano y se inclina hacia mí—. ¿Puedo cambiarlo por uno que tenga cristal?

—No.

—¿Por favor?

—No llevas un anillo de cristal. Fin de la discusión.



Arrastra la nariz y murmura algo que suena como "añade cuernos de diablo" pero probablemente lo he oído mal porque no tiene ningún sentido.

—Vamos a casa —digo y suelto la mano de mala gana—. Podemos ver una película.

—¿No tienes trabajo que hacer?

—He terminado por hoy. ¿Y tú?

—Mi proxeneta me va a matar. Ya estoy retrasada, pero una película suena bien.

Nina

Cuando volvemos, me doy una ducha rápida, me pongo unos leggings y una camiseta de gran tamaño y me dirijo a la cocina para preparar palomitas. Al parecer, a Roman le encanta el zumo de naranja, del que bebe litros, así que le exprimo unas cuantas naranjas y se lo llevo al salón.

Ya está allí, sentado con los brazos sobre el respaldo del sofá, con la pierna derecha estirada hacia delante y el talón apoyado en la mesa.

—Te ves extraño con ropa informal. —Coloco el cuenco y el zumo sobre la mesa, y señalo con la cabeza su sudadera y su camiseta.

—¿Eh? ¿Cómo es eso?

—No lo sé. Menos pakhan-ish, supongo. —Me encojo de hombros y me dejo caer en el sofá junto a él —¿Qué estamos viendo?

—No me importa. Muévete.

Me muevo hacia la esquina, y Roman se tumba en el sofá, coloca su cabeza en mi regazo y cierra los ojos.

—¿Te duele la pierna?

—Sí —dice, pero hay un ligero retraso en su respuesta.

—¿Estás mintiendo?

—No. —Sacude la cabeza. Sus ojos siguen cerrados, pero las comisuras de su boca se levantan un poco.

—Oh sí, estás mintiendo. —Me inclino ligeramente—. Solo quieres que te acaricie.



Abre los ojos y se acerca para colocar uno de los mechones que se han escapado de mi coleta detrás de la oreja.

—Sí —dice y vuelve a cerrar los ojos.

Respiro profundamente, tratando de controlar mis acelerados latidos, y luego entierro mis dedos en su cabello. Nos quedamos así, él tumbado en mi regazo y yo acariciándolo, frente a un televisor apagado hasta que un teléfono sonando en algún lugar de la habitación de Roman rompe el silencio.

—Mierda —gime Roman y se incorpora.

—Voy a buscarlo. —Me levanto y me apresuro a entrar en su habitación.

Cuando vuelvo, Roman me mira con extraña intensidad, pero me encojo de hombros como una de las muchas miradas extrañas que me dedica últimamente, y le ofrezco el teléfono. Lo coge, pero en lugar de tomarlo, cierra su mano sobre mi antebrazo y me atrae hacia él. El teléfono sigue sonando, pero no me suelta el antebrazo, atrayéndome entre sus piernas. Su otra mano se eleva y descansa a un lado de mi cara, su pulgar acariciando mi mejilla.

—¿Roman? —pregunto en voz baja—, ¿Qué estás haciendo?

—Contestando al teléfono.

—Dejó de sonar.

—Lo sé. —Su mano se desliza por mi antebrazo y me quita el teléfono de los dedos.

—¿Roman?

—¿Sí, Malysh? —Arroja el teléfono a un lado y este se desliza por el suelo pulido hasta llegar a la biblioteca.

Mi respiración se acelera mientras levanto los brazos y los envuelvo alrededor de su cuello, luego me inclino hacia él para que nuestros labios estén a solo milímetros de distancia. No aparta sus ojos de los míos, y la forma en que me mira me provoca cosas extrañas en mi interior.

—¿Estás tratando de besarme, Roman? —susurro en sus labios.

—Podría ser —dice.

—No hay nadie cerca para vernos.

—Exactamente —susurra y acerca sus labios a los míos.

Al principio va despacio, como si me estuviera saboreando, pero luego sus brazos se cierran alrededor de mi espalda y se inclina hacia atrás sobre los cojines, llevándome con él. La forma en que este hombre besa debería ser considerada peligrosa para la salud mental, y prohibida. Siento como si un huracán me arrastrara, revolviendo mi cuerpo y mi mente. Bajo la mano, agarro un puñado de su camiseta y empiezo a tirar de ella hacia arriba. Roman rompe el beso y se quita la camiseta al mismo tiempo que yo dejo caer la mía al suelo. Mientras él se quita el chándal, yo me desabrocho el sujetador y me deshago de los leggings y la ropa interior, y me subo a su regazo. Su mano se acerca a mi nuca y vuelve a chocar su boca con la mía.

No puedo dejar de tocarlo, su pecho, su rostro, su polla, que ya está totalmente erecta. Roman desliza su mano entre nuestros cuerpos y siento que sus dedos empiezan a acariciar mi clítoris.

—Tan húmedo —me susurra al oído y desliza un dedo.

Casi me corro en su mano en ese mismo momento, y probablemente lo habría hecho si no hubiera retirado el dedo, haciéndome gruñir de frustración. Pero no se trata de su dedo. Se trata de él. Roman Petrov, el hombre que será mi perdición. Llámalo premonición o instinto, no importa. Sé que me destruirá porque una mirada de Roman me excita más que cualquier otro hombre antes de él con su polla.

—Si no te sumerges dentro de mí en este momento —tomo un puñado de su cabello y lo aprieto—, te voy a asesinar, Roman.

Sus manos recorren lentamente mi pecho y mi caja torácica hasta llegar a mi cintura. Levantándome, me coloca encima de su polla, con esos ojos diabólicos que no se apartan de los míos, ni siquiera un segundo.

—Tus deseos son órdenes para mí, Nina —dice y me penetra.

Gimo y lo escucho gemir al mismo tiempo. Es demasiado grande, pero, Dios mío, se siente tan bien. Clavo mis uñas en sus hombros y me estremezco a su alrededor mientras él me penetra. Es una locura y grito, sin importarme una mierda si alguien nos oye. Roman grita mi nombre y, un momento después, se corre dentro de mí. La perfección.

La mano de Roman traza patrones desde la parte superior de mi cuello hasta mi culo, y luego vuelve a subir. Llevo al menos cinco minutos tumbada sobre su pecho, pero no me atrevo a moverme.

—¿Nina? ¿Está todo bien?

—Síp —suspiro—. Pero no me voy a mover. Me gusta estar aquí.



—Me gusta tenerte aquí, también, Malysh.

* * *

Me despierto con el sonido de un rápido repiqueteo viniendo de algún lugar por encima de mi cabeza. Me estiro un poco y abro los ojos para encontrarme tumbada en el sofá con una almohada bajo mi cabeza y una manta cubriendo desde mi cuello hasta mis pies. Las luces están apagadas; el televisor frente a mí está encendido, mostrando un canal de noticias, pero el sonido está silenciado. El sonido de los golpecitos se detiene y, al momento siguiente, siento unos dedos peinando mi cabello. Levanto la cabeza y veo a Roman sentado en el extremo del sofá junto a mi cabeza. Tiene el cabello mojado y el portátil en el regazo.

—Te has quedado dormida sobre mí antes —dice.

—¿Qué hora es?

—Las siete y media. Le dije a Varya que cenaremos aquí cuando te despiertes.

—Suena bien. —Me pongo de pie, abrazando la manta a mi alrededor—. Voy a darme una ducha rápida.

—De acuerdo. Voy a decir a la cocina que suban la cena —dice y vuelve a teclear.

Me giro y me dirijo a mi dormitorio, sintiéndome un poco incómoda con toda la situación. Hemos tenido sexo. ¿En qué situación estamos ahora? Ya no es solo un acuerdo de negocios, ¿cierto? ¿Debemos ignorar haber tenido sexo y fingir que no ha sucedido? No estoy segura de poder hacer eso porque, para ser honesta, no quiero hacerlo. Tendremos que hablar de ello. Puede que me guste meter los problemas bajo la alfombra, pero no creo que esta vez haya una alfombra lo suficientemente grande para ello.

Después de la ducha, vuelvo a la sala de estar, con la intención de discutir la nueva situación con Roman, solo para encontrarlo en su silla de ruedas, completamente vestido, y poniéndose el reloj de pulsera.

—¿Qué ocurre?

—Ha surgido algo. No me esperes despierta —dice, y antes que pueda objetar, se ha ido.





Miro fijamente la puerta y luego me dirijo al otro lado de la habitación, donde el gran ventanal da a la entrada. Hay tres coches aparcados delante, con cuatro de los hombres de seguridad esperando junto a ellos. Un par de minutos más tarde, Roman, Maxim y Kostya salen de la casa y se suben a los coches, seguidos por otros tipos de seguridad. Y entonces, los coches se van.

Valentina trae la cena algún tiempo después, pero la dejo en la mesa del comedor, esperando que Roman vuelva pronto. No lo hace, así que, hacia las diez, me como unos trozos de pescado frío a la parrilla y un poco de ensalada. Pongo las sobras en la nevera y veo la televisión. Cada quince minutos me levanto y miro por la ventana para ver si los coches han vuelto. Hacia medianoche, decido dar por terminada la noche.

* * *

El sonido de las puertas de los coches y los gritos me despiertan. Salto de la cama y corro por la suite hasta la gran ventana. Dos de los coches han vuelto. La mayoría de las puertas están abiertas y los últimos hombres están entrando. Dos de ellos sostienen al tercero entre ellos, prácticamente arrastrándolo por las escaleras.

Mierda. Vuelvo corriendo a mi habitación, me pongo una sudadera con capucha y un pantalón de chándal por encima del pijama y me precipito hacia la gran escalera.

No hay nadie en el pasillo. Me doy la vuelta y observo que en el suelo de mármol blanco hay sangre salpicada, creando un camino hacia el pasillo de la derecha, en dirección a la cocina. Sigo las manchas rojas a lo largo del pasillo y encuentro las puertas de la cocina abiertas de par en par. Desde el interior se oyen voces urgentes y un gran alboroto.

Se me hiela la sangre al ver a Varya inclinada sobre Kostya. Está tumbado de espaldas en la gran isla del centro de la cocina, con Maxim sosteniendo un trapo ensangrentado a su lado. Uno de los miembros de seguridad viene corriendo y coloca una caja con material médico junto a la cabeza de Kostya, al tiempo que intercambia su puesto con Maxim, que se dirige al fregadero y se lava las manos a una velocidad de vértigo.

Todos gritan en ruso, y no entiendo nada de lo que dicen, pero la vista habla por sí misma. Algo salió mal. ¿Y dónde diablos está Roman?



Otros dos tipos de seguridad irrumpen en la cocina con un hombre bajito y huesudo llevando un maletín de médico. El médico se dirige al fregadero y, al igual que Maxim, empieza a lavarse las manos. Se ponen guantes estériles y se acercan a Kostya, que está pálido, pero consciente y jadeante. El médico echa un vistazo bajo el trapo y prepara la aguja y el hilo, mientras Maxim limpia el corte.

Unos pasos se acercan por detrás de mí, y el último de los hombres de seguridad entra en la cocina con Roman rodando tras ellos. Un suspiro de alivio sale de mis pulmones cuando veo que está ileso y me lanzo hacia él.

—¡Jesús, Roman! —susurro, agarro su rostro con ambas manos y lo beso. Es un beso furioso, pero aun así se siente bien—. ¿Qué ha ocurrido?

—Hubo un pequeño desacuerdo con nuestro proveedor y las cosas se salieron de control.

—¿Kostya?

—Un corte de cuchillo en el costado. Vivirá.

Me vuelvo para mirar hacia la isla, donde el médico parece estar terminando de coser el costado de Kostya. Maxim le está colocando una aguja intravenosa en el brazo, mientras Varya sostiene la bolsa de líquido.

—¿Debo ayudar con algo? —pregunto.

—No, vamos arriba. Varya y Maxim lo tienen controlado, y el médico se quedará esta noche.

* * *

—¿Siempre es así? ¿Los tratos van mal, la gente es apuñalada o disparada? —pregunto mientras entramos en la suite. Todavía estoy temblando—. ¿O vehículos explotando?

—No siempre. Pero ocurre.

Se me ha secado la garganta. ¿Cómo puede estar tan tranquilo? En la cocina, cojo un vaso y me sirvo agua fría de la nevera.

—Eso es una mierda, Roman. —Sacudo la cabeza y engullo el agua, deseando que sea algo más fuerte—. Tu mundo está muy jodido.

—No hay nada que pueda hacer al respecto, Nina —dice.

Sí, supongo que es una forma de ver las cosas. Debería volver a la cama, pero estoy demasiado agitada, así que atravieso la sala de estar y me sitúo junto a la ventana que da a la entrada. Los vehículos ya no están. Un tipo de seguridad está de pie en el lateral, frente a la puerta principal, con un arma en el cinturón. Otro está patrullando el terreno hacia la puerta principal, y este tiene un rifle en la espalda. Parece que todo vuelve a la normalidad en el mundo de Roman.

Escucho a Roman acercarse y colocarse a mi espalda. Sus muletas entran en mi campo de visión a ambos lados mientras él se inclina sobre mí y coloca su barbilla en la parte superior de mi cabeza. Nunca me había sentido tan pequeña comparada con él, con su enorme cuerpo pegado a mi espalda, pero no hay pánico. Supongo que toda la adrenalina me ha liberado de ello.

—¿Dónde estamos ahora, Roman?

—¿Qué quieres decir?

—Tuvimos sexo —digo, observando al hombre que patrulla el terreno—. No era algo que habíamos planeado, ya sabes. ¿A dónde vamos a partir de aquí?

—No lo sé, Malysh. ¿Dónde te gustaría ir?

—No estoy segura.

Se hace un silencio mientras ambos observamos la noche, su oscuridad rota por las numerosas luces colocadas alrededor del césped.

—Es tarde —dice Roman y me da un beso en el hombro—. Vamos a la cama.

—¿Cuál?

—Bueno, yo estaré en la mía. —Me besa el lado del cuello—. Y puedes elegir cuál será para ti. Tu cama o la mía.

Me deja junto a la ventana para que considere sus palabras de despedida. Sé lo que debo hacer, ir a mi habitación y olvidar por completo lo sucedido en el sofá. Sería la opción más sabia. De hecho, debería ser la única opción.

Supongo que "sabia" no está en mis cartas. Me doy la vuelta y me dirijo a la habitación de Roman.

Roman

Observo la figura dormida de Nina acurrucada bajo la manta, su cabello enredado y extendido sobre mi almohada. Verla allí, en mi cama, hace que una extraña sensación cálida inunde mi pecho.

—Warren está aquí. —Le doy un ligero beso en el hombro—. Estaré en el gimnasio.

—Diviértete —murmura en la almohada y sigue durmiendo.

Sonriendo, me subo a mi silla de ruedas y salgo de la habitación. Necesita dormir; podemos continuar donde lo dejamos más tarde.

Cuando termino con mi sesión de terapia, Nina sigue durmiendo, así que me doy una ducha y bajo a mi despacho. Maxim ya me está esperando y, por su cara, no tiene nada agradable que decir.

—Tienes que invitar a los albaneses, Roman. Pronto.

—No va a suceder. —Me coloco detrás de mi escritorio, enciendo el portátil y empiezo a rebuscar entre los papeles de mi mesa.

—Creo que deberías reconsiderarlo.

—No estoy de humor para entretener a los albaneses.

—Los necesitamos como socios, lo sabes. Hace meses que no te reúnes con ellos. —Se sienta en la silla opuesta a la mía y se inclina hacia delante—. Necesitan estar seguros que todo está en orden.

—Están recibiendo más dinero que en años anteriores, así que no veo por qué estarían preocupados.

—Si no sienten que estamos comprometidos como socios, podrían recurrir a otra persona, Roman. La última vez que lo vi, Tanush mencionó acercarse a los italianos. Lo expresó como una broma, pero está pensando en ello.

—Perfecto. Justo lo que necesito. —Arrojo el bolígrafo sobre los papeles.

Maxim se echa hacia atrás y se cruza de brazos.

—Entonces, ¿a quién vamos a invitar?

—Tanush y su esposa. Creo que ya va por la quinta. Y Dushku y su esposa. Eso es todo.

—¿Y Hajdini? —pregunta.

—No. Él y Dushku no se hablan últimamente. No necesito un derramamiento de sangre.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

—Nina tiene su exposición el próximo fin de semana, así que tendrá que ser este sábado.

—Se lo haré saber a Tanush —sonríe Maxim—. Varya estará encantada, acaba de cambiar las alfombras.

—Le diré que fue tu idea. Especialmente si termina en un derramamiento de sangre. Tanush podría ser un poco hostil de todos modos, así que asegúrate que los hombres lo sepan.

Maxim levanta una ceja.

—¿Por qué? Siempre habéis estado en buenos términos.

—Estábamos en buenos términos, antes de decirle que no tenía intención de casarme con su hija cuando me lo ofreció hace unos meses.

Maxim baja la cabeza y me mira por encima del borde de sus gafas.

—¿Y solo me lo dices ahora?

Si fuera cualquier otra persona la que cuestionara mis decisiones, no habría terminado bien. Maxim, sin embargo, es la única persona aparte de Varya en la que confío incondicionalmente. Fue una figura paterna de una manera que la mía nunca fue.

—No me pareció importante en ese momento.

—Preguntó por Nina.

Lo miro.

—¿Y qué quería saber?

—Preguntó si era tan hermosa como se rumoreaba.

Ese baboso bastardo.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que puede decidir por sí mismo cuando la vea.

—Bien. ¿Cómo está Kostya?

—Ha perdido algo de sangre, pero nada grave. Estará en condiciones en unos días.



—Déjalo fuera por lo menos una semana. Iván puede encargarse de sus tareas hasta entonces. Asegúrate que el médico venga a verlo una vez al día hasta el lunes.

—¿Algo más?

—No. Vete a casa. Descansa. Pasaste toda la noche cuidando a Kostya. Haré que Varya se encargue.

Cuando Maxim se va, llamo a Nina.

—¿Estás despierta?

—Ahora sí. —Ella bosteza.

—Prepárate y reúnete conmigo abajo en una hora. Tenemos que ir de compras.

—¿Eh?

—El sábado vendrán unos socios a cenar. Necesitas un vestido.

—Definitivamente no necesito otro vestido. La semana pasada compré suficiente ropa para dos vidas. Vova apenas consiguió meter todo en el coche, y no me queda espacio en el armario. Hay al menos diez vestidos que ni siquiera me he puesto.

—Dijiste que eras una compradora impulsiva.

—Eso no equivale a acaparadora, Roman.

—Todavía estamos comprando el vestido.

—¿Te gusta tirar el dinero? ¿Es algún tipo de compulsión? Puedes decírmelo, ya sabes. —Se ríe.

No, no creo que pueda decirle lo mucho que disfruto comprando cosas para ella.

—No me hagas esperar.

—Oye, tengo que pasear a Brando. Se va a orinar en el suelo.

—Pídele a Olga que pasee a la bestia.

—Le diré a Brando que lo halagaste.

—También puedes decirle que, si lo vuelvo a pillar mordiendo el cargador de mi portátil, te haré unas zapatillas con su piel.

—¡Oh, Dios mío! —Se echa a reír—. El gran Pakhan malote acaba de hacer una broma. ¿Te sientes bien?

Sonrío.



—Una hora, Nina.

Tras cortar la línea, me sumerjo en los informes que ha enviado Mikhail, así como en los planes para los envíos de la semana siguiente. Los pensamientos sobre cierta mujer de cabello negro me impiden concentrarme del todo.

* * *

—¿Qué te parece este?

Nina sale del vestuario con un pequeño vestido negro. Tiene un escote pronunciado con un dobladillo que apenas le cubre el trasero. El corte es bastante sencillo, sin embargo, la forma en que se amolda a su cuerpo y abraza sus caderas, resaltando su diminuta cintura, es todo menos eso. Combinado con los tacones de tiras y con el cabello recogido sobre su cabeza, el resultado es demoledor, y me resulta difícil apartar la mirada de sus piernas y su alegre culito. Si sale a la calle con esa cosa, creará una perturbación en el tráfico.

—Lo compramos —digo con voz estrangulada—, pero busca otro para la cena.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo? —Se mira en el espejo y ladea la cabeza—. ¿Es demasiado sencillo?

—No voy a tener a mis socios de negocios mirando las piernas de mi esposa toda la noche.

—No seas cavernícola, Roman. No es tan corto.

—No vas a llevar eso el sábado. —O en cualquier otro lugar en público, en lo que a mí respecta.

—Oh, por el amor de Dios. Bien. Iré a buscar un saco de patatas en su lugar.

Me gusta la idea del saco de patatas. De hecho, si pudiera envolverla de pies a cabeza, me haría muy feliz.

Nina acaba comprando un vestido midi rosa en su lugar, y aunque no me entusiasma porque es escotado y enseña bastante pierna, es mucho más adecuado que el negro. Mientras ella echa un vistazo a algo en el estante de las blusas, le hago un gesto al dependiente para que cargue

también el vestido negro. Después que Iván coja las bolsas con los vestidos, la llevo a una joyería de la planta baja.

—No —dice cuando nos detenemos ante el escaparate que exhibe una multitud de collares—. No necesito joyas.

Ella no lo necesita, eso es seguro. Cuando mi pequeña flor entra en la habitación, brilla más que cualquier diamante, pero las esposas de Tanush y Dushku vendrán cubiertas de oro y joyas, y no quiero que Nina sienta que es algo menos.

—Sí, lo haces —digo y la llevo adentro.

Recorre la tienda, observando las joyas expuestas en vitrinas a lo largo de las paredes, hasta que se detiene junto a la que contiene los collares más sencillos.

—¿Qué te parece esto? —Señala una fina cadena de oro.

La ignoro y me dirijo a la gran vitrina de la pared de enfrente que contiene las mejores piezas. Cuando el empleado de la tienda ve hacia dónde miro, viene corriendo y empieza a alinear las cajas de terciopelo delante de mí.

—No voy a llevar la casa de alguien al cuello —me susurra Nina al oído.

—Ese. —Señalo el conjunto formado por un collar y un brazalete de oro blanco, revestidos de diamantes blancos, y miro al empleado de la tienda, que me mira con ojos enormes—. Y los pendientes a juego.

Asiente con entusiasmo y saca otra caja de terciopelo para colocarla junto al conjunto.

—Sí. —Asiento—. Vamos a probarlos primero.

—Por favor, dime que son falsos —Nina gime a mi lado, y no puedo evitar reírme—. No lo son, ¿verdad?

—No, malysh, no son falsos.

El empleado desabrocha el collar y viene a colocarse detrás de Nina, sosteniéndolo con la intención de ponérselo al cuello.

—Pon tus manos sobre mi mujer —le digo al idiota—y las perderás.

El hombre salta y da un paso atrás, casi tropezando con sus pies.

—¡Cristo, Roman! ¿Qué te pasa? —Nina me mira con sorpresa y luego se vuelve hacia el vendedor—. No quiere decir eso.

—Lo hago. Date la vuelta. —Extiendo mi mano para aceptar el collar del asistente.

Después de abrocharlo, admiro cómo acentúa su esbelto cuello. El brazalete es varias tallas, más grande, probablemente pueda pasar las dos muñecas por él.

—Necesitamos que lo cambien de tamaño y lo entreguen mañana. —Le devuelvo el brazalete al empleado, que asiente con entusiasmo, y luego me dirijo a Nina—. ¿Quieres dejar el collar puesto, o prefieres que lo envíen con la pulsera y los pendientes?

—Ciertamente no planeo caminar por el centro comercial con esta cosa en mi cuello. ¿Puedes quitártelo, por favor?

Mientras desabrocho el collar, aprovecho para pasar los dedos por la suave piel de su cuello y noto que se inclina ligeramente hacia mi toque.

—Vamos a casa —susurro en su oído—. Puedes probar esos tangas de encaje que has comprado.

Se da la vuelta y me mira. Hay vacilación y preocupación en sus ojos.

—¿Qué estamos haciendo, Roman? Esto. Tú y yo. No tengo idea qué pensar sobre todo esto.

—Entonces no pienses en ello. Simplemente... déjate llevar. Déjate llevar por la corriente. —Tomo su barbilla entre mis dedos y la beso.

—¿Solo dejarse llevar?

—Déjate llevar, Malysh.

—De acuerdo.

Capítulo 10

Nina

Un ligero toque de un dedo entre mis piernas me despierta. Un beso se posa en mi nuca, luego otro, un poco más abajo. El gran cuerpo de Roman me presiona por detrás, su brazo rodea mi estómago y me pega a su duro y musculoso pecho. Su mano se desliza hasta mi coño y empieza a rodear mi clítoris con un dedo. Cuando entra lentamente en mi interior, jadeo, me agarro al antebrazo de Roman y empiezo a cabalgar su dedo. Pero él retira la mano. Me doy la vuelta para ponerme de lado, de cara a él, paso una pierna por encima de su cadera y busco su polla.

—Paciencia. —Envuelve un brazo alrededor de mi caja torácica y me levanta para sentarme sobre su estómago. Colocando sus manos detrás de mis rodillas, me insta a subir por su cuerpo hasta que estoy sentada en su esternón.

—¿Roman? —Lo miro sorprendida.

—No estás cómoda tumbada de espaldas. Así que improvisamos.

Sus manos suben por mis muslos hasta que sujeta mis nalgas y empuja mi cuerpo hacia delante hasta que su boca se sitúa a pocos centímetros de mi cuerpo.

—Las manos en el cabecero —dice—y agárrate fuerte.

Su boca se estrella en mi coño antes de tener tiempo y procesar sus órdenes. Me agarro a la tabla, con los ojos en blanco mientras me lame, destruyéndome un poco más con cada pasada de su lengua. Mi mente ya está medio enturbiada, pero cuando me succiona el clítoris, se apaga por completo.



Todavía estoy temblando por las réplicas cuando me baja sobre su pecho. Tardo unos instantes en volver a la realidad. Levanto la vista y me encuentro con que me observa con una sonrisa de satisfacción. Es retorcido y peligroso, eso es lo que es. Y lo sabe.

Desciendo hasta sentir su dura polla y me elevo para colocarme sobre ella.

—Las manos en el cabecero, Roman.

Sus cejas se alzan, pero se aferra a dos de los listones de madera que hay sobre su cabeza. Sonrío y empiezo a bajar lentamente hacia su pene, para detenerme a mitad de camino e inclinarme para besar su pecho entintado. Luego lo lamo. Roman inhala profundamente pero no se mueve, manteniendo las manos en la tabla. Desearía poder provocarlo durante más tiempo, pero duele literalmente por tenerlo todo dentro, así que me deslizo lentamente hacia abajo y cierro los ojos. Un placer.

—No. Te. Muevas. —Susurro y empiezo a girar las caderas.

Mientras lo cabalgo, las manos de Roman se agarran con más fuerza a los listones, los músculos de sus antebrazos se tensan. Quiere moverse, empujar hacia arriba dentro de mí. Veo su deseo y su control en la intensidad de su mirada. Hay algo en su mirada, la forma en que está tan concentrado en quedarse quieto porque se lo he pedido, que me hace sentir mal. Roman Petrov no es un hombre que ceda ante nadie, pero aquí está, entregándome las riendas. Un gemido escapa de mi boca mientras me corro. Roman acaba perdiendo la compostura y, agarrándome por la cintura, empieza a embestirme hasta que estallo.

Mientras yacemos con nuestros miembros enredados, paso mi dedo a lo largo de las líneas negras en su pecho entintado. Los diseños son en su mayoría tribales, similares a los de la manga completa de su brazo. Lo que no noté anteriormente son las múltiples cicatrices esparcidas por su pecho. Coloco mi mano sobre una de las tres que tiene en el lado derecho. Parecen más recientes, rompiendo el flujo de los patrones negros.

—Son del coche bomba —dice acariciando mi espalda.

Muevo mi mano hacia la izquierda y toco la larga y delgada cicatriz sobre su cadera.

—Una pelea de cuchillos en mi decimosexto cumpleaños. Una discusión sobre política que fue demasiado lejos.

A continuación, elijo una cicatriz redonda en el lado izquierdo de su estómago y la rodeo con el dedo.



—Disparo. Desacuerdo con Mendoza. Es el equivalente a un Pakhan para los mexicanos, y las cosas eran un poco complicadas en aquel entonces. Fue hace más de diez años.

Lo miro.

—¿Diez? ¿Cuándo tomaste el relevo del anterior Pakhan?

—Hace doce años. Cuando mi padre murió, yo ocupé su lugar. Tenía veintitrés años.

—¿Cómo es posible? Eras tan joven.

—Empecé a trabajar con mi padre cuando tenía quince años. La gente me apoyaba. —Se encoge de hombros como si nada—. Era una opción mucho mejor que tener una guerra interna. Esas son malas para el negocio.

Mis ojos bajan hasta su pecho, comprendiendo lo extremadamente diferente que es su mundo del mío.

—¿Qué le sucedió a Mikhail? —pregunto.

Roman se queda en silencio durante unos instantes y luego respira profundamente y me aprieta contra él.

—Mi padre sucedió.

—Dios mío. ¿Él... le hizo eso? ¿Por qué?

—Es una larga historia, Malysh. Una larga y terrible historia, y definitivamente no es algo de lo que quiera hablar en nuestra cama. Tendrás pesadillas.

—¿Tan malo es?

—No. Es mucho peor de lo que podrías imaginar, Nina.

Roman

Mi alarma suena a las siete. Miro a Nina, que duerme sobre mi pecho, y sacudo la cabeza. Recuerdo que anoche la moví hacia las almohadas, pero en algún momento decidió volver a subirse a mí.

Intentando por todos los medios no despertarla, la vuelvo a poner sobre las sábanas y cubro su cuerpo desnudo. Anoche follamos tres veces, así que probablemente se quede dormida.

Después de depositar un beso en su hombro asomando por debajo de la manta, cojo las muletas de donde las apoyé en la mesita de noche y empiezo a prepararme para mi cita con Warren.

En algún momento de la sesión, Warren coge el bastón, que lleva una semana en la silla del rincón, y me lo trae.

—Vamos a probar esto un poco —dice.

Lentamente, me bajo de la camilla y me pongo de pie, apoyando mi peso en la pierna izquierda y agarrando el lateral de la camilla con la mano derecha.

—Empezaremos despacio —dice—. Solo un par de pasos por ahora.

Respiro profundamente, sujeto el bastón con la mano izquierda y suelto el desesperado agarre de la mesa. Mi primer intento es nefasto. En el momento en que levanto la pierna izquierda para dar un paso adelante, el dolor punzante se dispara a través de mi rodilla derecha, y casi tropiezo.

—Divida el peso entre el bastón y la pierna. E intente un paso más pequeño esta vez.

Sigue doliendo como un demonio, pero ha mejorado ligeramente. Consigo dar un total de cuatro pasos antes que el dolor se vuelva insoportable y tenga que sentarme. Es patético y siento la necesidad de golpear algo.

—Eso estuvo bien, Sr. Petrov —dice Warren.

Levanto las cejas.

—Si eso fue bueno, ¿qué es lo malo?

—Es perfectamente normal. Está apoyando casi todo su peso en la pierna lesionada por primera vez en cuatro meses. El mero hecho que pueda hacerlo es muy prometedor. Creo que debería pasar a usar muletas de antebrazo a partir de ahora.

Mi cuerpo se queda quieto.

—No me gustan.

—¿Por qué? Requieren algo de práctica, pero son mucho más cómodas de usar.

—Porque se ven... permanentes. —Ya está. Lo he dicho. Mi mayor temor en este momento, que mi rodilla esté tan jodida que acabe caminando con



muletas el resto de mi vida. Un bastón, puedo vivir con ello. Pero no creo que pueda soportar las muletas.

—No serán permanentes, Sr. Petrov. Sin embargo, son una opción mucho mejor para la transición al bastón que las muletas axilares que ha estado usando hasta ahora.

—De acuerdo —suspiro—. ¿Cuándo podré deshacerme por completo de la silla de ruedas?

—Depende. Su progreso es mucho mejor de lo esperado y, con suficiente práctica, debería ser capaz de levantarse usando solo las muletas de antebrazo en unas semanas. Pero debería conservar la silla de ruedas. La necesitará cuando empecemos a practicar con el bastón de forma más extensa. Esas sesiones supondrán un esfuerzo importante para su rodilla, y será mejor que utilice la silla en las siguientes horas.

—Solo llévame al maldito bastón, Warren. No me importa lo que cueste, solo llévame allí.

—Lo haré, Sr. Petrov. Ahora, probemos esas muletas de antebrazo, ¿sí?

Nina

La sesión de terapia no fue bien. Una mirada a la cara de Roman cuando volvió me dijo lo suficiente, y apenas dijo una palabra en toda la mañana.

Cojo el cuenco vacío que he utilizado para los cereales y voy a la cocina a ponerlo en el fregadero. Después de llenar el plato de Brando, vengo a colocarme al lado de Roman.

—Estaba pensando —digo despreocupadamente, observando cómo exprime una naranja—, que tal vez podría acompañarte mañana cuando hagas ejercicio.

Cuando Roman no se reúne con su terapeuta, pasa dos horas haciendo ejercicio, y si tiene terapia, hace ejercicio durante al menos una hora después. El hombre está seriamente obsesionado.

—Claro. —Se encoge de hombros y empieza a servir zumo en los vasos—. ¿Qué quieres hacer? ¿Caminadora?

—Estaba pensando en levantar pesas.





Su mano se detiene en medio de servir el zumo, y me mira con cara de incredulidad, centrándose en los inexistentes músculos de mis brazos.

—¿Levantamiento de pesas?

—Sí.

—De acuerdo. —Estalla en una carcajada, y aunque educo mis facciones para parecer ofendida, sonrío por dentro. Su risa es mucho mejor que su rostro fruncido.

—¿Qué? Es popular. Mi feed de Instagram está lleno de chicas con selfies del gimnasio. Dicen que hace maravillas con los músculos del culo. Tal vez podría tomar algunas fotos o incluso videos y subirlos también. Me gustan esos conjuntos de neón elásticos y...

Al momento siguiente, me encuentro sentada en el mostrador frente a Roman, que me sujeta la barbilla entre los dedos y me mira fijamente.

—Nada de selfies con ropa elástica.

—Oh, no seas tan gruñón. Todo el mundo las publica.

—Mi mujer no es todo el mundo.

Maldita sea. Me derrite por dentro cada vez que me llama así. Y secretamente me encanta su vena celosa. Es tan tierno. Me inclino y enderezo el cuello de su camisa, luego le paso mis dedos por su cabello aun ligeramente húmedo.

—Eres un hombre inquietantemente sexy, Roman.

Rompe el contacto visual y mira su vaso de zumo.

—¿Incluso con las muletas?

Sí, esa sesión de terapia definitivamente no fue bien.

—Incluso con las muletas, Roman. —Lo beso, y me aseguro de morderle el labio inferior, solo un poco—. ¿Qué dijo Warren?

—Que lo estoy haciendo jodidamente bien. —Por la forma en que aprieta los dientes y que los nudillos de sus manos están blancos de lo mucho que agarra las muletas, sus opiniones difieren bastante—. Tengo que irme. Volveré para la cena. —Me da un beso en la frente y se va.

Está dolido. Y hace que también me duela el pecho.

Me siento en el mostrador durante un largo rato después de haberse ido, mirando al suelo.

—Perfecto —murmuro para mí—. Simplemente perfecto.





El jefe del sindicato criminal ruso. Un traficante de drogas. Un asesino. Y me las arreglo para enamorarme de él. Por favor, que alguien me encierre en una institución mental, porque aparentemente es donde debo estar.



Capítulo 11

Roman

Miro alrededor de la fábrica abandonada que utilizamos a veces para organizar tratos, y maldigo. Tres cadáveres yacen tendidos en el suelo, cada uno con un gran punto rojo en el centro de su frente.

—¿Qué demonios, Sergei? —ladro.

—Han traído mercancía estropeada. ¿Qué esperabas que hiciera?

—Despedirlos, no para matarlos a todos. Maldita sea. —Me vuelvo hacia Dimitri y Pavel que están revisando las cajas en el suelo—. Mete su coche dentro. Quemen todo.

—¿El producto también?

—Todo. —Me acerco a uno de los cadáveres y lo miro la cara—. ¿De Mendoza? —pregunto y miro a Sergei.

—No. Rivera, pero trabajando por su cuenta. Probablemente robándole el producto a Rivera, mezclándolo y ofreciéndolo por debajo del precio.

—No trabajamos con canallas, lo sabes.

—Tenía curiosidad por saber qué ofrecían. El precio era bueno. —Se encoge de hombros y enciende un cigarrillo.

—Bueno, me alegro que te hayas divertido. —Hago una mueca—. No te atrevas a hacer una mierda como esta otra vez, ¿me escuchas, Sergei?

—Sí, Pakhan.

—Un truco más como este, y estás acabado. Las desventajas de tenerte en el equipo están muy cerca de superar los beneficios. Arregla tus mierdas, rápido. Encuentra un maldito hobby o algo.

Giro mi silla de ruedas y me voy, con Pavel siguiéndome. Este lío no es lo que necesitaba hoy. Si no fuera mi hermanastro, me habría deshecho de Sergei hace tiempo.

—Mándale una puta —le digo a Pavel cuando subimos al coche—. Necesita desahogarse.

—Ya lo he intentado. Las mandó a todas a paseo.

—¿Cuántas?

—Seis.

—Prueba enviar a un hombre. —Estoy bastante seguro que Sergei no es gay, pero no podría estar seguro con alguien tan desquiciado como él.

—Sí, eso tampoco fue bien. —Pavel se aclara la garganta—. Lo echó, luego vino al club y me rompió la nariz.

—Jesús, ¿qué voy a hacer con él?

—Asesoramiento podría ayudar. Quizá el médico conozca a un psiquiatra que quiera dinero extra.

—El psiquiatra acabaría requiriendo asesoramiento después de hablar con él, Pavel. No creo que nadie pueda ayudar a Sergei. Es una causa perdida —suspiro y miro por la ventana.

Nina

La cama se inclina a mi lado, y entonces siento el brazo de Roman rodeando mi cintura y su cuerpo acurrucando el mío. Me encanta cuando hace eso.

—Te has perdido la cena —murmuro entre la almohada.

—Lo siento, tuvimos una situación. Es tarde, vuelve a dormir.

—¿Me despertarás por la mañana?

—Lo haré.

Besa mi cuello y me abraza estrechamente. Quedarse dormido nunca se sintió mejor, incluso con dolor de cabeza.

* * *

—¿Malysh?

—Eh —gimoteo—. ¿Qué hora es?

—Siete.

—Cinco minutos más. —La cabeza me está matando, así que me tapo con la manta, me vuelvo a dormir y sueño que vuelvo a estar en el colegio. Pero entonces el sueño se transforma. Estoy teniendo sexo con Roman, y estamos en medio del acto cuando un tipo con un cuchillo sale de la nada y apuñala a Roman en el costado. Me levanto de un salto en la cama y miro a mi alrededor. Aparte de Brando, jugando con su pelota en una esquina de la habitación, estoy sola y todo parece normal.

Sintiéndome como si me hubiera pasado un tren por encima, me arrastro hasta la cocina, pongo el café a preparar y voy al baño. Duchada y vestida con unos vaqueros y un top, saco un bol y me preparo el desayuno. El reloj de la pared marca las doce, lo que significa que tengo que estar en mi cita con la manicura dentro de una hora. Una chica debería arreglarse para los socios de su marido, pero estoy demasiado agotada, así que llamo y cancelo la cita entre dos cucharadas de cereales. Ya haré de esposa trofeo otro día. Quizá debería buscar a Varya y ver si tiene algo para mi dolor de cabeza.

En el momento en que entro en la cocina de la planta baja, el tintineo de los cubiertos y el ruido de las ollas atraviesan mi cerebro. Supongo que los preparativos para la cena de esta noche están en pleno apogeo. Igor está gritando a Valentina y señalando los fogones. Varya está sentada en la mesa del rincón, sacando brillo a los platos, pero no soporto la idea de seguir sometiéndome a este caos. Probablemente Roman tenga algo. Salgo de la cocina y me dirijo al otro lado de la casa.

Encuentro a Roman sentado detrás de su escritorio, con la superficie apilada de papeles. Nunca pensé que ser el jefe de una organización criminal fuera tan... burocrático.

—¿Tienes algo para el dolor de cabeza? —pregunto desde la puerta.

—En el armario en mi baño. —Él levanta la vista—. ¿Está todo bien?

—Creo que he cogido un bicho. Nada grave.

Roman deja los papeles y me hace un gesto hacia él con la mano.

—Ven aquí.

—Estoy bien. —Pongo los ojos en blanco, pero me siento en su regazo de todos modos.

—¿Tienes algún otro síntoma? —Coloca la palma de su mano en mi frente y luego en mi mejilla—. Tómate una pastilla y acuéstate. Tengo que terminar unas cosas aquí y luego subiré

—Me siento bien, Roman. Es solo un dolor de cabeza.

Se inclina y me besa, y eso hace que todo se sienta un poco mejor. Mierda, estoy perdida por este hombre.

—Arriba. Ahora, Nina.

—Bueno, ya que lo has pedido tan amablemente. —Le doy un beso rápido en la mejilla y me giro para arrastrarme a mi habitación.

Roman

Las luces están apagadas cuando entro en mi suite. Me he dejado llevar por el trabajo y casi me olvido de la cena. Dushku y Tanush llegarán en una hora, y esperaba encontrar a Nina preparándose, pero parece que no hay nadie.

Enciendo las luces y solo entonces me doy cuenta que está tumbada en el sofá, acurrucada bajo una manta. El perro duerme a sus pies. Me acerco al sofá y extiendo la mano para tocarle la cara. Se remueve y abre lentamente los ojos.

—¿Es hora de cenar? —murmura y se endereza para sentarse—. Tengo que ducharme y prepararme.

—No irás a ninguna parte. Estás ardiendo. —Saco el teléfono y llamo a Varya, indicándole que traiga un termómetro y Tylenol—. Acuéstate. Te traeré un poco de agua.

Me dirijo a la cocina y saco un vaso y una botella de agua de la nevera. Nina vuelve a estar tumbada en el sofá, su cuerpo acurrucado bajo la manta y viéndose tan pequeña.

—Me siento como si alguien me hubiera masticado y escupido —murmura—. Lo siento, cariño, pero no creo que pueda con la cena.

Algo atraviesa mi pecho al escuchar esa expresión. Es la primera vez que lo hace sin interpretar el papel para la gente que nos rodea. Probablemente no se dio cuenta que lo decía, pero aun así cuenta.

La puerta se abre detrás de mí y entra Varya con un frasco de Tylenol. Se sienta en el sofá y le toma la temperatura a Nina.

—Ve a prepararte. —Hace un gesto con la mano—. Los invitados llegan en menos de una hora. Me quedaré con ella.

* * *

Tanush y Dushku llegan puntuales. Los acompaño al comedor y señalo los cuatro asientos de mi lado izquierdo. Tanush reclama la silla más cercana a mí, y su última esposa, que probablemente tiene la edad de su hija, se sienta discretamente a su lado. Me compadezco de la pobre chica. Incluso bajo todo su maquillaje y sus toneladas de joyas, puedo sentir lo asustada que está. La mujer de Dushku es una raza diferente. Más alta y ancha que su marido, se rumorea que maneja todos los asuntos financieros de este.

Maxim y Dimitri están a mi derecha, dejando la silla a mi lado vacía. Saben que está destinada a Nina, y aunque ella no se unirá a nosotros, ninguno se atreve a ocupar su lugar. El idiota de mi tío, llegando el último, no parece tener sentido común, al dirigirse directamente al asiento de Nina. Por suerte para él, levanta la cabeza, justo antes de llegar a la silla. Al ver mi mirada, retrocede rápidamente y se sienta al lado de Dimitri.

Hago un gesto hacia Valentina y Olga, que se acercan a la mesa y empiezan a servir bebidas. Hemos tenido estas cenas con bastante frecuencia, así que conocen el procedimiento.

—¿Y dónde está tu joven esposa, Petrov? —pregunta Tanush mientras apura su segundo whisky.

—Mi esposa no es de tu incumbencia.

—Qué pena. Me hacía mucha ilusión conocerla. De ver por mí mismo a la chica que logró atrapar al gran villano Roman Petrov. —Sonríe—. Las cosas que he escuchado, hmm... Me pregunto si ella existe.

Miro al bastardo y me pregunto si debería destriparlo en el acto.

—La comida está aquí —dice Maxim, posiblemente salvando la vida del imbécil—. Vamos a comer, antes que la carne se enfríe.

Olga se apresura a poner los platos grandes en el centro de la mesa, mientras Valentina corre a rellenar las bebidas. Junto a la botella de vino hay un cuchillo para carne. Lo cojo y lo acerco a mi plato. Maxim se excusa y abandona la mesa, pero no presto atención a dónde va con mi mirada centrada en Tanush. Tengo la sensación que, después de todo, volveremos a cambiar las alfombras.

Nina

Las pastillas han empezado a hacer efecto hace unos veinte minutos y estoy volviendo a la normalidad. Todavía me duele un poco la cabeza y la garganta, pero está mucho mejor que esta tarde.

—Me siento mejor. Deberías bajar —le digo a Varya, que no se ha separado de mí desde que llegó.

—Roman ha dicho que me quede aquí hasta que vuelva, niña. Tengo que enviarle mensajes cada veinte minutos con actualizaciones o subirá.

—Estoy bien. Tienes un montón de trabajo que hacer esta noche.

—Si bajo y Roman me ve, se enfadará. Está entreteniendo a dos hombres muy peligrosos, y no puede permitirse el lujo de distraerse.

El teléfono de Varya suena. Lo coge, mira la pantalla y se tensa.

—Es Maxim —dice y atiende la llamada—. ¿Qué sucede?

Ella escucha un momento y sacude la cabeza.

—En absoluto. Tuvo fiebre toda la tarde. . . De acuerdo. —Me tiende el teléfono—. Maxim quiere hablar contigo.

Miro a Varya, confusa, y cojo el teléfono.

—¿Sí?

—¿Puedes bajar? —pregunta.

—¿A la cena?

—No durante mucho tiempo, pero sí. Por favor.

—Vale. Pero tengo que ducharme y cambiarme.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Treinta minutos. ¿Por qué?

—No puedo distraerlo tanto tiempo. ¿Puedes hacerlo en quince minutos?

—¿Qué pasa, Maxim?

Hay un silencio desde el otro lado de la línea, y luego...

—Creo que Roman va a matar a Tanush, y realmente no necesitamos eso ahora. Necesito que se concentre en otra cosa. —Corta la llamada.

Miro el teléfono, lo arrojo al regazo de Varya y corro directamente al baño.

Roman

—Deberías haberla visto, Leonid. —Tanush sostiene sus manos frente a él—. Sus caderas eran así de grandes. Voy a empezar a aprobar manualmente todas las putas a partir de ahora. No puedo ofrecer mercancía no probada a los clientes, ¿verdad? —Se golpea la pierna y se ríe como un loco de su estúpida broma mientras su mujer se acobarda en su silla, con la cara cada vez más colorada.

Cuando sale a tomar aire, Tanush continúa.

—¿Tal vez por eso Roman rechazó la mano de mi hija? Supongo que debería haberle ofrecido probar la mercancía primero. —Se ríe de nuevo y se vuelve hacia mí. Tiene la cara descompuesta y los ojos acuosos.

Dejé de contar sus copas después de la quinta, pero no necesito saber cuánto ha bebido para ver que está borracho.

—Tu hija tiene diecisiete años —digo yo.

—¿Y qué? Mi madre se casó a los quince años. —Se inclina demasiado hacia mi cara—. ¿Probaste la mercancía antes de casarte? Dime, ¿fue buena o tal vez tu polla se reventó junto con tu pierna?

Ya he tenido suficiente por esta noche. Tomo el cuchillo para carne de la mesa, donde lo he colocado intencionadamente antes, agarro a Tanush por el cuello de la camisa y le pongo el cuchillo bajo la garganta. Varya me va a matar, pero voy a disfrutar bastante acabando con el bastardo.

—La polla de mi marido funciona perfectamente, pero gracias por su preocupación.

Levanto la cabeza. Nina está de pie en la puerta mirándome con una ceja levantada. Lleva el vestido negro corto, el que le dije que no llevaría para esta cena.

—Tienes fiebre. Vuelve a tu habitación. —Le digo.

Tanush intenta zafarse, así que aprieto más la hoja, a un pelo de romper la piel.

—Estoy bien, cariño. ¿Puedo acompañaros? Veo que me has guardado un sitio y me muero de hambre.

Nina se acerca, su taconeo en el suelo es el único sonido que se escucha, y se detiene entre la silla vacía y yo. Tras inclinarse hacia delante para darme un rápido beso en la mejilla, se sienta.

—Usted debe ser el Sr. Tanush. He oído que es el dueño del mayor casino de la ciudad. Tal vez Roman pueda llevarme un día y usted podría mostrarnos el lugar, nunca he estado en un casino. —Le sonríe dulcemente y se vuelve hacia mí—. Cariño, ¿te importaría quitar el cuchillo? Estoy intentando mantener una conversación.

Tanush la mira fijamente durante un momento y luego se echa a reír. Bajo lentamente el cuchillo, haciendo una discreta señal a Dimitri para que mantenga su arma preparada, y suelto la camisa de Tanush. Él sigue riéndose. Locos albaneses.

—¡Me gusta ella, Roman! Es peleona, ella.

—Gracias, Sr. Tanush. —Nina sonríe y sacudo la cabeza.

—Esta es mi mujer, Nina —anuncio y le envío una mirada irritada—. Y definitivamente sabe cómo hacer una entrada.

—Gracias, cariño. —Pasa su mano por encima de la mía y se vuelve hacia Tanush—. Sobre ese casino, ¿cómo se aseguran que la gente no haga trampas? ¿Tienen cámaras que vigilan las mesas o...?

Tanush escucha el parloteo de Nina y responde a sus preguntas. Ella pregunta intencionadamente cosas ridículas que hacen que todos se rían de vez en cuando, manteniendo el ambiente ligero. Cuando pregunta si los conductos de ventilación del casino están cubiertos por cámaras, todos la miran y estallan en carcajadas mientras explica que los ladrones de los casinos siempre entran por los conductos de ventilación en las películas.

Está en su elemento, interpretando perfectamente su papel de esposa ingenua y un poco lenta, pero puedo ver las bolsas bajo sus ojos, que intentó cubrir con maquillaje. Está claro que ha llegado el momento de anunciar el fin de esta estúpida cena y enviar a los albaneses a casa.

Nina

Cuando la puerta de la suite de Roman se cierra tras de mí, exhalo lentamente y finalmente dejo caer mis hombros. Me siento como una mierda.

—No vuelvas a hacer eso —dice Roman entre dientes, y rueda hacia mí hasta situarme entre sus piernas.

—¿Qué exactamente?

—¿Por dónde coño empiezo? —ladra, sus fosas nasales encendidas—. Que vinieras a una maldita cena con fiebre. O ponerte en peligro. Estuvimos así de cerca de un derramamiento de sangre, ¡y tú te metiste en medio!

—Lamento haberte angustiado.

Roman aprieta los dientes. Está realmente enfadado.

—Y llevabas ese vestido. —Se inclina hacia delante y me agarra por la cintura—. A partir de ahora solo llevarás ese vestido para mí. ¿Está claro?

Hago lo posible por ocultar mi sonrisa. Y no lo consigo.

—De acuerdo, cavernícola. —Paso mis manos por su cuello y le doy un beso en la boca—. Eres dulce, ¿sabes?

—No soy dulce, Nina. Estoy jodidamente furioso.

—Aun así... —Le doy un beso en la frente y luego otro en su dura mandíbula—. Estás sexy cuando te enfadas.

—¿Intentas manipularme?

—Sí. —Otro beso, esta vez en el otro lado de su mandíbula—. ¿Funciona?

—Tal vez. —Cubre mi rostro con sus manos y pega su boca a la mía—. Métete en la cama. Te ha subido la temperatura otra vez, voy a traer Tylenol.

***

Es insoportable.

Han pasado tres días desde la cena con los albaneses y Roman sigue tratándome como si tuviera que guardar cama. El primer día me pareció simpático su comportamiento de mamá gallina, a pesar que me había bajado la fiebre y había vuelto a la normalidad. Ahora solo quiero estrangularlo.

—No voy a pasar otro día viendo Netflix, y tú no vas a volver a trabajar desde el salón. —Clavo un dedo en su pecho—. Cogerás tu portátil y bajarás a tu despacho, y lo harás ahora. Lo digo en serio, Roman.

—En el momento en que salga por la puerta, estarás levantada y trabajando.

—Tengo que terminar cuatro piezas más en cuatro días. Por supuesto, estaré trabajando. Me hiciste pasar tres días en un sofá.

—Tenías fiebre.

—¡Hace tres días! Lanzo los brazos al aire y lo miro fijamente—. Estoy bien. Por favor, baja y déjame trabajar.

—De acuerdo. Pero te controlaré. Si te encuentro faltando al almuerzo de nuevo...

—Gracias, Jesús.

Me sigue con la mirada mientras me dirijo a mi espacio de trabajo y empiezo a preparar mis pinturas en la mesa junto al caballete. Tendré que comprar más pintura negra, ya que se me ha acabado el tubo, ya que he utilizado la mayor parte de mi reserva en el grandullón. Tampoco me vendrían mal unos cuantos tubos más de rojo. Acabo de sumergir el pincel en la pintura cuando siento que los labios de Roman se posan en el punto sensible de mi nuca.

—Te has olvidado de algo —susurra y entierra su rostro en mi cabello.

—¿Oh? ¿Y qué podría ser eso?

—Un beso.

Dejo caer el pincel y me giro lentamente para encontrarlo cerniéndose sobre mí. No me estremezco, ni siento pánico. Tenerlo tan cerca, imponiéndose sobre mí, dejó de perturbarme hace tiempo. Ni siquiera puedo precisar el momento exacto en que ocurrió.

—Eres tan exigente. —Acaricio su rostro con mis manos y acerco sus labios a los míos.

—Lo sé. —Me besa de nuevo—. Cómete el almuerzo. Llámame si necesitas algo.

Cuando Roman se va, me sumerjo en el trabajo, parando solo para ir al baño. A la hora de comer, ya tengo otro trabajo hecho. Brando se pone inquieto, lleva al menos una hora corriendo de un lado a otro antes de acurrucarse finalmente en su cama para perros. Tal vez podríamos dar un paseo y probar suerte tratando de entrar en la habitación de Leonid de nuevo. Las últimas veces que lo he intentado, siempre había alguien cerca.

En mi habitación, cojo la pequeña pelota roja y el dispositivo negro de la mesita de noche, y silbo. Brando salta en su cama de perro y, en cuanto ve la pelota, empieza a correr alrededor de mis piernas. Colocando el dispositivo de escucha en el bolsillo trasero de mis vaqueros, salgo de la suite de Roman con Brando pisándome los talones y me dirijo al ala oeste.

Una de las asistentas sale de la habitación de Kostya justo cuando llego al ascensor y, con una fregona y material de limpieza, abre la habitación de Leonid y entra. Bingo.

Lanzo la pelota hacia el otro extremo del pasillo y dejo que Brando la persiga durante unos minutos. Cuando me aseguro que no hay nadie, le quito la pelota a Brando y la lanzo directamente a la habitación de Leonid. Como era de esperar, se lanza a por la ella.

Una mezcla de sonidos comienza a salir de la habitación. La asistenta gritando. Brando ladrando. Algo golpeando el suelo. Más ladridos.

—Brando —Llamo, pero no espero que venga. Cuando hay una pelota de por medio, todo su entrenamiento se desvanece. Muy conveniente.

Corro a la habitación y encuentro a la asistenta acobardada en un rincón, sujetando la fregona delante de ella en posición defensiva. Brando la ignora por completo y persigue la pelota por debajo de la pequeña mesa de centro del rincón. Me agacho para coger la pelota y golpeo la mesa con la cadera, que se tambalea, inclinándose hacia un lado. Una gran botella de cristal de licor cae al suelo, estrellándose. Brando ladra y corre a esconderse bajo la cama.

—Trae el recogedor y unos trapos, rápido —le digo a la criada y me arrodillo entre la cama y el armario como si quisiera coger al perro.



En cuanto la pierdo de vista, saco el dispositivo de escucha del bolsillo y miro a mi alrededor. La mayoría de los enchufes vacíos están a la vista, maldita sea. Casi me decido a utilizar el que está junto a la mesa volcada cuando me fijo en un enchufe vacío situado entre el armario y el guardarropa. No hay aparatos eléctricos cerca. Tendrá que servir. Alargo la mano y acabo de enchufar el aparato cuando oigo unos pasos que se acercan rápidamente.

—Vamos cariño, está bien. Ven con mamá —arrullo, metiendo la mano debajo de la cama para buscar a Brando.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dice Leonid desde detrás de mí.

Agarro al perro asustado y me pongo de pie para enfrentarme al tío de Roman, que se encuentra en la puerta con cara de enfado.

—Oh, Brando corrió dentro persiguiendo la pelota y volcó la mesa. Lo siento mucho, Leonid. ¡No volverá a suceder!

Mira a Brando con asco en su cara y hace un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—Saca a ese animal de aquí —exclama.

Me agacho para recoger la pelota del suelo y salgo corriendo de la habitación.

A mis espaldas, Leonid murmura.

—Idiota.

Sonriendo, vuelvo a la suite de Roman.

Una vez dentro, dejo que mis labios se estiren en una sonrisa, cojo una bolsa con golosinas para perros de la encimera de la cocina y le doy a Brando una ración doble.

—Buen chico.



Capítulo 12

Nina

Al menos una docena de conjuntos diferentes se extienden por mi cama mientras considero cuál elegir para la exposición de esta noche. A duras penas he conseguido terminar los últimos cuadros a tiempo. A Mark casi le da un ataque al corazón cuando le dije que tenía que hacer algunos cambios en el grandullón y que no lo enviaría hasta esta mañana. Se lamentó durante al menos diez minutos por no poder incluirlo en el catálogo. Lo prefería así.

Elijo unos pantalones de cuero negro y una camisa de seda verde y los coloco sobre la silla, dejando el resto sobre la cama. Hace tiempo que no duermo en esta habitación. Sin embargo, todas mis cosas están aquí, porque aparte de dormir en la cama de Roman, no pienso mudarme con él. Vale, eso suena muy raro ya que, bueno, sí que vivo con él.

—Esto es muy raro —murmuro, me siento en el tocador y empiezo a maquillarme.

Suena mi teléfono y cojo la llamada sin comprobar el identificador de llamadas.

—Nina, ¿está todo bien?

Si hubiera sabido que era mi madre, habría dejado que sonara.

—Sí.

—Has estado evitando mis llamadas durante semanas.

—De nuevo, sí. No veo el sentido de esta llamada, mamá.

No dice nada durante unos instantes y luego me sorprende.

—A tu padre y a mí nos gustaría ir a la galería esta noche. ¿Si te parece bien?

Miro mi reflejo en el espejo, preguntándome si la he oído bien. Mi madre nunca ha ido a mis exposiciones. Una vez dijo que mi arte la asustaba.

—No estoy segura que sea una buena idea —digo finalmente.

—¿Por qué?

—Bueno, primero, esta colección es bastante oscura. No quiero que te salga una úlcera de estómago. Y segundo, Roman estará allí.

—Sí, sobre tu marido. Yo... Siento lo que dije aquel día. Es que... Me sorprendió y dije algunas cosas desagradables. Es difícil entenderte a veces, Nina.

Cierro los ojos y suspiro.

—Siento no poder ser la persona que deseas que sea, mamá. Nunca te lo he puesto fácil, lo sé. Pero soy quien soy. Si no puedes lidiar con ello y aceptar mis decisiones, está bien. Simplemente no me llames más. Sin embargo, si puedes aceptar mi vida y mis elecciones sin reproches ni comentarios innecesarios, eres bienvenida a venir esta noche.

—De acuerdo, cariño. Estaremos allí.

Corto la llamada, pero miro fijamente el teléfono en mi mano. ¿Por qué ha cambiado de opinión tan repentinamente? Recorro mi teléfono, encuentro el número de mi padre y llamo.

—¿Nina?

—Se lo dijiste a mamá, ¿no? —pregunto.

—Sí.

—Jesús, papá. —Me desplomo en la silla y pongo mi mano sobre mis ojos.

—Tuve que decírselo, Nina. Habría seguido dándote la lata, así que se lo dije para que lo entendiera.

—¿Entender qué?

—Por qué estás con ese hombre. Yo . . . Le dije lo que hice, y que te casaste con él porque si no me habrían matado. Le expliqué que tienes que fingir.

—Pues no lo hago.

—¿Qué?

—No estoy fingiendo, papá. Hace tiempo que no lo hago —suspiro—. Estoy enamorada de él.

—¡Nina! Es un asesino. ¿Estás loca?

—Tal vez lo esté, pero no importa. Lo que sí importa es que vas a ir a explicarle a mamá. Y si eso no os parece bien, no quiero veros a ninguno de los dos esta noche.

Pulso el botón de finalización, meto el teléfono en el bolso y vuelvo a maquillarme.

Roman

Me acerco al cuadro y me inclino hacia atrás, observándolo. Las luces están apagadas en toda la galería, dejando solo un amplio foco sobre cada cuadro para iluminar el espacio. Funciona bien, teniendo en cuenta el ambiente oscuro del arte de Nina. Había visto la mayoría de las obras mientras estaban en mi casa, pero tenerlas expuestas de esta manera les da una sensación mucho más inquietante.

El cuadro que tengo delante muestra el reflejo en un espejo de una mujer de piel pálida y cabello largo y oscuro, sosteniendo un trozo de tela agarrado al pecho. En el espacio que hay detrás de ella, se asoman varias figuras altas sin rostro, con las manos extendidas. Todo está hecho en tonos grises y negros, excepto el vestido que sostiene la mujer, que es de color verde brillante.

Antes de pasar a la siguiente pieza, lanzo una mirada hacia la esquina opuesta de la habitación, donde Nina está de pie junto a un joven de baja estatura con una línea de cabello en retroceso. Mark, el "proxeneta". Están discutiendo algo, y presto atención a su lenguaje corporal durante unos instantes. Nina levanta la vista y, al notar que la miro, sonríe. Le dice algo a Mark y se dirige hacia mí. Contemplo su cuerpo felino vestido con pantalones de cuero mientras se balancea sobre unos tacones altísimos. Para alguien que dijo que no le gustaba llevar tacones, se las arregla bastante bien. Esas cosas son escandalosas: por lo menos doce centímetros de altura, probablemente más.

—¿Qué te parece? —pregunta y señala el cuadro con la cabeza.

Tomo su mano, la elevo a mis labios y deposito un beso en la punta de sus dedos.

—Son increíbles, Malysh.

Sonríe y se inclina hacia mí.

—Solo lo dices para arrastrarme a tu cama.

—Normalmente vienes a mi cama por tu propia voluntad. Pero si insistes, puedo arrastrarte allí yo mismo esta noche.

—Insisto. —Me mira, sus ojos entornados y se muerde el labio, mi pequeña seductora.

—Si sigues mirándome así —tomo su barbilla entre mis dedos y atraigo su cabeza hacia mí—, te estarás perdiendo tu propia exhibición, Nina.

—Eso no suena nada mal, Pakhan.

La agarro por la cintura y la subo a mi regazo. Nina se ríe, me rodea el cuello con los brazos y entierra sus dedos en mi cabello.

—Te llevo a despedirte y nos vamos a casa —digo y aplasto mi boca contra la suya.

—No puedes —susurra en mis labios—, aún no has visto el grandullón.

Gruño.

—¿En serio, Roman? —Me besa de nuevo—. ¿Sonidos de animales ahora? ¿Qué pensará la gente?

—La gente se puede ir a la mierda.

En la esquina de mi visión, veo a Samuel Grey acercándose a nosotros, con cautela, con su esposa del brazo.

—Tus padres están aquí.

Nina levanta la vista, pero no hace ningún movimiento para bajarse de mi regazo. En cambio, sigue jugando con mi cabello mientras los ve venir.

—Sr. Petrov —dice su padre cuando se acercan. Su madre se limita a asentir, sus ojos fijos en la mano de Nina, todavía enterrada en mi cabello.

—Solo Román, por favor —digo y dirijo mi mirada a la madre de Nina—. ¿Qué te parece el nuevo trabajo de Nina, Zara?

Parpadea, visiblemente tensa, y luego me ofrece una sonrisa tan falsa que podría haber sido pegada a la Barbie.

—Es... bonito —dice y mira a Nina—. Queríamos comprar uno de tus cuadros.

Nina la mira fijamente.

—Tal vez algo sin pollos muertos. Si es posible —añade su madre.

—No tenéis que comprar ninguno —dice Nina, que sigue mirando a su madre con una ligera confusión en la cara—. Solo tienes que elegir el que quieras y decírselo a Sally. Es la mujer con falda roja que está en la entrada. Todo, excepto el grande de la habitación de al lado, está a la venta.

—Ya lo preguntamos cuando entramos —se lanza Samuel—. Dijo que todos los cuadros ya se habían vendido.

—Eso no puede ser cierto, acabamos de abrir hace diez minutos —murmura Nina y me mira—. Tengo que ver qué está pasando.

Se baja de mi regazo y se apresura hacia la mujer del otro lado de la habitación.

Me dirijo a su madre.

—Escoge el que te guste, y dile a Sally que lo he aprobado.

Zara Grey me mira con sorpresa.

—¿Los has comprado?

—Desde luego que sí. —Asiento con la cabeza y miro hacia donde está Nina con la encargada—. ¿Lo sabe tu mujer, Samuel?

Inhala bruscamente y luego deja escapar un estrangulado

—Sí.

—Bien. Pero deberías saber algo —digo y me giro para mirarlos—. El trato se ha cancelado, Samuel.

—¿Cancelado? —Traga saliva y rápidamente junta sus manos temblorosas frente a él—. ¿Qué significa eso?

Lo miro de arriba a abajo y luego muevo la mirada hacia la madre de Nina, que mira con pavor en sus ojos.

—Significa que me quedo con tu hija.

Agarrando las ruedas de mi silla me dirijo hacia Nina, dejando a sus padres boquiabiertos frente al cuadro con la niña del vestido verde.

—Sally dice que un comprador anónimo compró todos los cuadros —dice Nina en el momento que me acerco.

Apenas consigo mantener mi rostro serio.

—Qué hijo de puta tan egoísta.

—Exactamente. —Ella asiente—. Menos mal que le dije a Mark que anotara que el grandullón no estaba en venta.

—¿Por qué?

Me dedica una sonrisa reservada.

—Ese es para ti.

La miro fijamente, rechinando los dientes.

—¿Dónde está?

—En la otra habitación, a la vuelta de la esquina, pero... ¡a dónde vas, Roman, espera!

La ignoro y sigo empujando mi silla lo más rápido posible hacia la sala que me indicó. Acordamos que no haría el autorretrato para la exposición, y que me aspen si voy a dejar que alguien lo vea. O lo quitan enseguida o mato a alguien.

—¡Roman! —Los tacones de Nina resuenan detrás de mí mientras intenta seguirme—. ¡No es en la que estoy desnuda! —grita tras de mí.

De repente, se hace un silencio absoluto en la galería. Me detengo y me giro para encontrar al menos quince personas, incluidos los padres de Nina, que la miran con cara de asombro.

Ella no parece darse cuenta y viene a ponerse delante de mí, con las manos en la cadera.

—¿Por qué siempre tienes que montar una escena?

Levanto las cejas.

—¿Acabas de informar a toda la galería que hay un cuadro de ti desnuda y soy yo el que monta una escena?

Parpadea, mira por encima del hombro a las personas que siguen mirándola y se ríe.

—Oops.

—Sí. —Asiento—. Vamos a ver ese cuadro antes que pierda la cabeza, porque hay al menos diez hombres allí imaginándote sin ropa ahora mismo.

Se ríe y hace un gesto hacia su izquierda.

—Por aquí.

Doblamos la esquina y entramos en otra sección de la galería. Es casi tan grande como la primera, pero solo hay un cuadro expuesto allí. Tres focos lo iluminan desde arriba. La exposición acaba de abrirse, así que solo hay dos personas. Están de pie a un lado, lo que me permite ver la composición sin interrupciones.

Al igual que las demás obras de Nina, está realizada en su mayor parte en gris y negro, pero las formas son más nítidas aquí, más reconocibles. Toda la parte inferior muestra montones de rocas, partes de edificios y diferentes escombros. Las nubes de humo, aquí y allá, están pintadas de blanco. Sobre la pila central de escombros, asoma una figura solitaria con enormes cuernos de diablo. También está pintado en negro con tonos grises, y sostiene un enorme mazo en su mano derecha, como si estuviera en pleno movimiento. El rostro de la figura no es visible porque lleva un enorme casco rojo con forma de mandíbulas de lobo, y detrás de él flota una larga capa roja. Es magnífico.

—¿Por qué está destrozando todo? —pregunto, incapaz de apartar mis ojos de la escena.

—Porque puede, supongo.

—¿Qué es lo que hay esparcido por ahí? ¿Ruinas de la ciudad?

—En realidad no. Es una metáfora.

—¿Para qué? —pregunto.

Nina se inclina hacia mí y me susurra al oído.

—Por mi pobre mente demente. O lo que sea que quede de ella después que la hayas demolido tan hábilmente, Roman.

Mi cabeza se desplaza hacia un lado y miro fijamente a Nina, procesando lo que acaba de decir. Necesito que se explaye, pero se queda ahí, mirando el cuadro. Engancho un dedo en la trabilla de su pantalón y la giro para que me mire.

—Explícate.

—Eres un hombre inteligente, Roman. Piénsalo y llegarás a la conclusión por ti mismo. —Me besa y luego se vuelve hacia Mark, que la saluda desde la entrada, dejándome mirando el cuadro que tengo delante.

Capítulo 13

Nina

—¿Algo sobre la grabación de la habitación de Leonid? —pregunto y enciendo la batidora.

Decidí hacernos piroshki para cenar. Roman dijo que estoy tratando de engordarlo. Como si eso pudiera suceder con su programa de entrenamiento. Una mañana fui al gimnasio y lo encontré haciendo flexiones, y vaya si era un espectáculo. El hombre tiene un paquete de seis que antes creía que solo se podía conseguir con mucha manipulación fotográfica. Después de eso, empecé a levantarme a las siete para poder llegar al gimnasio a las ocho, y beber mi café matutino mientras lo observaba. Desde que empecé esta rutina, rara vez consigue terminar un entrenamiento completo porque suelo arrastrarlo a la habitación. ¿Qué puedo decir? Me excita viéndolo hacer ejercicio. No se queja, así que supongo que le parece bien que le robe parte de su tiempo.

Roman ha estado de mal humor durante las dos últimas semanas, y estoy bastante segura que está relacionado con no haber conseguido lo que buscaba en esas grabaciones. No le he preguntado qué buscaba específicamente, pero tengo mis sospechas.

Siento un roce de labios en la nuca, y luego un beso en mi hombro.

—Todavía no hay nada.

—¿Estás seguro que tu tío es el que intentó matarte? —pregunto y sus dedos se quedan quietos en mi cuello—. No era tan difícil de adivinar, Roman.

—Sí. Por eso no quiero que te acerques a él a menos que esté contigo.

—¿Qué haría conmigo? No soy... nadie.

Lo que quise decir fue, "De todos modos, me iré en unos meses" pero no pude obligarme a decir las palabras. Me duele demasiado pensar en ello, así que no lo hago. Soy excepcionalmente buena ignorando las cosas que no me resultan agradables.

—Eres mi esposa. Hacerte daño significaría hacerme daño a mí.

Sí. Supongo que hacer matar a la esposa del Pakhan delante de sus narices no pintaría bien a los ojos de sus compañeros y subordinados.

—Seré prudente.

—Bien. —Vuelve a besar mi hombro—. Deja eso en la nevera. Cámbiate. Te voy a llevar a Ural.

—¿La montaña?

—Uno de mis clubes.

—¿Uno de...? —Lo miro fijamente y me río—. Amigo, lo hice bien. Soy una cazafortunas. Mi madre se pondrá muy contenta cuando se entere.

—¿Por qué?

—Siempre me aconsejó que me casara bien, entre otras cosas. Supongo que puedo tachar eso de la lista.

—Y cuáles son las otras cosas.

—Obtener un título en economía. No morderme las uñas. Teñirme el cabello de rubio.

—No te estás tocando el cabello.

—¿No te gustan las rubias?

—Ya no. —Se inclina hasta que su nariz toca la mía—. Ve a cambiarte.

—¿El vestido negro?

—No si tienes alguna intención de salir esta ala, Nina.

* * *

Mi modus operandi habitual es no tardar más de treinta minutos en arreglarme. Sin embargo, esta noche he decidido ir más allá y he dedicado quince minutos más a maquillarme. Quiero estar lo mejor

posible por si nos encontramos con alguna de las ex de Roman. Es presuntuoso, lo sé, pero no me importa.

Encuentro a Roman en la cocina. Está apoyado en la encimera, sosteniéndose con una muleta en la mano izquierda y con un vaso de whisky en la otra.

Su pierna está mejorando. Hace tiempo que no utiliza la silla de ruedas mientras está en la suite. Aunque todavía no lo he visto usar el bastón. Sé que está practicando, pero cuando le pedí verlo, me dijo que no quería que lo viera tambalearse. Es una estupidez, pero no presiono.

Lo miro de arriba a abajo, amando lo sexy que está en pantalones de vestir negros y una camisa de vestir negra, amoldándose a su cuerpo de la manera más pecaminosa.

—Dios mío, alguien se ve sexy esta noche. —Pongo mis manos en su pecho y enderezo su camisa—. ¿Dónde está tu silla de ruedas?

—Esta noche no hay silla de ruedas.

Mis ojos se agrandan ante sus palabras. Esto es grande.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

Chillo de placer y lo beso.

—Me alegro mucho por ti, cariño. —Retiro un mechón de cabello de la frente—. ¡Los muchachos se volverán locos cuando te vean!

* * *

Olga ve primero a Roman y la expresión de su cara no tiene precio. Está en el otro extremo del pasillo, frente a la puerta de Iván, cuando nos oye llegar. Tiene los ojos desorbitados y la pila de toallas planchadas que lleva en los brazos cae al suelo.

Reprimo una sonrisa, tratando de mantener mi rostro informal, y sigo a Roman al ascensor. Su forma de caminar ha mejorado enormemente desde que cambió a sus nuevas muletas. Es casi normal. Quizá un poco más lento que antes del accidente, pero no importa. He visto cómo está su rodilla. Es un milagro que haya llegado tan lejos.



Cuando salimos del ascensor, Iván y uno de los chicos de seguridad vienen en dirección a la cocina. Supongo que nos acompañarán esta noche. Ven a Roman y se quedan paralizados a medio camino. Iván se recompone primero y se acerca a nosotros.

—Pakhan. Nina Petrova. —Asiente y precede a abrir la puerta.

Con una mirada lateral, veo a Valentina asomarse por la esquina del otro lado del pasillo, con la boca abierta. No hay duda que cuando volvamos todo el mundo sabrá la noticia.

* * *

El club es más grande de lo que esperaba, ya que ocupa toda la planta baja de un edificio de cristal de tres pisos. Parece que hemos llegado demasiado pronto porque solo hay unas pocas personas esperando fuera, sin embargo, cuando los porteros nos abren las puertas dobles de cristal y entramos, me sorprende encontrar una multitud importante dentro. La mayor parte de la gente está reunida en torno a mesas altas a los lados del local. Espero que nos detengamos en una de ellas, pero cruzamos la enorme sala hasta otro conjunto de puertas. Dos hombres están de pie a ambos lados y las abren tan pronto nos acercamos. Nos reciben de la misma manera que a la entrada.

—Pakhan —dice asintiendo a Roman y luego a mí—. Señora Petrov.

Estoy ligeramente confundida por su comportamiento, porque no esperaba que nadie supiera de mi existencia.

Este segundo espacio es más pequeño, pero mucho más lujoso. En lugar de mesas altas, hay cinco reservados semicirculares alrededor de la sala; dos más pequeños a cada lado y uno enorme, en la que probablemente cabrían diez personas, en el centro de una pequeña plataforma elevada. Iván, que ha estado caminando delante de nosotros en todo momento, se acerca al reservado grande y se sitúa en el lado derecho, sus manos unidas a la espalda. Por un segundo, me preocupa que Roman suba los dos peldaños hacia la plataforma, pero lo consigue sin problemas. Se gira y me ofrece su mano, y subo tras él. El hombre de seguridad se une a nosotros en el lado izquierdo del reservado, adoptando la misma posición que Iván.

—Me siento extraña —susurro cuando me siento junto a Roman en el centro del reservado.





—¿Por qué susurras?

—No lo sé —susurro de nuevo—. ¿Por qué nos mira todo el mundo?

—A quién le importa —dice, me agarra la barbilla y me besa.

Roman

Un hombre se acerca a Iván y le dice algo al oído. Me resulta familiar, probablemente uno de los hombres de Pavel. Iván asiente y me mira, pero cuando niego con la cabeza, lo manda a paseo. Esta noche no estoy de humor para negocios, puede pasarle el mensaje a Pavel.

Nina se sienta acurrucada a mi lado, con una copa de vino en la mano, observando a la multitud. Ha estado hablando sin parar desde que llegamos, pero se ha callado hace unos minutos. Me pregunto qué pasa por su cabeza. Me desconcierta, esta extraña cosita que se ha ido metiendo en mi piel, poco a poco, desde el momento en que la vi por primera vez en ese cuchitril de restaurante. Me pregunto qué pasará cuando pasen estos seis meses y se dé cuenta que no tengo intención de dejarla ir. Nunca.

Levanto la mano para trazar la línea de su hombro desnudo y luego la dejo deslizar hasta su delicada muñeca. Parece tan frágil, mi Nina, pero las apariencias engañan.

—Baila conmigo —le susurro al oído.

Su cabeza se inclina hacia arriba y esos ojos negros me miran directamente, con una pregunta visible en ellos. Debe de preguntarse cómo demonios va a bailar con un hombre que ni siquiera sabe caminar bien, pero no pregunta, como también sabía que no lo haría.

—De acuerdo. —Sonríe.

—Dame tu pierna.

Enarcando una ceja, se gira hacia mí, cruza las piernas y coloca su pie derecho en mi mano. Lentamente, le quito el tacón y lo coloco en el otro lado de mi asiento, después suelto su tobillo.

—Izquierdo.



—Deberías ir a terapia, Roman. Este fetiche de los pies se te está yendo de las manos. —Se ríe, cambia de pierna, y repito la acción con su otro tacón.

Tomo una muleta, me pongo de pie y tomo su mano entre las mías.

—Sube, Malysh. Sobre el asiento.

Suelta una risita, se sube al asiento del reservado y coloca sus brazos alrededor de mi cuello. Sonrío. Incluso de pie es apenas unos centímetros más alta que yo.

—Me gusta esta disposición. —Me besa—. A partir de ahora, voy a llevar un taburete conmigo a todas partes.

Coloco mi mano en la parte baja de su espalda y acaricio su cuello. Ella suspira y entierra sus dedos en mi cabello, y seguimos así mientras el sonido de una melodía lenta nos envuelve.

No me gusta estar de espaldas a la multitud. Prefiero que toda la sala esté a mi vista, pero supongo que tendré que confiar en que Iván y Kolya cubran mis espaldas. Y me gusta sostener a Nina así, con mi cuerpo interrumpiendo la vista de otros hombres que he visto mirándola.

—¿Qué tal lo soporta la pierna? —me susurra al oído.

—No pasa nada. No te preocupes.

—¿Roman?

—¿Sí?

—Tengo que confesarte algo.

Beso su hombro.

—¿Algo malo?

—Sí. Es... bueno, es una especie de problema. Uno grande.

—Escúpelo, Nina.

Se queda en silencio unos instantes y luego hace que mi mundo se incline sobre su eje con seis breves palabras.

—Me estoy enamorando de ti, Roman.

Cierro los ojos un segundo y la estrecho firmemente. Es como si todo a mi alrededor se hubiera detenido.

—Entonces compartimos el mismo problema, Malysh. —digo en su cuello, y siento que se queda paralizada a mi lado.

Cuando alzo mi cabeza y la miro, sus labios tiemblan ligeramente y hay lágrimas en las comisuras de sus ojos.

—¿Ese acuerdo de seis meses? Se acabó, Nina —digo y estrecho su cintura—. No importa lo que hayamos acordado. Ahora eres mía y no voy a dejarte ir. Jamás.

Nina

Coloco mis manos a ambos lados del rostro de Roman, buscando sus ojos, que miran los míos con tanta intensidad.

—No voy a ninguna parte, Roman.

—Prométemelo. —Me estrecha contra él y, por un momento, me cuesta respirar—. Prométeme, o te llevaré a casa y te ataré a mi cama hasta que lo hagas.

—Lo prometo. —Paso un dedo por su mandíbula—. ¿Nos sentamos de nuevo?

—No —ladra.

—Bieeeeen. ¿Por qué no? —pregunto, pero se limita a rechinar los dientes y no dice nada—. Roman, ¿sucede algo?

—Hay hombres aquí.

—Es un club. Por supuesto, hay hombres aquí.

—Te estaban mirando.

Me echo a reír, pero él se limita a rechinar los dientes un poco más.

—¿Estás bromeando?

—¿Me ves sonriendo, Nina?

Está serio.

—Roman, estás siendo poco razonable. Estoy contigo, ¿no? —Deposito un beso en sus duros labios—. Pueden mirar, pero es todo lo que pueden hacer. —Otro beso, esta vez en su frente—. ¿Eso lo hace mejor?

—Parcialmente.



No tengo ni idea de lo que le pasa, pero no voy a dejar que aguante así toda la noche. Necesita descansar esa pierna suya. Suspiro y lo vuelvo a besar.

—Vamos a casa, cariño.

* * *

Nuestro coche se detiene frente a la casa al mismo tiempo que otro, y Leonid sale del asiento trasero. Se vuelve a nuestro encuentro y sus ojos se dirigen a Roman, a mi lado. Hay oscuridad, pero la luz procedente de los focos es suficiente para iluminar la sorpresa en el rostro de Leonid, que se transforma en una mirada de puro odio. Rápidamente, cambia sus rasgos a una expresión agradable y se acerca a nosotros.

—Bueno, qué desarrollo tan inesperado. Me alegro mucho de verte de nuevo en pie, Roman. Literalmente.

—¿Es así, tío? —Una esquina de la boca de Roman se curva. Su postura es relajada, pero no se me escapa la forma en que agarra sus muletas. A pesar de lo mucho que duele su pierna, está haciendo un gran trabajo disimulando.

—Roman, estoy cansada. ¿Podemos subir, por favor? —digo, luego me vuelvo hacia Leonid y sonrío dulcemente—. Tengo que hacer mi rutina facial nocturna antes de acostarme, y me lleva al menos una hora.

Leonid me lanza una mirada condescendiente, luego se da la vuelta y entra en la casa. Lo seguimos a un ritmo mucho más lento.

Tan pronto la puerta de la suite se cierra tras nosotros, me vuelvo hacia Roman y señalo su dormitorio.

—Cama. Ahora, Roman.

No discute conmigo, lo cual es prueba suficiente que tiene un dolor importante.

Me quito los tacones y me apresuro a ir a la cocina para coger sus analgésicos y un vaso de agua y llevarlos al dormitorio de Roman. Se acerca a la cama y se sienta con un gemido ahogado. En un movimiento dolorosamente lento, levanta la pierna derecha sobre la cama y alcanza el frasco de medicamentos que tengo en la mano. Tras tragar dos pastillas, empieza a desabrocharse la camisa.



—Déjame —digo, y me encargo.

Me observa en silencio, luego se quita la camisa y se tumba en la cama. Cuando empiezo a desabrocharle el cinturón, su mano cubre la mía y sacude la cabeza.

—Lo siento, Malysh. Esta noche no.

—Jesús, no tengo intención de tener sexo. Solo necesito ver tu pierna.

—Déjalo. Se pasará.

Lo ignoro y sigo sacando sus pantalones. A pesar de esforzarme por ser suave, sisea de dolor varias veces. Cuando por fin consigo echarle un vistazo a la rodilla, resoplo bruscamente. Su rodilla está hinchada al doble de su tamaño normal.

—Mierda, Roman.

Agarro una almohada y la pongo con cuidado debajo de su pierna, tratando de moverla lo menos posible. Una vez hecho esto, me quito el elegante vestido, me pongo una de las camisetas de Roman y me subo a la cama para tumbarme a su lado. Cubriéndonos los dos con una manta, me acurruco al lado de Roman y pongo mi mano en su pecho desnudo.

—Nina, necesito preguntarte algo.

La forma en que lo dice, en un tono extraño y de algún modo distante, me hace levantar la vista y encontrarlo mirando al techo, su rostro marcado por líneas duras.

—Vale —digo yo.

—Si resulta que las muletas son lo máximo que puedo conseguir, ¿te irás?

Abro la boca para decir lo idiota que es esa pregunta, pero pone su mano sobre mis labios, silenciándome. Sigue sin mirarme.

—Necesito que pienses en esto antes de responder. Piensa largo y tendido en lo que significa. Nunca podré correr, por mucho que progrese. Las escaleras siempre serán un problema para mí. Puede que te parezca bien ahora, pero eres joven. Conocerás a otros hombres que no están... dañados. Hombres que no tienen limitaciones. Así que, si termino atascado con muletas por el resto de mi vida, y si eso no es algo que puedas aceptar a largo plazo, lo entenderé. Te juro que lo entenderé y no habrá ningún resentimiento por mi parte. Pero si ese es el caso, necesito saberlo ahora. Podemos seguir hasta que nos funcione, y cuando ya no lo haga... bueno,

cada uno puede seguir su camino. Pero necesito saberlo. Y necesito que estés segura, Nina.

La mano de Roman abandona mi boca. Trato de superar el hecho que pueda encontrarme tan superficial, pero luego lo veo desde su punto de vista, cómo me sentiría si nuestros papeles se invirtieran, y lo entiendo.

—¿Alguna vez has sentido que tengo un problema con eso, Roman? Hasta ahora, quiero decir.

—No. Pero eres una actriz con mucho talento, Malysh. Y de ahora en adelante, no quiero a esa otra mujer, la que creaste para nuestro acuerdo. No más actuación, no más pretensiones.

—Trato justo. De acuerdo entonces. —Tomo aire—. Me encantaría verte correr o subir las escaleras de dos en dos. El bastón está bien, supongo, y me alegraré mucho si llegas hasta ahí.

Sé que cada palabra que sale de mi boca lo lastima, porque siento que se queda tan inmóvil que da miedo. Dios, odio decir todo esto, pero necesitamos que el asunto se resuelva de una vez por todas.

—Si pudiera elegir, lo que más me gustaría es que volvieras a estar donde estabas antes de esa bomba.

Sigue mirando hacia arriba hasta la última frase, pero cierra los ojos después de escucharla.

—Pero eso nunca va a suceder, Roman. Sé que esto es duro para ti, y me desgarra por dentro. Me encantaría verte sin muletas, pero solo porque sé que eso es lo que te haría feliz. Esa es la única razón. Te amo y quiero que seas feliz. Quiero eso para ti, tanto, tanto. —Tomo su rostro entre mis manos y hago que me mire—. Por lo que a mí respecta, no importa. Con o sin muletas, te amo igual, cariño. Aunque tengas que volver a usar la silla de ruedas. No me importa. Me importa una mierda, Roman. Lo único que quiero, es a ti. ¿Puedo tenerte, por favor?

—Ya me tienes, Malysh. —Me besa la parte superior de la cabeza.

Después solo hay silencio. No está convencido. Tengo tantas ganas de llorar, pero me las arreglo para mantener la compostura.

—Dime, Roman, ¿no te gustaría que pudiéramos tener sexo de forma normal? Porque a mí me gustaría. Nada me gustaría más que tenerte encima de mí, sentir tu cuerpo presionando el mío, tirando de mis manos por encima de mi cabeza. Bueno, eso no está en las cartas para mí, por lo menos en un futuro previsible. Tal vez siempre. ¿Es eso un problema? ¿Te aburrirás de mis problemas y decidirás cambiarme por una versión menos

defectuosa en algún momento? ¿Una mujer que no se estremezca involuntariamente cuando te acerques a ella por detrás sin previo aviso? ¿O alguien que no tenga un ataque de pánico cuando te olvides y le agarres su muñeca en lugar del antebrazo?

—¿Crees que no me he dado cuenta que siempre vienen con nosotros Dimitri o Iván, y nunca Kostya o Mikhail, o Sergei, que son todos tan altos como tú? ¿O que se sientan o salen de la habitación cuando entro? Cuando entré en la cocina unos días después que Kostya fuera apuñalado, se dejó caer en la silla tan bruscamente que es un milagro que no se arrancara los puntos. Tuviste que instruir a sus hombres para que se sentaran cuando entrara en una habitación para que no me asustara. Estoy segura que es agotador y frustrante, lidiar con mis problemas. ¿Decidirás sustituirme por alguien menos jodido en algún momento?

—Cristo, Nina. —Me mira con asombro—. ¿Cómo puedes decir algo así?

—Oh, no te gusta cómo suena eso, ¿eh? Bueno, jódete, Roman —susurro, vuelvo la cara hacia su pecho y dejo que las lágrimas caigan libremente.

Siento su mano en mi cabello, su otro brazo rodeando mi cintura y, al momento, me tiene tumbada sobre él. Retira los mechones de cabello pegados a mi cara llorosa y acaricia la piel bajo mis ojos con sus pulgares.

—Lo siento mucho, Milaya. Es que... Te amo malditamente tanto. Estoy cagado de miedo que puedas irte algún día.

Aprieto los dientes.

—Dame tu mano.

Levanta una ceja, pero hace lo que le pido.

Llevo su mano por entre nuestros cuerpos hasta alcanzar entre mis piernas, y presiono sus dedos sobre mis bragas húmedas.

—¿Sientes eso, Roman? Eso es solo lo que me produce estar acostada a tu lado. Estoy tan loca por ti, cariño, que el mero hecho de estar cerca de ti hace que me humedezca—susurro, y noto que se pone duro debajo de mí.

Lentamente, engancha su dedo en la cintura de mis bragas y empieza a arrastrarlas hacia abajo.

—Fuera —ladra.

—Roman, no...

Su otra mano se acerca a ellas, y se escucha un sonido repentinamente de tela que se rasgada. Todavía estoy aturdida que me haya arrancado las bragas cuando se baja su bóxer, me agarra por la cintura y me desliza

por su polla. Me siento tan bien que mis ojos quedan en blanco y mis músculos comienzan a tener espasmos alrededor de su polla.

—Mía —pronuncia y me penetra de golpe—. Solo mía. Dilo.

—Solo la tuya, cariño.

Otro golpe y estoy acabada, mis entrañas implosionan. Los escalofríos se apoderan de mi cuerpo. Roman gime debajo de mí, empuja profundamente dentro de mí, y siento su semilla llenándome. Todavía estoy bajando de la euforia, y me dejo caer sobre su pecho. Ha sido el sexo de un minuto más alucinante que he experimentado nunca.

Los brazos de Roman rodean mi espalda, presionándome contra él, y siento sus labios besar la parte superior de mi cabeza.

—Entonces, ¿te quedas para siempre? —susurra.

—No te vas a librar de mí, aunque lo intentes. Es imposible que vuelva a encontrar un marido tan sexy. —Sonrío y lo beso—. Cerramos este tema, Roman. ¿Trato?

—Trato. Pero necesito que sepas una cosa. Cuando encuentre al bastardo que te hizo daño, lo mataré.

—No, no lo harás. —Aprieto su brazo—. No quiero tener la muerte de nadie en mi conciencia, así que, por favor, te lo ruego, olvídalo.

—Nina...

—Por favor, vamos a cerrar ese tema también. No vas a matar a nadie por mí. No puedo vivir con eso. Por favor.

Como no responde, tomo su cara entre mis manos y aprieto mi frente contra la suya.

—No me harás eso. No lo buscarás y no lo matarás. Si me amas, no harás que soporte la muerte de nadie en mi alma. Di que lo entiendes, Roman.

Se produce un silencio y luego,

—De acuerdo.

Capítulo 14

Roman

A la mañana siguiente, la rodilla está mucho mejor, pero sigue doliendo muchísimo cuando pongo cualquier peso en la pierna derecha. Después del desayuno, me deshago de las muletas y cojo la silla de ruedas. Llevo días sin usarla y odio tener que hacerlo ahora, pero no quiero arriesgarme a dañar más la rodilla. Puede que a Nina no le moleste que use las muletas, pero a mí sí. Cueste lo que cueste, voy a conseguir ese maldito bastón, porque quiero poder sostener su mano en la mía cuando la lleve a cenar o incluso solo a dar un paseo.

—Voy a bajar. Igor me está enseñando a hacer borsch[3]. —Nina sonríe, se inclina y me besa—. ¿Quieres que te traiga la comida cuando vuelva?

—Sí, trabajaré desde aquí. Y dile a ese verraco que, si se atreve a levantarle la voz a mi mujer otra vez, está acabado.

—No seas ogro, Roman.

La veo marcharse, luego voy a mi habitación y enciendo el portátil. Con el software de audio, busco la grabación de la habitación de Leonid y reproduzco la señal en el momento aproximado en que volvimos anoche.

Había una razón específica para que ocultara el hecho que mi pierna está mejorando. Estaba casi seguro que verme caminar de nuevo llevaría a Leonid a intentar algo, y quería atrapar a su compañero antes de eso. Han pasado casi cinco meses, y como no he conseguido averiguar quién es el hijo de puta, era hora de empujar a Leonid a la acción. Basándome en la forma en que me miró anoche, tengo la sensación que me espera una agradable sorpresa.

---

[3] Borch: borscht o borshch, es una sopa agria a base principalmente de remolacha, con un toque agrio, además de eso se utiliza caldo de carne o de verduras, así como patatas, repollo, zanahoria, tomates, cebolla y nata agria. Es un plato ucraniano, aunque se consume también en países de la Europa del este y Asia del norte.

En medio de la grabación, finalmente encuentro lo que busco. Leonid está llamando a alguien, y como la marca de tiempo en la esquina de la pantalla muestra las dos de la madrugada, estoy bastante seguro que no es una llamada relacionada con negocios. Sin embargo, lo que me sorprende es la persona que contesta.

—Tenemos que volver a intentarlo. Ese bastardo está caminando —dice Leonid.

—Hm. No estoy seguro que me convenga, Leonid —responde Tanush.

—¡No puedes cambiar de opinión ahora!

—Desde luego que puedo. Actué impulsivamente. Estaba furioso porque Petrov rechazó a mi hija, y quería hacérselo pagar. Pero él me hace ganar buen dinero.

—Teníamos un trato, Tanush. Tú me ayudas a sacarlo de escena, y yo me aseguro que tengas una mejor tajada cuando me haga cargo.

—Ves, esa es la cuestión, Leonid. Incluso si me das una parte más grande, dudo que puedas mantener el negocio. He decidido que no quiero arriesgarme. Estoy fuera.

La línea se corta.

Me reclino en mi silla, cojo el teléfono y llamo a Maxim.

—¿Dónde está Leonid?

—Ha salido. Le escuché decir a Valentina que le suba la cena a las cinco.

—Eso no será necesario. Quiero a todos fuera de la planta superior después de las cuatro. Y me refiero a todos. Nadie sube hasta que yo lo diga.

Hay silencio en el otro lado, probablemente Maxim conectando los puntos.

—Me aseguraré que se haga. ¿Y Nina?

—La necesito fuera de casa. La hija de Dushku se va a casar, y nos ha invitado a asistir. La enviaré a comprar un regalo. Dile a Dimitri que envíe a Iván con ella. No deben volver bajo ninguna circunstancia antes que lo llame. No me importa lo que él tenga que hacer para distraerla, pero ella no volverá aquí hasta que yo haya terminado. ¿Está claro?

—Sí, Pakhan.

* * *

Me costó convencerla, pero conseguí que Nina se fuera hacia las cuatro. Se empeñó en que cenáramos juntos, pero cedió cuando le dije que tenía demasiado trabajo.

Entro en mi vestidor y cojo mi arma. Después de comprobarla, cojo mis muletas y me dirijo a la habitación de Leonid. Me siento en el sillón reclinable del rincón, justo enfrente de la puerta, coloco el arma en la mesita y espero.

Un poco antes de las cinco, Leonid entra en la habitación. Al verme allí, sus cejas se disparan, pero se recompone rápidamente.

—¿Ha ocurrido algo?

—Cierra la puerta, Leonid.

—¿Roman?

—La puerta —digo.

Hace lo que se le dice y empieza a caminar hacia mí cuando se da cuenta del arma que hay sobre la mesa. Se queda quieto, sus ojos desorbitados, y se da la vuelta para huir. Cojo el arma y, apuntando a su rodilla derecha, disparo.

El sonido estalla en la habitación y el grito de Leonid lo sigue. Se derrumba en el suelo de lado y comienza a lamentarse, agarrándose la pierna ensangrentada.

—Si querías ocupar mi lugar, deberías haberte asegurado que estuviera muerto, Leonid.

—Bastardo —se burla entre dientes, su saliva vuela por todas partes—. ¡Te voy a matar!

Gritando, se lanza en mi dirección, sus manos levantadas como un loco. Le apunto a la cabeza y dejo volar la bala. Su cuerpo se desmorona en el suelo, la sangre acumulándose alrededor de su cabeza.

—Ya tuviste tu oportunidad, tío —le digo a su cuerpo tendido.

Me levanto y empiezo a caminar hacia la puerta cuando suena el teléfono de Leonid. Considero la posibilidad de ignorarlo, pero entonces me agacho y lo cojo, mientras mi rodilla grita de dolor. La pantalla muestra un número desconocido. Contesto la llamada.



—La encontré —dice la voz del otro lado—. Prepara la transferencia de dinero.

La llamada se desconecta.

Nina

—¿Estás seguro? —Miro por encima del jarrón que sostengo—. Es atroz. Estoy segura que les encantará, y este ya cuesta más que un coche.

—Pakhan dijo que tiene que ser algo grande. —Iván se encoge de hombros y se coloca detrás de mí.

—Preguntaré si tienen jarrones más grandes. —Me vuelvo hacia la dependienta.

Me siento abrumada con todas las piezas de decoración de lujo que se exhiben a mi alrededor. Me pone nerviosa saber que el artículo más barato aquí tiene al menos tres ceros en la etiqueta. Había cosas mucho más apropiadas que se podían traer como regalo de boda, pero por alguna razón, Roman insistió en que viniera hasta Chicago y eligiera algo de esta misma tienda. Todo aquí es tan exagerado, incluidos los candelabros de oro y las réplicas del David de tamaño natural. Me da escalofríos. Algunas personas tienen un gusto realmente extraño.

Paso por delante de la alta vitrina que contiene los juegos de copas de cristal cuando escucho un sonido atravesando el aire. La vitrina se rompe y cae al suelo, con un millón de trocitos de cristal explotando por todas partes. La gente empieza a gritar. Unas manos me agarran por la cintura y me tiran al suelo. Al instante, Iván se cierne sobre mí y me empuja hacia la parte trasera de la tienda. Suena otro disparo y tropiezo, estirando la mano para evitar caer al suelo de cabeza. El dolor me hiere la palma de la mano. Con su mano agarrada a mi brazo, Iván sigue arrastrándome hacia la salida de emergencia, mientras grita al teléfono que sostiene con la otra mano.

Irrumpimos por la salida de emergencia hacia el callejón trasero en el mismo momento en que un coche dobla la esquina. Los neumáticos chirrían cuando el coche se detiene bruscamente. Iván me empuja hacia el interior de la puerta, mete la mano en su chaqueta y saca su arma. Oigo dos disparos casi simultáneos.

—Quédate ahí —me dice por encima del hombro y se va de mi vista.



Un par de segundos después, escucho otro disparo. No tengo idea de lo que sucede. ¿Es un tiroteo al azar o alguien intenta matarnos? ¿Debo quedarme aquí o volver a entrar? ¿Debo salir y buscar a Iván? Estoy tan asustada que no estoy segura de poder moverme del sitio, aunque sepa a dónde debo ir.

Me miro la mano izquierda, donde tengo un gran trozo de cristal semienterrado en la palma y la sangre se acumula a su alrededor. Me duele muchísimo.

Los pasos vienen del callejón, rápidos, así que respiro hondo y espero a ver quién será.

Iván entra en mi campo de visión, me agarra de la mano y me lleva corriendo calle abajo. Echo un vistazo por encima del hombro y veo el vehículo. La puerta del conductor está abierta y una figura inmóvil yace en el suelo. Las sirenas suenan en algún lugar lejano, pero el sonido se aproxima.

Mis pasos flaquean, pero Iván sigue arrastrándome por la calle y luego por la esquina hacia el aparcamiento donde ha aparcado nuestro coche.

Abre la puerta y me hace pasar cuando ve mi mano y sisea.

—¡Nina Petrova! Dios mío, ¿por qué no dijiste nada?

—No parecía una prioridad —digo y levanto la mano—. ¿Crees que el médico que curó a Kostya haría lo mismo conmigo?

Iván levanta la cabeza para mirarme con los ojos muy abiertos, luego sacude la cabeza y murmura algo en ruso.

—Vamos a un hospital. Si no lo hacemos, Pakhan no estará contento.

—Supongo que no debemos sacudir su jaula. Tu Pakhan ha estado un poco malhumorado últimamente. Vamos entonces.

Iván resopla, me ayuda a entrar en el coche, y nos vamos.

Roman

—Ha habido un tiroteo, Roman.

Miro fijamente a Dimitri y juro que mi corazón deja de latir cuando la llamada de antes pasa por mi mente. No. Me agarro a su cuello y acerco mi cara a la suya.

—¿Dónde está mi mujer? —Maldigo mis dientes apretados, haciendo lo posible por no romperle el cuello.

—No lo sabemos. Iván llamó para decir que alguien empezó a disparar cuando estaban en la tienda, y que la está sacando. Eso fue hace quince minutos. No puedo contactar con él, no ha contestado al teléfono desde entonces.

—¿Los demás?

—Solo está Iván. Di instrucciones a dos del equipo de seguridad para que fueran con ellos, pero Nina Petrova dijo que no los quiere con ella.

Aprieto los dientes y aprieto el cuello de Dimitri hasta que empieza a ponerse rojo.

—Si hay un solo mechón de su cabello dañado, habrá muchos muertos —murmuro—. Empezando por mi jefe de seguridad, que mandó a mi mujer con un solo hombre como seguridad. ¿Lo has entendido, Dimitri?

—Sí, Pakhan.

—Bien. Ahora, consígueme un puto coche.

Nina

Tres tiritas en forma de mariposa, una vacuna antitetánica y un frasco de antibióticos. Eso es lo que me dieron. Ni siquiera puntos de sutura. La enfermera me dijo que había tenido suerte, y que debería tener más cuidado con el lavado de las gafas la próxima vez.

Miro hacia arriba, intentando localizar a Iván. Con suerte, llegará pronto para que podamos volver ya a casa.

Se oye un golpe, se abre la puerta y llegan voces elevadas desde el vestíbulo. Me pregunto si traen a alguien gravemente herido porque los gritos son especialmente fuertes. Y entonces, escucho la voz de Roman rugiendo.

—¿Dónde está mi mujer?

Mierda. Esperaba que volviéramos a la casa antes que se enterara de lo sucedido.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —La enfermera, que ha estado recogiendo sus provisiones, murmura y mira hacia el sonido de las voces.

—Ah, ese sería mi marido. —Le ofrezco una sonrisa inocente, salto de la camilla y salgo corriendo de la habitación.

Cuando llego a la zona de recepción, veo a Roman imponiéndose a un empleado calvo de mediana edad que intenta escribir algo en el teclado. Le tiemblan tanto las manos que no consigue pulsar las teclas correctas. La única persona en un radio de tres metros es Dimitri. Un par de personas más presentes están de pie junto a la pared, manteniendo una distancia segura. Iván entra desde el otro pasillo, pero se detiene al ver a Roman enfadado.

—¿Roman? —digo.

Su cabeza se mueve en mi dirección e inhala un gran suspiro mientras me observa acercarme. Lentamente, su mirada viaja desde mi cabeza, bajando por mi cuerpo, hasta las puntas de los dedos de mis pies que asoman por mis tacones, y luego vuelve a subir. Solo entonces exhala.

Me agarra por la cintura y aplasta mi cuerpo contra el suyo.

—Nunca más vas a salir de casa sin mí —me susurra al oído—. Nunca.

Quiero decirle que es una tontería, pero luego cambio de opinión. Su cuerpo está extrañamente tenso junto al mío y noto que su mano en mi cintura tiembla ligeramente. Está realmente furioso.

—De acuerdo, cariño. Seguro. Vamos a casa, ¿sí?

Roman se limita a asentir, pasa su muleta derecha a Dimitri, me coge de la mano y empieza a caminar hacia la salida. Echo un vistazo a nuestras manos unidas, pero rápidamente levanto la vista y me centro en el coche aparcado a cierta distancia. Los ojos se me llenan de lágrimas de felicidad mientras ajusto mi paso para igualar el de Roman.

Capítulo 15

Nina

—¿Dónde está Leonid? —pregunto a Roman durante el desayuno—. Hace dos semanas que no lo veo, y anoche vi a los chicos sacando sus cosas.

—Se ha ido. —Alarga la mano y coge su zumo de naranja.

—¿Se ha ido, como si ya no viviera aquí?

—Se podría decir que sí.

—¿Roman?

—¿Sí, Malysh? —Me mira y se mete en la boca el tenedor repleto de huevos revueltos.

—Lo mataste, ¿no es así?

—Por supuesto, lo hice.

Me atraganto con el trozo de pan que acabo de meterme en la boca y busco el agua.

—No puedes decirme ese tipo de mierdas durante el desayuno, Roman.

—Tú preguntaste. Y trató de matarme primero.

—¿Así que eso hace que esté bien?

—Estaba planeando el segundo asalto. ¿Ese hecho lo hace más soportable para ti?

—Supongo. —Pienso en Leonid intentando matar a Roman de nuevo, y concluyo que probablemente yo misma lo mataría en ese caso—. Sí. Nadie intenta matar a mi marido y se sale con la suya. Has tomado la decisión correcta.

—Me alegro que lo apruebes.

—No apruebo que se mate a la gente. Yo solo... Puedo vivir con ello en este caso.

—Tienes puntos de vista muy extraños, Nina.

—Ya que estoy viviendo en tu extraño mundo, supongo que es apropiado. —Miro el reloj y me levanto de la silla—. Vamos a llegar tarde a esa boda.

—¿Qué llevas puesto?

Sonrío con picardía, cojo un puñado de su camisa y tiro de él hacia mí.

—Tendrás que esperar y ver.

Lo beso y empiezo a retirarme, pero me agarra por la cintura y me arrastra hacia sus brazos.

—Si juegas con fuego, mi florecilla —me dice al oído mientras sus manos se enganchan a la cintura de mis vaqueros, comenzando a bajarlos—, puedes quemarte.

—Llegaremos tarde.

—¿Crees que me importa?

No. Y a mí tampoco.

—¿Qué tan duraderas son esas sillas?

—Averigüémoslo.

Mientras él se quita el chándal, me quito los vaqueros y la ropa interior, y me subo a su regazo.

Mis piernas son demasiado cortas y cuelgan en el aire a ambos lados. Incluso cuando me estiro, no puedo tocar el suelo con los dedos de los pies.

—No creo que esto funcione, Roman.

Mira hacia abajo, sin poder reprimir la risa.

—Jesús, Nina. Eres tan pequeña.

—¿Nos movemos a la cama?

Roman inclina la cabeza hacia un lado, y recostándose en la silla, me agarra de la cintura mientras sus labios se curvan en una sonrisa de suficiencia.

—No.



Mis ojos se abren cuando me levanta y me coloca encima de su dura polla, y luego me baja sobre ella. Jadeo y me agarro a sus hombros, amando la forma en que me llena poco a poco. Se me escapa un gemido cuando lo siento completamente enterrado. Las manos de Roman bajan, por debajo de mis muslos, me levanta y luego me desliza hacia abajo, empalándome una y otra vez mientras jadeo y me agarro con fuerza a él. No sé qué me excita más, la forma en que su polla se desliza dentro y fuera de mí, o la facilidad con la que maneja mi cuerpo como si no pesara nada. Me penetra por última vez y me corro, oyéndolo gemir, mientras su semilla me llena.

—¿Está todo bien? —me rodea con sus brazos y me presiona contra su pecho.

—Sí. —Entierro mi nariz en su cuello, inhalando su aroma—. Quiero que se pongan sillas al azar en todas las habitaciones. Esa máquina de press de banca que tienes puede irse.

—Pesas la mitad de lo que suelo levantar, Malysh.

—Dicen que es más efectivo trabajar con menos peso, pero más a menudo.

—¿Lo hacen? —Sus manos acarician mi espalda, deslizándose hacia abajo hasta llegar a mi culo—. Me gusta ese nuevo plan de entrenamiento. Mucho —dice y me aprieta las nalgas.

* * *

La boda es extremadamente aburrida. Toneladas de invitados se arremolinan con copas en la mano, charlando y sonriendo falsamente. No conozco a nadie aquí, así que me paso la mayor parte del tiempo observando a la gente y comentando los trajes a Roman. A él siempre le divierte mi parloteo. Sin embargo, hace unos minutos se ha enfrascado en una conversación sobre política con unos hombres, y decido dejarlo a su aire e ir a sentarme a una de las mesas.

No tengo ningún problema en sentarme sola, pero parece que algunos piensan que sí, porque un par de mujeres se sientan conmigo y me arrastran a una conversación sin tacto sobre quién compró qué para los recién casados.



—No podíamos venir con nada sin sentido, ya sabes —explica una guapa rubia de labios carnosos—. Estoy segura que disfrutarán del fin de semana en el balneario. Es un lugar muy exclusivo. Por favor, no preguntes cuánto pagamos por las entradas; la cantidad fue atroz.

—Les encantará. —Sonrío.

—¿Y qué les has comprado, querida?

—Un jarrón extremadamente feo —digo yo—. Mi marido insistió en él.

—Oh, bueno, tal vez sus gustos difieren. ¿Y quién es tu marido?

Miro hacia el grupo de hombres en el centro de la sala y sonrío.

—El más sexy de la sala —declaro.

—Eres parcial. —La otra, con un vestido rojo corto y cabello rojo, se ríe.

—No. Es un hecho. —Me encojo de hombros.

Ambas se giran para mirar a la masa de gente como si trataran de adivinar cuál sería.

—El del traje marrón, ¿sí? ¿El de las gafas?

Sigo su mirada y veo a un tipo bajito, bastante guapo y con aire de contable. Sonrío ampliamente. Esto será divertido.

—No. Inténtalo de nuevo.

A continuación, señala a un hombre con esmoquin. Es bastante guapo y tiene el cabello largo, pero demasiado delgado. Sin embargo, antes que tenga la oportunidad de responder, la rubia interfiere.

—Dios mío, Sandra, ¿es Roman Petrov? —exclama y se agarra al antebrazo de la pelirroja. Señalando con la cabeza a la multitud, pregunta—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Creo que Rory mencionó que tuvo un accidente hace unos meses —susurra Sandra y se vuelve hacia su amiga—. He oído que se ha casado.

—¡No! ¿Dónde está su esposa? ¿Cómo es ella? ¿Es rusa?

Me llevo la copa a los labios para ocultar mi sonrisa y sigo escuchando.

—No la he visto. Probablemente sea alta y rubia platino. Ese es su tipo —dice Sandra.

—Bueno, debe ser una arpía si tuvo agallas para casarse con él.

—Oh, ella es una arpía, créeme —digo.

Las dos mujeres se giran para mirarme con los ojos muy abiertos.

—¿Conoces a la mujer de Petrov? —Sandra se inclina sobre la mesa, básicamente empujando su cara hacia la mía.

—Sí. —Asiento y doy un sorbo a mi bebida—. Está un poco loca de la cabeza.

—Bueno, debe serlo si se casó con él. Nadie en su sano juicio se casaría con el Pakhan de la mafia rusa. —Ella lanza otra mirada a Roman—. Escuché a Dushku decir que casi le cortó el cuello a Tanush durante la cena del mes pasado.

Estoy disfrutando bastante de la situación cuando Roman me arruina la diversión. Gira la cabeza y me mira directamente, con una inclinación apenas visible en los labios. Levanto la mano y le soplo un beso. Roman me lanza una mirada muy ardiente y luego vuelve a su conversación. Me vuelvo para encontrar a las dos mujeres mirándome con horror en sus rostros.

—Esa es el mío. —Sonrío—. Soy Nina Petrova. La arpía.

Ambas sonríen, se excusan rápidamente y se van en segundos. Cojo mi copa, bebo otro sorbo de vino y sigo observando a la gente.

Una mujer se acerca al grupo de Roman y se une a la conversación. Al principio no le presto mucha atención, pero unos minutos más tarde me doy cuenta que se acerca discretamente a Roman y le pregunta algo, con una sonrisa en su rostro. Es de una belleza clásica, con el cabello moreno recogido en un moño en la nuca. Lleva un vestido largo, color beige pegado al cuerpo. Su cabeza llega a los hombros a Roman, lo que la sitúa al menos una cabeza más alta que yo. Se ríe de algo y mueve las pestañas. No me gusta cómo mira a Roman. Él no le presta atención en absoluto, pero aun así... Me pregunto si debería ir allí y mandarla a paseo. Tal vez no.

Cruzo las piernas, asegurándome que la hendidura de mi vestido las deje al descubierto, y me siento más cómodamente en la silla. Roman mira en mi dirección y le envío la pequeña sonrisa secreta que me gusta darle antes de arrastrarlo a la cama. Sus ojos se entrecierran. La mujer le está diciendo algo, pero sostengo su mirada y levanto la mano para pasarme un dedo por los labios. Ladeo un poco la cabeza, dejo que el dedo se deslice lentamente por la barbilla y el cuello y se detenga en el borde de mi escotado vestido. Roman sigue la trayectoria de mi dedo y, cuando sus ojos vuelven a los míos, sonrío ampliamente.

Dice algo a la gente que lo rodea y se pone en marcha en mi dirección, sin apartar ni una sola vez su mirada de la mía.



—¿Llamó, Sra. Petrov? —Sus labios se levantan en las esquinas.

Me levanto, pongo mi mano en su pecho y lo miro.

—No eres el único que es territorial en esta relación, Pakhan.

—¿Celos? ¿De quién, Malysh? Sabes que solo hay una mujer que mis ojos contemplan.

—¿Es así? —Engancho mi dedo en su camisa entre los dos botones y tiro de ella hasta que agacha la cabeza y nuestras narices se tocan.

—¿Asegurando tu reclamo, Nina?

—Naturalmente que sí, Roman —digo y le doy un beso.

—Casa —susurra en mis labios—. Ahora.

Roman

—Te he preparado algo.

Levanto la vista de mi escritorio y encuentro la cabeza de Nina asomando por la puerta.

—¿Lo has quemado?

—Es morozhenoe. —Ella sonríe, viene a colocarse entre mis piernas y llena una cuchara con el helado del bol que tiene en la mano.

La veo levantar la cuchara hacia mi boca, luego me inclino y dejo que me lo introduzca en la boca.

—Igor me ha enseñado algo de ruso —declara.

—No puedo esperar a escuchar lo que has aprendido.

—Hasta ahora hemos abarcado govno, chort vozmi y skotina. Esos son sus favoritos.

—No lo dudo. —Cojo el teléfono y marco a Varya, que responde tras el segundo timbre—. Igor ha estado enseñando a Nina a maldecir. ¿Otra vez tiene ganas de morir?

—Roman. —Nina me agarra de la camisa y busca el teléfono, pero alejo la mano y la beso en su lugar.

—Nadie te enseñará ruso, excepto yo. ¿Entendido?





—Lo tengo, kotik.

Cierro los ojos y sacudo la cabeza.

—No se llama "gatito" a un Pakhan ruso, Nina. Tengo una imagen que mantener aquí.

Entorna los ojos hacia mí, escudriña sus rasgos para encarnar seriedad y me toca la nariz con el dedo.

—Mi kotik mortal. ¿Mejor?

—No.

—No eres divertido. —Envuelve sus manos alrededor de mi cuello—. Vamos a algún sitio a cenar, ¿eh?

—Lo siento, Malysh, tengo que ocuparme de algunos asuntos esta noche. Salimos en veinte minutos, y no sé cuánto tiempo me llevará, pero probablemente debería estar de vuelta a las diez u once.

—Ten cuidado, Roman.

La veo marcharse y pienso en lo extraño que es tener a alguien esperando a que vuelva del trabajo o preocupándose por mi bienestar.

Nina

Roman todavía no ha vuelto. Ajusto más fuerte el jersey y vuelvo a mirar el reloj, probablemente por centésima vez en la última hora. Son las tres y media y no ha llamado ni enviado ningún mensaje. No quise llamarlo y entrometerme en su negocio, así que pregunté a Maxim, que se había quedado en la casa, a eso de la una y luego sobre las tres. No sabía nada.

—Maldita sea, Roman —murmuro para mis adentros, mis ojos clavados en la puerta que veo al otro lado del césped—. No te atrevas a hacer que te maten.

Hacia las cuatro, la verja se desliza hacia un lado y dos vehículos aparcan delante de la casa. Los hombres empiezan a salir, apoyo las manos en la ventana, buscando a Roman. Sale el último, y la forma en que sale del vehículo, dolorosa y lentamente, me indica que esta vez se ha excedido.



—Testarudo, idiota testarudo —murmuro. Una distancia que suele recorrer en segundos ahora le lleva casi cinco minutos.

¿En qué demonios estaba pensando? Warren le dijo que no podía caminar largas distancias durante al menos unas semanas más, y va y se tira una noche entera, menos de una semana después.

En el dormitorio, saco la silla de ruedas de donde la había guardado en el armario y la aparco justo al lado de la puerta. Tiene la estúpida idea de no dejar que sus hombres lo vean nunca más en la silla, así que cruzo los brazos delante de mí y espero.

Diez minutos después, la puerta se abre y él entra cojeando. Mira la silla y luego a mí. Supongo que la expresión de mi cara demuestra lo furiosa que estoy, porque se sienta lentamente y me pasa las muletas.

—Estoy muy enfadada contigo —murmuro entre dientes, apoyo las muletas en la pared y me giro sujetando su rostro entre mis manos—. ¿Qué tan fuerte es el dolor?

Me mira a los ojos, pero no dice nada, solo aprieta los dientes.

—Mierda, cariño. —Me inclino y beso su frente—. Voy a buscar tus analgésicos. ¿Dos?

—Que sean tres.

—Bien. ¿Necesitas ayuda para subir a la cama?

—Si te quitas la ropa y me esperas allí, sería un buen incentivo.

—Esta noche no, así que no te hagas ilusiones. —Rozo su mejilla y me dirijo a la cocina.

Cuando me meto en la cama con Roman treinta minutos después, ya está noqueado por la triple dosis de analgésicos. Aprovecho para vigilarlo. Suele levantarse antes que yo, así que no tengo la oportunidad de pillarlo desprevenido. Muevo unos mechones de cabello, caídos sobre su frente y trazo la línea de sus cejas, nariz y barbilla con el dedo, admirando sus duros rasgos. Dios, esta noche estaba muerta de miedo. Sin una palabra suya, temía que algo malo sucediera.

Mañana tendremos que hablar seriamente de ese tema. No creo que lo haya hecho a propósito, tengo la sensación que Roman simplemente no está acostumbrado a que la gente se preocupe por su bienestar. Nunca habla de su infancia, y sospecho que no fue fácil. Hay muchas cosas que todavía no sé sobre él. Rara vez comparte detalles sobre sus negocios, y creo que está tratando de protegerme de ese aspecto de su vida. Pero no

soy estúpida. A los ojos del mundo, mi marido es un mal tipo. A mis ojos, sin embargo, solo es Roman. El resto me importa una mierda, y ese hecho también me asusta un poco.

Capítulo 16

Nina

—Podríamos habernos quedado en casa. —Me recojo la falda y cojo la mano de Roman para salir del vehículo.

—Te debía una cena.

—Deberíamos haber vuelto a casa después del restaurante. El club podría haberse dejado para otro momento.

—De todos modos, tengo algunos asuntos con Pavel aquí, no nos quedaremos mucho tiempo.

Podría haber hablado de negocios con Pavel en la casa, lo hace por mí. Ayer solo mencioné el club de pasada, diciendo que me lo había pasado muy bien y que me gustaría volver a ir alguna vez. No esperaba que fuera al día siguiente, maldita sea. Tuvo que pasar todo el día en la silla de ruedas después de la maniobra que hizo, y odio que se esté presionando por mi culpa. Sin embargo, no hay discusión con Roman cuando se le mete algo en esa espesa cabeza que tiene.

Llegamos más tarde que en nuestra última visita, así que el club ya está lleno. Hay que maniobrar mucho para atravesar la primera sala, incluso con Iván a la cabeza. Una vez sentados, el camarero nos trae las bebidas. Me apoyo en Roman y me giro para decirle algo cuando me doy cuenta que hay un hombre alto y rubio al otro lado de la sala. Está de pie, de espaldas a mí, charlando con otros chicos. Siento que la mano de Roman me rodea la cintura y me pregunta algo. No escucho las palabras, mi atención se centra en el chico rubio. Cuanto más lo miro, más superficial se vuelve mi respiración. Alguien lo llama. Se gira y parece que sus movimientos son a cámara lenta. Entonces, finalmente veo su cara. Levanta la vista, nuestras miradas chocan y dejo de respirar.

Roman

Siento que Nina se pone rígida a mi lado. Dura unos segundos, y luego la mano que puso en mi muslo empieza a temblar.

—¿Malysh? ¿Qué pasa?

No reacciona. Es como si no me hubiera escuchado. Se limita a mirar fijamente a la multitud. Sigo su mirada, intentando ver qué puede haberla asustado, pero no encuentro nada fuera de lo normal. La gente bebe y habla, y no hay nada que destaque, excepto un hombre cerca de la salida, que mira en nuestra dirección. No me gusta que otros hombres miren a mi mujer, pero es algo habitual. Nina tiene una belleza exótica que atrae la atención. Sin embargo, la forma en que este hombre la mira, va más allá del interés ordinario, una mezcla de reconocimiento y malicia. Es casi de mi estatura, así que combinado con la forma horrorizada en que Nina lo mira, las piezas del rompecabezas encajan. Tratando de controlar mi rabia, tomo la barbilla de Nina y giro su cabeza para que me mire.

—¿Es el hombre que te hizo daño, Milaya?

Me mira a los ojos sin parpadear, con los labios apretados en una línea dura.

—Es él, ¿no? Lo pagará, Malysh. Lo pagará muy caro. Me aseguraré de ello —susurro y me giro para coger mis muletas.

Nina me agarra del brazo.

—No. Prometiste que no matarías a nadie por mi culpa.

Nunca prometí tal cosa, pero su voz es tan pequeña y molesta que no quiero angustiarla más. Me ocuparé del bastardo más tarde.

—¡Iván! —Ladro y espero a que se acerque—. ¿Ves a ese hijo de puta? Allí, debajo de la señal de salida. Rubio, con barba, alto. Quiero que lo echen de mi club, y que los porteros sepan que no se le debe dejar entrar, nunca más.

—Sí, Pakhan —dice, y siento que el cuerpo de Nina se relaja ligeramente a mi lado.

—Bien. —Rodeo su espalda con mi brazo, me giro hacia Iván y añado en ruso—. Embolsarlo y esperar mi llamada.

Iván me mira, dejo ver lo que he omitido expresar, escrito en mi rostro. Asiente, se gira y se dirige a la pista de baile.

Sujeto a Nina junto a mí mientras Iván y uno de los porteros zarandean al bastardo. Cuando me seguro que se han ido, la llevo fuera de la discoteca. Permanece en silencio durante todo el trayecto a casa y, cuando llegamos, se va directamente a la cama.

—Todo va a salir bien —le susurro al oído cuando me reúno con ella en la cama.

No responde, solo se acurruca a mi lado y entierra su cara en el hueco de mi cuello. Después de una hora, siento que se relaja y su respiración se estabiliza. Espero media hora más, hasta asegurarme que duerme profundamente, me levanto y salgo de la habitación.

—¿Dónde está? —pregunto en cuanto Iván coge la llamada.

—Pavel lo tiene en su maletero.

—Llévalo al sótano. —Dejo el teléfono en la mesa del comedor y salgo de la suite.

Bajar las estrechas escaleras del sótano con muletas es una barbaridad, pero me las apaño y cruzo el corto pasillo que lleva a la habitación trasera. Dentro, el bastardo está atado a una silla sobre el desagüe, con la boca amordazada.

—Quítale la camisa —le digo a Iván, expectante en un rincón, y me vuelvo hacia la mesa junto a la pared para inspeccionar el surtido de cuchillos y otras herramientas.

—¿Pakhan? ¿Quieres que llame a Mikhail?

—No. —Tomo uno de los cuchillos de Mikhail y sonrío—. Este es mío.

Nina

La calle que tengo delante está a oscuras, pero sigo corriendo. El sonido de mis pisadas resuena en los adoquines que recubren el suelo. Aunque me empujo con todas mis fuerzas, siento que piso el barro, mis piernas

pesan y son lentas. Una figura de hombre aparece por la esquina, me agarra por el cuello y empieza a estrangularme.

Me despierto con un sobresalto y me siento en la cama, jadeando con fuerza. La lámpara de la esquina está encendida y la cama a mi lado está vacía. Cojo el teléfono de la mesilla y miro la hora. Las cuatro y media.

—¿Roman? —llamo. Nada más que el silencio me responde.

Una especie de temor enfermizo se instala en mi estómago. Salto de la cama y corro, esperando encontrar a Roman en la cocina. No está allí, y me quedo de pie en medio de la habitación. ¿Tuvo algún tipo de emergencia de negocios? Pero entonces, mis ojos se posan en su teléfono, situado en la esquina de la mesa del comedor. Es imposible que se haya dejado el teléfono.

Recorro el largo pasillo con los pies descalzos y abro la puerta del gimnasio. Las luces están apagadas, así que bajo a comprobar el despacho de Roman. No está allí, y toda la casa está en silencio. Cierro la puerta de su despacho y me dirijo a la cocina principal cuando mis ojos se topan con la puerta que da acceso al sótano. Nunca he visto a nadie entrar, pero algo me impulsa a coger el pomo.

La luz de encima de la escalera está encendida y oigo la voz de Roman a lo lejos, mezclada con unos extraños sonidos como el raspado de madera. La puerta debe de estar insonorizada porque no oigo nada del exterior. Despacio, desciendo las escaleras y me encuentro en una habitación desnuda con estanterías metálicas en las paredes. Los sonidos son más fuertes aquí. La voz de Roman procede de la puerta del otro lado, dejada ligeramente entreabierta, pero no puedo descifrar lo que se dice porque es ruso.

No quiero ver lo que pasa detrás de esa puerta, porque en el fondo sé lo que voy a encontrar dentro. Pero mis pies siguen guiándome hacia adelante. Pongo la palma de la mano en la superficie de madera y empujo.

Brian está sentado en una silla en medio del suelo de baldosas, con los pies y las muñecas atados a ella. En el suelo, junto a sus pies, varios dedos cortados yacen esparcidos en un enorme charco de sangre. Roman está de pie frente a él, apoyándose en una muleta con la mano izquierda, y con la derecha sostiene un cuchillo que se ha clavado en el estómago de Brian hasta la empuñadura. Le ladra algo y empieza a girar el cuchillo. Miro con horror la sangre que brota de la herida.

Un sonido extraño y ahogado sale de mis labios, y me agarro a la puerta de al lado mientras mi visión empieza a ser borrosa. Roman se gira bruscamente, con los ojos muy abiertos. Da un paso hacia mí, y empiezo a retroceder, mirando sus manos cubiertas de sangre. Cuando Roman da otro paso en mi dirección, me doy la vuelta y corro. No recuerdo haber salido del sótano ni haber subido la gran escalera. Cuando llego a la suite, atravieso a trompicones mi habitación hasta llegar al baño, cerrando la puerta tras de mí. Respiro con fuerza y me lanzo al inodoro a vomitar.

Todavía me estoy aferrando a los lados del inodoro cuando escucho que llaman a la puerta.

—Vete —me atraganté.

—Nina, yo...

—VETE. —grito y vuelvo a vomitar.

* * *

Estoy sentada en el suelo, junto al lavabo, cuando se acercan unos pasos y la voz de Varya me llama desde el otro lado de la puerta. Ha pasado una hora más o menos desde que vomité la última vez, así que me levanto lentamente y me inclino sobre el lavabo. Después de echarme un poco de agua fría en la cara, abro la puerta.

—Querida niña —dice Varya y se acerca a mí, pero doy un paso atrás.

—Necesito que llames un taxi. Por favor.

—No te vayas. Lo destruirá, Nina. Por favor, deja que se explique.

—Taxi —digo con rudeza—. O me voy a pie.

Varya me mira con tristeza y asiente. Veo que se le escapa una lágrima y rueda por su mejilla antes de coger su teléfono.

Roman

Llaman a la puerta, pero me quedo sentado en el sillón frente a la ventana y observo el coche amarillo, parado en la entrada.

—Pakhan.

—¿Sí, Dimitri?

—Hay un taxi esperando en la puerta. Varya dice que Nina Petrova se va.

—Lo hace.

—¿Debo detenerla?

Lo pienso, y luego sacudo la cabeza.

—No. Envía a dos hombres a seguirla discretamente. Que me llamen cuando llegue a su destino.

—¿Quieres que se queden allí o que vuelvan aquí?

—Se quedarán. Quiero dos hombres sobre ella constantemente. Organiza los turnos. Diles que se aseguren de estar fuera de su vista.

—¿Algo más?

—Eso es todo por ahora.

Unos minutos más tarde, Nina baja a toda prisa las escaleras y sube al taxi. Lleva unos vaqueros y su vieja sudadera con capucha, y una pequeña maleta. La observo, esperando que se dé la vuelta y vuelva a entrar. No lo hace. El taxi se va.

Agarro la botella de cristal de whisky, me sirvo tres dedos y luego lanzo la botella al otro lado de la habitación, donde se hace añicos contra la pared.

Capítulo 17

Roman

Han pasado cuatro días desde que Nina se fue, y poco a poco estoy perdiendo la cabeza. Los hombres que trabajan como su equipo de seguridad han estado comprobando al final de cada turno, poniéndome al día sobre ella. No significa nada más que hacerme saber que está bien. La quiero aquí, maldita sea.

Al principio, pensé que se iría a casa de sus padres, pasaría la noche y volvería por la mañana. Pero cuando los muchachos me notificaron que había vuelto a su casa, supe que no volvería al día siguiente. Esperaba que me llamara, tal vez en uno o dos días más. No ha llamado. No quiero llamarla yo hasta saber que está dispuesta a hablar.

La he cagado. Lo supe en el momento en que la vi de pie en la puerta del sótano, con una expresión de horror y conmoción en su rostro, pero no esperaba que se fuera.

No aguanto más la espera, así que cojo el teléfono de mi mesa y la llamo. Corta la llamada al segundo timbre sin contestar. Vuelvo a llamar, pero lo único que obtengo es una respuesta cortante.

—Hemos terminado, Roman.

Ella no puede hacer esto. No lo permitiré. Cojo mis muletas y me dirijo a la puerta.

—A casa de Nina —le ladro a Kolya y me meto en el coche.

Cuando llegamos al edificio de Nina, cojo el teléfono y le mando un mensaje.

Estoy fuera.

Miro fijamente el teléfono en mi mano, esperando que suene. No lo hace. En su lugar, llega un mensaje.



HEMOS. TERMINADO.

VETE.

¿Qué coño se supone que debo hacer con esto? ¿Debería ir, derribar su puerta y hacer que me escuche? ¿Y qué voy a decir? No hay manera de retractarse de lo que hice.

Me quedo en el coche frente a su edificio. Bien entrada la noche, finalmente le digo a Kolya que me lleve a casa. Es demasiado pronto. Le doy unos días más para que se calme. Entonces hablaremos.

* * *

Dos días después, llega un paquete. Es una cosa grande y rectangular envuelta en papel marrón, y tiene mi nombre escrito con la desordenada letra de Nina. Lo coloco en mi escritorio, trazo las letras que ella escribió con el dedo y empiezo a romper el papel.

Es un cuadro.

Una mujer desnuda está arrodillada en medio de un campo de escombros y cenizas, con la espalda arqueada hacia atrás y los brazos ligeramente levantados hacia un cielo tormentoso. Su cabello negro fluye con el viento y parte de él le cubre el rostro. Tiene una larga lanza negra clavada en medio del pecho y una gruesa capa de pintura roja recorre su cuerpo desnudo. En el otro extremo de la lanza, un buitre solitario está posado, como si esperara.

El autorretrato que me prometió.

Me levanto y contemplo el césped más allá de la ventana hasta que se pone el sol, y luego vuelvo al escritorio. Coloco los codos sobre la superficie de madera, entierro mis manos en mi cabello y miro el cuadro, fijándome en los pequeños detalles que no vi la primera vez. La forma en que las venas del cuello de la mujer resaltan como si se esforzara. Las lágrimas rojas cayendo por sus mejillas. Las grietas negras en la piel de su pecho, donde la lanza la atravesó, más gruesas alrededor de la herida y más finas a medida que se desprenden, como si su cuerpo hubiera empezado a romperse.

No va a volver.



Capítulo 18

Nina

Me siento en la mesa del comedor, coloco la carpeta manila en la superficie frente a mí y me limito a mirarla. Pasan veinte minutos antes de reunir el valor para abrir la carpeta y sacar los papeles. Cojo un bolígrafo de la taza, coloco su punta al principio de la línea de puntos en la esquina inferior izquierda y empiezo a firmar con mi nombre. Se me nubla la vista y se me saltan las lágrimas, cayendo sobre el papel y manchando la tinta. Mierda.

Arrugo el documento estropeado, cojo otra copia de la carpeta y vuelvo a empezar. En algún momento de la tercera página, mi mano empieza a temblar, pero sigo firmando. En la quinta, me derrumbo y empiezo a sollozar. Ya ni siquiera puedo ver el maldito papel, así que me levanto y salgo de la cocina para calmarme. Tardo más de dos horas en firmar las tres copias de los papeles del divorcio. Luego, los meto en un sobre grande, escribo la dirección de Roman y llamo al mensajero.

Roman

—Esto acaba de llegar. —Varya me entrega un gran sobre blanco—. Es de Nina.

Rompo el lateral del sobre, saco una carpeta con un conjunto de papeles en su interior y la coloco sobre mi mesa sin abrirla.

—Más vale que esto no sea lo que creo que es —digo con los dientes apretados, abro la carpeta y miro fijamente el primer documento.



—¿Roman? ¿Qué sucede? —pregunta Varya, rodeando la mesa para ponerse a mi lado.

—Quiere el divorcio. —Agarro el escritorio y lanzo la maldita cosa hacia el centro de la habitación, donde aterriza boca abajo, haciendo volar el portátil y los papeles—. ¡No va a conseguir el puto divorcio! —grito.

Nina

Los papeles vuelven dos días después. De pie en la puerta, rompo el sobre, saco los papeles y miro fijamente la línea de la esquina derecha donde está impreso el nombre de Roman. Encima, en la línea de puntos donde debería estar su firma, hay un gran "No" escrito en tinta roja. Paso la página. El mismo gran "No" rojo en esta. Y en la siguiente. Y en la siguiente.

—Maldito seas, Roman.

Cojo el teléfono y llamo a mi abogado.

—Necesito más copias de los papeles del divorcio.

Vuelvo a enviar los papeles el mismo día. Me los devuelven un día después, pero en lugar de su firma, todas las esquinas inferiores de la derecha están quemadas.

La siguiente vez que recibo el sobre de vuelta, no hay papeles dentro. En su lugar, hay un montón de cenizas blancas.

Quiero gritar y reír al mismo tiempo, pero acabo llorando de nuevo. A la mañana siguiente, decido que ya es suficiente, cojo el teléfono y lo llamo. Contesta al primer timbrazo.

—Nina. Recibiste mi respuesta, supongo.

El mero hecho de escuchar su voz me hace llorar, pero me reafirmo y hago lo posible por parecer normal.

—Necesito que firmes los papeles del divorcio.

—No.

—Roman, por favor.

—No te voy a dar el puto divorcio —me grita al teléfono—. Me dejaste, y esa fue tu elección. Esta es la mía.



—¿Quieres saber lo que quiero Roman? ¿Acaso te importa?

Suspira.

—¿Qué es lo que quieres, Nina?

—Quiero al menos una vida remotamente normal, Roman. Quiero a alguien que no decida jugar a ser Dios y servir a su propia justicia, matando a la gente que no le gusta. No quiero ser testigo de eso. Brian era un bastardo, pero no quería que lo mataran por mi culpa. Nunca quise eso en mi conciencia. Te pedí y rogué que lo dejaras estar. Y lo destripaste como a un cerdo. Todavía tengo pesadillas sobre esa noche, Roman.

Respiro profundamente antes de continuar.

—No puedo vivir en tu mundo, Roman, donde me cago de miedo cada vez que vas a arreglar algún trato o lo que sea. Pensé que podía, pero no puedo. ¿Tienes idea de lo que me supuso, sentarme en la ventana toda la noche mientras estabas fuera por negocios? Te imaginé en una zanja en algún lugar, y esperé a que te trajeran de vuelta, ya sea herido o muerto. Pero, sobre todo, no puedo vivir con la posibilidad que algún día decidas destripar a otra persona solo porque me miró de forma extraña, o lo que sea. ¡No puedo! Me está destrozando por dentro. Lo que le hiciste a Brian, me está carcomiendo. Esta culpa, saber que alguien está muerto por mi culpa. No puedo comer. No puedo dormir. Sigo viendo su cuerpo cubierto de sangre, trozos de sus dedos en el suelo. Dios, Roman... No puedo dejar de ver toda esa sangre en tus manos.

Estoy sollozando tanto al final que no estoy segura que haya entendido ni la mitad de lo que he dicho.

—¿Entiendes, Roman?

Solo hay silencio al otro lado de la línea, y empiezo a preguntarme si ha cortado la conexión cuando por fin escucho su voz.

—Sí. Entiendo —dice, y la línea se corta.

Un día después, llega otro sobre. Lo abro y reviso los papeles. Ha firmado. Miro su firma y me duele tanto que, al principio, ni siquiera veo la nota escrita en la parte superior de la página.

Si alguna vez me necesitas, ya sabes mi número. Si no quieres tener nada que ver conmigo, llama a Maxim o a Dimitri. Les he dado instrucciones para que, en caso que alguna vez llames, hagan lo que les pidas y no lo compartan conmigo. Por favor, llama a Varya de vez en cuando. Te echa de menos. Cuídate, Malysh.

Aprieto la nota contra mi pecho mientras mi corazón se rompe en un millón de pedacitos.

Capítulo 19

Roman

Dos semanas después

Me inclino hacia atrás y miro a Maxim mientras se acerca a mi escritorio.

—Te escucho —digo.

—El próximo envío está previsto que llegue mañana por la noche.

—¿Cuántas cajas?

—Once. Es lo mejor que pudimos hacer con tan poca antelación.

—Asegúrate de revisar cada arma. No quiero percances el sábado. ¿Los italianos no sospechan nada?

—No.

—Bien. Asegúrate de rotar a los hombres con frecuencia durante los próximos días. ¿Cuál es el plan de asalto?

—Dos equipos. Seis soldados de a pie cada uno. Dimitri y Anton irán con el primer equipo. Mikhail y Yuri con el segundo.

—Deja a Mikhail fuera. —Sacudo la cabeza—. No quiero arriesgarme a que le disparen, Lena lo necesita. Envía a Sergei en su lugar.

—No creo que sea una buena idea. El comportamiento de Sergei se ha vuelto más errático recientemente. No seguirá las órdenes de Yuri.

—Por supuesto, no lo hará. —Maldigo y tiro el documento que he estado leyendo—. Iré con Sergei. De todos modos, Yuri no sabe disparar.

Maxim me mira como si me hubiera vuelto loco. Tal vez lo esté.

—Por encima de mi cadáver, Roman.

—No cabe discutir. Soy el único que puede asegurarse que Sergei se comporte.

Me mira con la mandíbula rígida, se quita las gafas y me apunta con rabia.

—No puedes caminar, joder.

—Tal vez no pueda caminar, pero aparte de Sergei, sigo siendo el mejor tirador de la Bratva.

—No lo permitiré, Roman. Es un suicidio.

—¿Oh? ¿Entonces vamos a darle a una persona mentalmente inestable un arma y un montón de explosivos, y enviarlo al campo sin supervisión? Sergei es capaz de aniquilar una manzana entera en menos de una hora.

—Bueno, entonces no enviaremos a Sergei. Lo sacaste del trabajo de campo por una razón.

—Es una ocasión especial. Con supervisión, tener a Sergei en el campo es como tener un batallón de asalto de un solo hombre. Necesito a Mikhail o a Sergei el sábado. Y Mikhail se mantiene al margen.

Maxim no comenta nada, solo sacude la cabeza y oprime sus sienes.

—Nunca viste a Sergei en el campo. —Me reclino en mi silla mientras una sonrisa serena se extiende por mi rostro—. Es una verdadera pasada. ¿Sabes que una vez despejó un almacén enemigo él solo? Catorce personas. Y solo le dispararon una vez.

—No es de extrañar que estéis emparentados por sangre —Maxim suspira—. Los dos estáis completamente locos.

—Bueno, entonces está decidido. —Me inclino hacia delante para cerrar el portátil—. ¿Qué pasa con ella?

—Va a hacer una exposición el mes que viene. Iván vio el cartel.

—¿Solo la muestra, o una exposición comercial?

—Lo comprobaré.

—Si es comercial, llama a la galería por adelantado y cómpralo todo. —Levanto la vista—. De forma anónima. ¿Algo más?

Lo noto tenso y miro a un lado.

—¿Algo más, Maxim?

—Se ha cambió el cabello.

—¿Lo ha cortado?

—No. Solo lo ha teñido.

—¿Rubia?

—No. Es... ...es púrpura.

Se ha teñido el cabello de morado. No puedo evitar sonreír un poco.

—Eso es todo, Maxim.

Capítulo 20

Nina

Un mes después

Diferentes tonos de negro y gris, y nada más. Tomo un poco de la pintura amarilla de mi pincel y trato de añadir algunas pinceladas sobre las formas oscuras de mi lienzo, pero solo acaba manchado con la capa anterior de negro. Refleja un poco mi estado de ánimo de las últimas semanas. Sombras de negro, y cada intento de añadir un poco de color acaba siendo una casualidad.

Dejo secar el lienzo y voy al baño. Las capas anteriores deberían estar secas mañana por la tarde y lo volveré a intentar. Me pregunto cuándo podré procesar algo más que tonos de gris. Desde luego, no será mañana.

Tres tubos de tinte para el cabello estaban esparcidos junto al lavabo. Ya probé el morado y me duró dos semanas antes que se desvaneciera. Qué oportuno. Cojo el segundo tubo. Quizá el azul dure más.

Tardo dos horas en terminar de peinarme y ducharme, y son casi las seis de la mañana cuando por fin entro en mi dormitorio. El sol ya ha comenzado a salir, así que corro las pesadas cortinas sobre la ventana y me meto en la cama. Todavía no puedo dormir durante la noche, así que cambié y empecé a acostarme temprano por la mañana y a trabajar durante la noche. En cuanto cerraba los ojos, veía a Roman girando el cuchillo de nuevo, sus manos cubiertas de sangre. Esa escena era mucho más fácil de tratar durante el día.



Esa fase pasó al cabo de un mes, y ahora lo único que veo en mis sueños es a Roman. Desgraciadamente, nada hace más fácil lidiar con esta nueva visión, ni de día ni de noche. A veces, cuando me resulta especialmente difícil dormir, cierro los ojos y finjo que está a mi lado.

Tal vez debería marcharme, hacer una maleta y coger el primer tren a donde sea, cambiar en un punto aleatorio, hasta estar en algún lugar lejano. Podría encontrar un trabajo en una granja o algo así, limpiando mierda de caballo, y pintar en mi tiempo libre. O podría empezar a usar mierda de caballo en lugar de pintura. Empezar una nueva ola artística. Sí, lo consideraré.

Roman

Maxim entra en mi cocina y se queda de pie junto a la isla, con las manos unidas a la espalda. Observa al médico trabajando en mi brazo.

—Los italianos manipularon uno de nuestros almacenes —dice.

—¿Daños?

—Solo el edificio, nada que no pueda ser reparado.

—¿Alguien está herido?

—Era uno de los almacenes vacíos, por lo que no había ningún equipo de seguridad asignado allí.

Deja que los italianos quemen un almacén vacío. Idiotas.

—Asegúrate de duplicar los hombres sobre los que tienen el producto.

—Ya está hecho.

Le doy las gracias al doctor, me levanto y voy hacia la ventana que da al patio.

—¿Qué ha estado haciendo?

—Se ha vuelto a cambiar el cabello. Ahora es azul.

—¿Algún... hombre?

—Nadie, por lo que pudimos ver.

—Cuando un hombre entre en escena, y finalmente sucederá, asegúrate que nunca me entere, Maxim.



Capítulo 21

Roman

Un mes después

—Iván llamó. —Escucho la voz de Maxim en mi auricular—. Dos coches acaban de pasar por delante de ellos y se dirigen hacia ti. Vete a la mierda de allí.

Maldigo.

—Sergei sigue dentro —digo, revisando mi arma, y enfoco mi mirada en la parte trasera del almacén de los italianos.

—Estarán allí en menos de cinco minutos, Roman.

—No lo voy a dejar.

—¡Te dije que llevaras más hombres contigo! Maldita sea, Roman, nunca escuchas.

—Debería haber estado solo dos tipos de seguridad. Tal vez alguien les avisó. Nos iremos tan pronto como Sergei salga.

Me vuelvo hacia Anton, que está sentado en el asiento del conductor, y le hago un gesto con la cabeza hacia la puerta trasera del otro lado del almacén, a unos quince metros de distancia.

Tan pronto veas a Sergei, pisa el acelerador. Vamos a tener compañía.

Dos minutos después, oigo los vehículos acercarse por la derecha, y al momento siguiente, la puerta de la parte trasera del almacén se abre y Sergei sale corriendo.

—¡Vamos! —ladro.



Anton arranca el coche y se dirige a toda velocidad hacia Sergei. Abro la ventanilla, apunto a uno de los vehículos acercándose por el camino lateral y comienzo a disparar. El primer coche se desvía, el conductor probablemente perdió el control después que una bala golpeara un neumático, y se estrella contra un árbol. El segundo coche lo rebasa y acelera hacia nosotros. Disparo dos veces más y Anton pisa el freno de golpe. Se oye el sonido de una puerta abrirse y Sergei entra de un salto.

—Estáis de fiesta sin mí —dice y se ríe. Maníaco.

—Conduce. —grito a Anton, cambio el cargador y vuelvo a disparar a los italianos que acaban de detenerse a seis metros de nosotros y tratan de salir de su vehículo. Consigo acertar a las dos ruedas delanteras antes que nuestro coche se desplace hacia delante.

—Dispárales —digo por encima del hombro, mis ojos todavía puestos en el coche de los italianos.

—Seguro. —Oigo a Sergei decir a mi espalda. Un segundo después, escucho la explosión.

Miro el espejo retrovisor y veo la parte oeste del almacén derrumbándose.

—Hazle saber a Maxim que hemos salido —le digo a Anton, y me dirijo a Sergei—. ¿Hubo algún problema?

—Aparte que me quitaste la mayoría de mis cosas, no.

—Solo quería que se destruyera su edificio. Trajiste suficiente explosivo para volar medio continente. —Sacudo la cabeza. Maxim tenía razón. Es completamente inestable.

Nina

Abro la puerta y miro fijamente a mi madre.

—¿Qué haces aquí?

—Hace semanas que no contestas al teléfono. Estaba preocupada.

Me hago a un lado para dejarla entrar, cierro la puerta y me dirijo a mi salón.

—Te envié un mensaje ayer.



—Sí, tu "estoy bien, deja de llamar" no me convenció. ¿Cómo te sientes?

—Como un choque de trenes. —Me encojo de hombros, cojo el pincel y sigo trabajando en mi cuadro.

—Te ves horrible, Nina.

—Gracias, mamá.

Por el rabillo del ojo, la veo entrar en la habitación y darse la vuelta lentamente, mirando los cuadros que tengo alineados en las paredes.

—Sueles añadir algún color brillante. Todos esos son grises y negros lisos —dice.

—¿Cómo lo sabes? Nunca te interesó mi arte.

No responde, pero viene a ponerse a mi lado y me observa pintar durante unos instantes.

—Tengo el de la chica con vestido verde. Lo colgamos en el salón.

Mi pincel sobre el lienzo se queda quieto.

—Pensé que ese se había vendido con los otros, a un comprador anónimo. ¿Los devolvieron?

—No. Me lo regaló.

Levanto la vista hacia ella.

—¿Él?

—Tu marido. Él es el que compró los cuadros.

Respiro profundamente y me vuelvo hacia mi lienzo.

—Ya no es mi marido.

Intento reanudar mi trabajo, pero me tiembla la mano que sostiene el pincel, así que lo dejo en el suelo y me quedo mirando la figura negra inacabada que tengo delante. Mi madre me sujeta por el hombro y me gira hacia ella.

—¿Qué sucedió entre ambos, cariño? Creía que ibais a seguir juntos

—Lo encontré destripando a Brian —digo—. Después que le cortara la mayoría de los dedos.

—¿Lo mató?

—Sí.

Se queda en silencio un momento y luego sacude la cabeza.

—Te ama.

Siento que las lágrimas empiezan a acumularse en mis ojos.

—Sí, lo hace. Pero a veces el amor no es suficiente.

—Sabías quién era, Nina, y, aun así, te enamoraste de él. ¿No puedes perdonarlo?

—Lo haría de nuevo, mamá. No puedo vivir con otra muerte en mi conciencia. Esta ya es demasiado. ¿Eso me convierte en una hipócrita? ¿Que nunca me molestó lo que hizo o a quién mató antes?

—Así es como funciona su mundo. Pero no el tuyo.

Me giro hacia el lienzo y vuelvo a coger el pincel.

—Tengo que terminar este para mañana.

—De acuerdo, cariño. Te dejaré trabajar. —Alarga la mano y me roza ligeramente el dorso de la palma—. Por favor, contesta cuando te llame.

Oigo los pasos de mi madre alejándose y luego se detienen. Me giro y la veo de pie en la puerta, con la cabeza ligeramente inclinada.

—Me equivoqué con tu marido —dice, luego levanta la cabeza y nuestras miradas se conectan. Hay una mirada extraña en su rostro. Estoy completamente confundida por sus palabras, y por toda esta visita en general.

—Tu padre nunca mataría a un hombre por mi causa, lo sabes.

—Bueno, eso es algo bueno, mamá.

—No, cariño. No lo es —dice y sale del apartamento.

Capítulo 22

Nina

Una semana después

Mi teléfono empieza a sonar en la mesita de noche, pero lo ignoro y me pongo una almohada sobre la cabeza. El timbre se detiene, pero vuelve a sonar un minuto después. Gruño, cojo el maldito aparato y contesto sin mirar quién llama.

—¿Te he despertado, niña?

Me siento en la cama, despierto al instante.

—¿Varya?

—Necesito hablar contigo. ¿Puedo pasarme?

—Claro, te mandaré un mensaje con la dirección.

—Estaré allí en una hora entonces.

—Varya, ¿qué está pasando? Es... ¿está bien?

—Sí. Por ahora, al menos. Hablaremos cuando llegue allí.

Un mal presentimiento se forma en mi pecho mientras miro fijamente mi teléfono. Algo va mal, lo sé. Me apresuro a entrar en el baño para ducharme y cambiarme. Estoy recogiendo los pinceles y los bocetos desechados que ensucian el suelo de mi salón cuando oigo el timbre de la puerta.

—¿Qué diablos ha hecho ahora? —pregunto en el momento en que Varya entra.

—Me gusta tu cabello, kukolka. El verde te queda bien. —Me besa y sonríe, pero no llega a sus ojos—. Vamos a sentarnos.

La dirijo a la cocina, nos sirvo dos tazas de café que he preparado antes y me siento en la silla frente a Varya. Ella desliza la taza hacia sí y la sostiene en sus manos, mirando el líquido que hay dentro.

—¿Puedes volver, por favor?

Su pregunta me deja atónita y, por un segundo, la miro sin palabras.

—No voy a volver. Nos divorciamos hace tres meses, lo sabes.

—Roman comenzó una guerra con los italianos. Lo hizo a propósito. Llevan meses jugando al gato y al ratón, atacando los envíos del otro, volando almacenes.

—Dios mío. ¿En qué demonios estaba pensando?

—No lo hacía. Creo que quería una distracción, y los italianos eran una opción conveniente.

—Un infierno de distracción. ¿Se ha vuelto loco?

—Tal vez. —Se encoge de hombros y toma un sorbo de su café—. Yo estaba allí cuando firmó los papeles del divorcio, ya sabes. Creo que hasta ese momento él creía que volverías. Pero después de firmar esos papeles... simplemente se puso furioso. Dos semanas después envió a los chicos a interceptar uno de los envíos de los italianos. Y él fue con ellos.

—¿Qué hizo?

—Dijo que era porque necesitaba vigilar a Sergei, y supuse que era algo de una sola vez. No lo fue.

—Pensé que un Pakhan se supone que maneja la organización, gestiona los negocios o lo que sea, no hace de soldado de a pie.

—No parece importarle, niña. ¿Sabes la importancia que tiene en nuestro mundo que un soldado consiga matar a un Pakhan? El que lo hace se convierte en un héroe entre sus compañeros. Cuando son solo los soldados en el campo, es el negocio como de costumbre, pero con un Pakhan allí, se convierte en el objetivo principal.

—Varya, yo... No sé qué esperas que haga. ¿Llamarlo y pedirle que deje de actuar como un idiota?

—Necesito que vuelvas. Contigo allí, no será tan imprudente. No querrá que te preocupes.



—Es un hombre adulto, Varya. No necesita que yo actúe como su interruptor de apagado.

—Roman te ama, Nina. No creo que sepas cuánto.

—Un hombre murió por mi culpa. Le dije a Roman que no podría vivir con eso, y lo mató de todos modos. Si me amara de verdad, nunca me habría hecho eso.

—¿Sabes cómo se convirtió Roman en Pakhan, niña? —pregunta Varya, y niego con la cabeza—. Deja que te cuente esa historia. Puede que te ayude a entender mejor las cosas.

Mira su taza y empieza a remover el líquido con una cuchara.

—La madre de Roman se casó con su padre cuando solo tenía dieciocho años. Lev era veinte años mayor que ella, y era un hombre realmente malvado, kukolka. Entré en esa casa con Nastya. La conocía desde que era un bebé, y odiaba ver cómo Lev la maltrataba desde que llegó. La golpeaba, incluso mientras estaba embarazada de Roman. Cuando Roman tenía cinco años, empezó a enfrentarse a su padre a propósito para que Lev descargara su ira con él en lugar de con Nastya. Funcionó durante unos meses. Hasta que dejó de hacerlo. Unos días antes del sexto cumpleaños de Roman, Lev golpeó a Nastya con tanta fuerza que cayó por las escaleras. Roman lo vio.

—¿La mató?

—Sí. Se rompió el cuello. Entonces me encargué de cuidar a Roman. Lev se casó de nuevo unos años después, pero Marina se las arregló para huir. No estoy segura lo que pasó con ella, pero nunca supimos nada de ella después de eso.

—¿Crees que también la mató?

—Probablemente. Cuando Roman creció, empecé a trabajar como ama de llaves y me esforcé por mantenerme lo más alejada posible del Pakhan. Me encargaba del personal y no tenía ningún motivo para cruzarme con Lev. Hasta que un día me llamó. Cuando entré en la biblioteca, me agarró por el cuello y me estampó contra la pared, asfixiándome. Estaba furioso porque la asistenta no había cambiado las sábanas esa mañana como él había pedido. Cuando Roman entró, yo ya estaba medio desmayada. Roman lo mató, y si no lo hubiera hecho, Lev me habría ahogado hasta la muerte.



Levanto la vista hacia Varya, que mira fijamente la mano que he levantado en algún momento y que he colocado inconscientemente en mi cuello.

—Todos tenemos algún tipo de detonante, niña. Roman vio a ese hombre como una amenaza para ti, y lo neutralizó. No estoy diciendo que haya hecho lo correcto. Solo estoy tratando de hacerte entender. Él sabe ahora que lo que hizo te hizo daño, y créeme cuando te digo que nunca haría nada intencionadamente que pudiera infligirte algún tipo de dolor. Está locamente enamorado de ti, y creo que cuando te fuiste, se rompió algo en él. Ya no le importa nada. Creo que hace todas esas imprudencias a propósito. Él... le dispararon el mes pasado.

—¿Qué? —susurro, y las lágrimas que he estado manteniendo a raya hasta ahora estallan.

—En la parte superior del brazo. Tuvo suerte, solo lo atravesó, nada serio. Esta vez. Por favor, al menos habla con él. Va a hacer que lo maten, Nina. Es solo cuestión de tiempo.

—Hablaré con él. —Me levanto de la mesa y me apresuro a coger la chaqueta y la cartera, limpiando mis lágrimas con la manga de mi camisa por el camino—. Llamaré a un taxi.

—Vova puede llevarnos. Creo que es su turno —dice Varya despreocupadamente.

—¿Está en algún lugar del vecindario?

—Se podría decir que sí. Está al otro lado de la calle.

Levanto la cabeza para mirarla y luego me dirijo a la ventana y miro hacia afuera. Como ella ha dicho, hay un coche anodino sentado allí.

—¿Me ha puesto una escolta?

—Te ha puesto un equipo de seguridad. Han estado allí durante meses.

—Voy a matarlo.

Cuando salimos del edificio, atravieso la calle hacia el coche y golpeo la ventanilla. Vova levanta la cabeza, me mira con los ojos muy abiertos y baja rápidamente la ventanilla.

—¿Nina Petrova?

Aprieto los dientes, pero no lo corrijo, solo hago un gesto con la cabeza hacia Varya que se acerca.

—Necesitamos que nos lleves.

—Por supuesto. —Desbloquea la puerta y nos metemos en la parte de atrás—. ¿Dónde necesitas ir?

—Voy a hacer una visita al Pakhan —digo y me reclino en el asiento.

* * *

Tardamos cerca de una hora en llegar a la casa. Tan pronto el coche se detiene en la entrada, salgo y subo a toda prisa los escalones de piedra hacia la puerta principal. El vigilante de seguridad me mira con sorpresa, luego asiente y me abre la puerta.

—¿Dónde está, Kolya?

—Creo que Pakhan está en su oficina —dice.

Me apresuro a cruzar el vestíbulo y giro a la izquierda hacia el pasillo del ala oeste que lleva al despacho de Roman. Cuanto más me acerco a su puerta, más se me escapa la arrogancia. Cuando llego a la puerta, soy un manojo de nervios y ansiedad. Voy a verlo de nuevo después de todo este tiempo, y estoy emocionada y asustada a la vez. Quiero entrar, pero al mismo tiempo quiero darme la vuelta y salir corriendo. Ya no hay vuelta atrás, es demasiado tarde.

Pongo la mano en el picaporte, respiro hondo, pongo una máscara inexpresiva y entro sin llamar.

Roman está sentado detrás de su escritorio, mirando entre los papeles que tiene en sus manos y la pantalla del portátil. Dejo que la puerta detrás de mí se cierre, apoyo mi espalda en ella y lo observo durante unos segundos. Dios, le he echado tanto de menos que solo con mirarlo duele.

—He oído que te han disparado —digo, y me sorprende lo despreocupada que consigo sonar; no hay un temblor en mi voz, pero un huracán se desata en mi interior.

Roman levanta la cabeza, su mirada choca con la mía y me mira fijamente con tal fuerza que, si no tuviera la puerta detrás, habría tropezado hacia atrás. En sus ojos ocurren tantas cosas, diferentes emociones que se suceden con tanta rapidez que no puedo captarlas todas. Hay sorpresa, pero está mezclada con dolor y tanta rabia que no puedo evitar estremecerme.

—¿Y eso en qué te afecta, Nina? —Palabras tranquilas y furiosas, cada una de ellas atravesando mi ya destrozado corazón. Me odia.

—Solo quería asegurarme que estás bien.

Se echa hacia atrás en su silla y cruza los brazos delante de él.

—¿Por qué?

¿Por qué? Una pregunta tan sencilla. Y tantas respuestas. Porque temía por él. Porque lo echaba de menos y quería verlo, aunque fuera un minuto. Porque lo amo. Pero en lugar de responder, me quedo parada e intento controlar mi respiración porque, de repente, siento que no hay suficiente aire en la habitación.

Roman se levanta, coge el bastón apoyado en el escritorio y camina hacia mí. Se apoya en el bastón con bastante fuerza, pero sus pasos son seguros y bastante rápidos. Se me escapa una lágrima por el rabillo del ojo. Lo ha hecho, sabía que lo haría.

Llega a situarse frente a mí y levanta la mano para colocarla en la puerta junto a mi cabeza, enjaulándome. Baja la cabeza para que nuestros rostros estén a solo unos centímetros de distancia.

—Te he hecho una pregunta. Necesito una respuesta, Malysh.

La presa estalla al escuchar su apelativo y las lágrimas fluyen libremente por mi cara. Mi labio inferior empieza a temblar, así que me lo muerdo y levanto lentamente mis manos hacia su rostro. Están temblando. Dudo un segundo y luego pongo las palmas en sus mejillas.

—Tú. Te. Fuiste —susurra, y luego golpea la puerta con la palma de la mano—. ¡Me dejaste, joder!

—Lo sé.

Rabia. Tanta rabia en sus ojos cuando me mira, su mandíbula convertida en una línea dura.

—Siento haberte hecho daño —susurra—. Me gustaría poder retroceder en el tiempo y hacer las cosas de otra manera. No puedo, y eso es un hecho. Pero no lamento haber matado a ese bastardo. Ese es otro hecho para ti. Te lo preguntaré de nuevo. ¿Por qué te importa que me hayan disparado?

No puedo apartar la mirada de sus ojos. No se arrepiente de lo que hizo. ¿Puedo vivir con eso?

Roman aprieta la mandíbula, estira la mano y la entierra entre el cabello de mi nuca.

—Contéstame, maldita sea.

—Porque te amo, Roman. —Aprieto las palmas de mis manos en sus mejillas y sacudo su terca cabeza—. Te amo. No puedo soportar la idea que te hagan daño. Acabarás con esta maldita guerra que has empezado, ¿me oyes? No me importa cómo lo hagas, pero acaba con ella, o que Dios me ayude, te mataré yo misma.

No dice nada durante unos instantes, mirándome fijamente a los ojos con sus dedos agarrando mi nuca.

—Cásate conmigo —dice—y detendré la guerra.

Roman

Los ojos de Nina se abren de par en par ante mi propuesta. Probablemente se esté preguntando si voy en serio, y puedes apostar que sí. No importa el medio, voy a recuperarla.

—Me estás chantajeando para que me case contigo. Otra vez.

No es una pregunta, pero decido aclararlo de todos modos.

—Sí, lo hago.

Sus ojos se clavan en los míos y los observo atentamente. Están rojos en los bordes y las lágrimas siguen fluyendo. Creo que ni siquiera se da cuenta que sigue llorando, y anhelo apartarlas con la mano. Esta será la última vez que llore por mi culpa, me lo juro.

Necesito que diga que sí. No hay manera que pueda pasar una noche más sin mi gata salvaje acurrucada a mi lado. Se llevó mi corazón negro con ella el día que se fue, y si dice que no, puede quedárselo. De todos modos, estoy arruinado para cualquier otra persona.

—Jesús, Roman —suspira y se presiona los talones de las manos sobre los ojos.

Miro fijamente sus manos, que están manchadas de pintura negra, y una pequeña llama de esperanza surge en mi pecho.

—No te has quitado los anillos.

—No podría. —Baja las manos y resopla.

Bien. Estamos llegando a alguna parte. Alcanzo su mano y le saco los anillos del dedo. Se desprenden muy fácilmente. Ha perdido peso. Voy a estrangularla.

—Devuélvemelos —grita y me agarra la mano, pero la muevo a la espalda.

—Lo haré. Dame unos segundos —digo, y agarrando el bastón, empiezo a bajar lentamente la rodilla izquierda hacia el suelo.

Nina me mira fijamente, con los ojos muy abiertos. Vuelve a llorar.

—Mierda, cariño. No hagas eso.

Ignoro el dolor punzante en mi pierna derecha y bajo un poco más la rodilla izquierda. No es la postura exacta que había previsto, pero es lo más parecido a arrodillarse que puedo conseguir. Levanto los anillos frente a ella.

—¿Quieres casarte conmigo, Malysh?

Ella gime y exhala, sus lágrimas siguen cayendo por su rostro, y entonces me agarra de la parte delantera de la camisa y me levanta. Tardo unos segundos en enderezarme, y cuando lo hago, ella levanta la mano entre nosotros.

—Esta vez no te vas a librar de la versión barata, Roman. —Ella bufa—. Quiero un vestido, largo, vaporoso y deslumbrante. Quiero una tonelada de flores, una orquesta tocando música elegante, y por supuesto...

Siento que mis labios se curvan en una sonrisa. Estoy tan jodidamente enamorado de mi pequeña y loca mujercita.

—Te amo —susurro, deslizo los anillos en su dedo, después atrapo su cara y la beso.

* * *

Desciendo mi mano por la espalda de Nina, bajándola seguidamente y aprieto su culo, desandando el camino hasta la parte posterior de su, donde mis dedos se atascan en unas hebras verdes oscuras enredadas.

—¿Se quitará esto?

Nina levanta la cabeza de mi pecho y mira el mechón de cabello entre mis dedos.

—¿No te gusta el verde?

—La verdad es que no. Pero si te gusta, me parece bien, aunque es horrible.

—Se eliminará en una semana más o menos. Yo también lo odio. —Se encoge de hombros y vuelve a bajar la cabeza, justo sobre mi corazón—. ¿Cómo vas a detener la guerra con los italianos?

—La forma habitual. Alguien va a casarse con una dulce y dócil chica italiana.

—Qué romántico. ¿Y quién será el afortunado novio?

—Todavía no lo he decidido. Probablemente Kostya.

—Estoy segura que estará encantado. —Bosteza y cierra los ojos—. ¿Cómo ha ido la fisioterapia?

—Lo terminé hace dos semanas. Warren dijo que habíamos llegado al máximo de lo que se podía conseguir, así que ya no es necesario.

—Me alegro. Sé lo mucho que odiabas esas sesiones. Eres sexy con el bastón, tal y como predije. —Ella sonríe somnolienta.

Retiro unos mechones de cabello de su cara y miro hacia el lado de la cama, donde están mis muletas apoyadas en la pared. No creo que se haya dado cuenta cuando entramos, ya que estábamos preocupados por quitarnos la ropa de camino a la cama. De todos modos, se enteraría por la mañana, pero prefiero decírselo de inmediato y acabar con ello.

—Nina... Tengo que decirte algo.

—Mmm... ¿puede esperar hasta la mañana?

—No.

Su cabeza se levanta inmediatamente, sus ojos me miran fijamente.

—¿Qué has hecho?

—No he hecho nada. Es solo algo que necesito que sepas.

—Oh, Dios... —Ella gime—. Solo dime qué demonios hiciste.

Mi preciosa florecilla me mira con los ojos muy abiertos. Odio tener que decírselo. Lo odio tanto que me da rabia.

—Sigo usando las muletas, Nina. Todavía tengo la rodilla rígida por las mañanas y no puedo caminar sin ellas durante la primera hora, más o menos. —Aprieto los dientes y continúo—. A veces las necesito también por las noches.

Se queda mirándome, sus ojos clavados en los míos. Necesito que diga algo. Cualquier cosa.

—¿Y? —pregunta finalmente.

—¿Y qué? Eso es todo —digo yo.

Sus ojos se abren aún más.

—Santa mierda, Roman, no me asustes así. —Me golpea en el pecho con la mano—. Pensé que me ibas a contar algo importante, como que te habías cargado a Igor mientras yo no estaba. Dios, cariño.

La miro fijamente. No es la reacción que esperaba. Decepción, sí. O al menos cierto disgusto al darse cuenta que acabará atada a un discapacitado el resto de su vida. ¿No es eso muy importante? Tal vez ella piensa que es solo temporal.

—Nina, no lo entiendes. No habrá nada mejor que esto para mí. Lo siento, Malysh.

Se inclina hacia delante hasta que su frente toca la mía y coloca sus manos a ambos lados de mi rostro.

—Sí, ya me lo has dicho. También vi tus muletas y lo deduje yo misma, cariño. Y no podría importarme menos. —Me da un beso en los labios—. Entonces, ¿no has matado a nadie mientras yo no estaba?

Decido invocar a la Quinta, y sabiamente mantengo la boca cerrada.

—¿Roman? —Ella estrecha sus ojos hacia mí.

Suspiro.

—Me cargué a Tanush, ¿vale?

—Lo sabía. Yo . . . —Sacude la cabeza.

—Fue él quien puso la bomba con Leonid.

Nina me mira, frunce la nariz y luego asiente.

—Se lo merecía. —Dice y retoma su posición sobre mi pecho—. Pero, por favor, no mates a nadie más por mi causa.

Escucho hasta que su respiración se estabiliza. Cuando estoy seguro que duerme profundamente, saco su pequeña mano de mi pecho y le doy un beso en la punta de los dedos.

—Mataré a cualquiera que se atreva a hacerte daño —susurro—. Solo me aseguraré que no te enteres la próxima vez.

EPÍLOGO

Nina

Dos meses después

—No vas a venir conmigo a comprar el vestido de novia, Roman. —Lo miro fijamente desde el otro lado de la cocina, con las manos en la cadera.

—Estaré fuera del vestuario. No miraré, pero estaré allí.

—No —digo yo.

—Sí.

—Esto es ridículo.

—No hay nada ridículo en mi temor por tu seguridad. Todavía no puedo olvidar el día en que el bastardo que contrató Leonid, intentó matarte. No tienes idea de lo que me produjo esa hora sin saber si estabas herida o muerta. No volveré a pasar por eso.

Se pone delante de mí, me coge con el brazo por la cintura y me deposita en la encimera. Se ha convertido en mi lugar favorito.

—Presumido. —Alargo la mano y aprieto sus bíceps duros como piedras.

—Te encanta cuando hago eso —dice y se coloca entre mis piernas—. Y me evita forzar el cuello.

Siento su mano en la parte posterior de mi rodilla y luego sube por mi muslo hasta llegar a mis bragas. Coloca su bastón sobre la encimera y luego su otra mano se desliza bajo mi falda.

—Llegaré tarde a la prueba.

—Esperarán —me susurra al oído, y de repente oigo cómo se rasga la tela de mis bragas.

—Tendré que encontrar al arquitecto que calculó la altura de este mostrador... —Se lleva la mano al cinturón, lo afloja y empieza a desabrocharse los pantalones—. Y les daré una buena propina.

—¿Cómo de buena? —Sonrío, engancho mis piernas alrededor de su cintura y me agarro al borde del mostrador.

—Extremadamente. —Me agarra las nalgas y se entierra en mí de un solo embiste.

* * *

—Roman —digo una hora después—. Quiero volver a intentarlo.

Su mano se mantiene en mi espalda.

—No.

Hemos estado intentando superar mis miedos y, parece que estábamos llegando a algún sitio. Que me sujete las muñecas ya no me provoca. Probamos eso primero. Sin embargo, cuando intentamos mantenerme acostada sobre mi espalda, llegamos a un estancamiento. Cada vez que Roman intentaba ponerse encima de mí, incluso sin inmovilizarme con su cuerpo, me volvía loca. Me destrozaba por dentro. Deseaba tanto sentir su cuerpo cubriendo el mío, pero mi mente siempre procesaba la situación de forma equivocada. No sé qué hacer para que mi jodido cerebro se " des-joda".

Levanto la cabeza y le miro a los ojos.

—Por favor.

La mano de Roman acaricia mi cara, su mirada se clava en la mía, y lo veo en sus ojos. A él también le molesta.

—¿Tienes idea de lo que me hace, sentir como te quedas paralizada de miedo debajo de mí, viendo el pánico en tus ojos? Me destruye cada vez. Por favor, no me pidas que siga haciéndote daño. No puedo soportarlo.

—Solo un intento más —suplico, trabajando por evitar que las lágrimas caigan. Lo amo tanto, por qué mi estúpido cerebro no puede entender que él nunca me haría daño.

Roman suspira y me besa la frente.

—De acuerdo.

Me pongo de espaldas, cojo su mano y la pongo sobre mi estómago, donde empieza a acariciar mi piel. Con cuidado, Roman pasa su pierna derecha por encima de la mía y se acerca hasta que su pecho y su estómago quedan pegados a mi costado.

—¿Todo bien? —susurra, y asiento.

Lentamente, se levanta sobre su codo y coloca su otra mano en mi otro lado. Respiro hondo y lo observo mientras se coloca encima de mí, apoyando su peso en los codos. Mi respiración se acelera y veo que se queda inmóvil. Se va a apartar. Lo veo en su cara. No. No dejaré que este miedo absurdo me domine nunca más.

Alargo la mano, notando cómo me tiemblan los dedos, y la poso en su mejilla.

—Necesito que me hables, cariño. —Tengo que hacer que mi cerebro entienda que es Roman.

—Te amo, Milaya. Tanto, tanto —susurra sin romper nuestro contacto visual—. Creo que me enamoré de ti la primera vez que nos vimos. Te veías tan ruda, con ese traje negro emo y el anillo en la nariz, de pie frente a mí, tan serena y tan enfadada.

Mi respiración sigue siendo más rápida de lo normal, y mi mano sigue temblando, y siento esa necesidad de salir corriendo, pero aprieto los dientes y me concentro en la voz de Roman.

—Me hechizaste, mi florecilla. Aquella noche, en la fiesta donde supuestamente nos conocimos, quise besarte en el momento en que me dijiste que no eras un caniche.

Coloco mi otra mano en su pecho, sintiendo los latidos de su corazón bajo mi palma. Mi respiración agitada se ralentiza un poco.

—¿Crees en el amor a primera vista, Malysh? —dice y su cabeza baja unos centímetros—. Siempre pensé que era una tontería. Estaba equivocado, milaya. Muy equivocado.

Su cabeza baja aún más hasta que su nariz casi roza la mía, con esos ojos astutos clavados en los míos.

—Te amo tanto que quemaría el puto mundo por ti. —Nuestros labios casi se tocan—. Has creado un monstruo, Nina, porque no hay nada que no haría. Solo tienes que pedirlo.

Mis manos casi dejan de temblar y mi respiración se normaliza. Lentamente, envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y lo acerco más esos últimos centímetros, hasta que su boca finalmente toca la mía.

—Por favor, no quemes nada hoy, cariño —le digo en sus labios.

Siento que su boca se ensancha y veo que las esquinas de sus ojos se arrugan.

—Lo pensaré —susurra y me besa.

Hay un ligero peso presionando mi pecho. Roman sigue apoyándose en sus codos, pero su frente está pegada a la mía. Tengo un momento de pánico cuando registro la posición de su cuerpo, pero luego mi cerebro se centra en sus labios y mis músculos se relajan. Dios, este hombre sabe besar.

—Más, cariño —murmuro en sus labios, y él deja caer un poco más de su peso sobre mí.

—¿Bien?

No solo bien. Perfecto. Y ahora la parte más difícil.

—La mano en mi cuello, Roman.

—Nina.

—Por favor.

Su mano derecha se mueve lentamente sobre mi pecho, luego más arriba, hasta que su palma llega a mi cuello. Se me corta la respiración. Mis manos se quedan quietas sobre sus hombros y cierro los ojos.

—Solo soy yo, milaya. —Escucho su voz susurrando en mi oído mientras sus dedos acarician la piel de mi cuello—. Nunca te haré daño. Preferiría cortarme la mano. Por favor, vuelve a mí. Sabes lo mal que estoy sin ti, Malysh.

Se me escapa una lágrima cuando abro los ojos y lo miro a él, mi enorme marido, observándome con preocupación.

—Te amo tanto, joder, que es insano —digo, y acto seguido cierro mi boca sobre la suya, y envuelvo mis piernas alrededor de su cintura.

Roman me penetra lentamente, aún tiene miedo que me vuelva loca, pero sé que no lo haré. Nunca tuve miedo que me hiciera daño, y parece que mi jodido cerebro por fin se ha enterado. Acerco mis labios a su oído.

—Quiero que me folles sin sentido, Roman —digo—. Y si después puedo caminar, te enfrentarás a las consecuencias.

Gruñe, se desliza lentamente fuera de mí y vuelve a enterrarse, haciéndome gemir. Nunca pensé que disfrutaría tanto de la sensación de un enorme cuerpo masculino presionando sobre mí. La mano de Roman recorre mis pechos y mi vientre hasta llegar al lugar donde se unen nuestros cuerpos. Presionando mi clítoris, sus magistrales dedos lo rodean, lo provocan. Me agarro a sus hombros, jadeando, mientras él sigue destrozando mi coño y a mí, deslizándose dentro y fuera mientras mis latidos se disparan.

—Más fuerte —me ahogo y arqueo la espalda.

La mano de Roman abandona mi coño y desciende por mi muslo. Luego, rodeando con sus dedos mi rodilla, tira de mi pierna hacia arriba y la pasa por encima de su hombro. Cuando vuelve a introducirse en mí, jadeo. La sensación de su polla me llena tanto que me revuelve el cerebro. Agacha la cabeza para darme un beso en los labios y luego me penetra con tanta fuerza que tengo que usar el cabecero de la cama para sostenerme. La cama que tengo debajo se balancea al ritmo de sus embestidas, y un gemido sale de mis labios. Mis músculos sufren espasmos, pero él sigue empujando mi cuerpo cada vez con más fuerza hasta que me corro con un grito.

Roman

Me encanta cuando juega con mi cabello. Por supuesto, nunca lo admitiría. No es algo que se considere pakhan-ish, como le gusta decir a Nina.

—Creo que tendré que reprogramar la prueba —dice y sigue pasándome los dedos por el cabello—. Llevamos tres horas de retraso y estoy segura que tienen todo reservado. No hay manera que me hagan un hueco.

—Por supuesto, lo harán. —Abro un párpado y la miro—. Nadie dice que no a mi mujer.

—Bueno, técnicamente, aun no soy tu esposa. ¿O debería decir más aún? —Su mano se detiene y yo gruño con desagrado—. Supongo que estamos en un punto intermedio entre ambos matrimonios. Esta situación es extraña.

—Lo corregiremos pronto. —Me encojo de hombros y vuelvo a cerrar los ojos.

—¿Roman?

—¿Mmm?

—Tengo algunas noticias que compartir. No sé cómo reaccionarás, pero por favor no te asustes. ¿Prometes no enloquecer?

—Nina, milaya, nunca me asusto. Soy una persona extremadamente tranquila. Ya lo sabes. ¿Qué pasa?

Siento que su cabello me cosquillea el hombro mientras se inclina y me susurra al oído.

—Estoy embarazada.

Abro los ojos bruscamente. Me siento como si me hubiera atropellado un tren, y un peso presiona mi pecho, dificultando mi respiración. La agarro por la espalda y pego su cuerpo al mío, metiendo su cabeza bajo mi barbilla.

—¿Estás segura? Por favor, dime que estás segura.

—Estoy segura. Hice una prueba esta mañana porque he estado vomitando el desayuno durante una semana más o menos. Y mis tetas también me están matando. No he tomado la píldora desde que volví.

Cierro los ojos y la abrazo durante unos instantes, procesando.

—No te perderé de vista —le susurro al oído—. No vas a salir de la casa sin mí. Diré a las empleadas que trasladen mis cosas del despacho. A partir de ahora trabajaré desde el salón.

—¡Roman! ¿Estás jodidamente loco?

—Puede que sí. Estoy loco de felicidad y cagado de miedo al mismo tiempo. Y no quieres agitar a una persona loca, Nina. Créelo.

—¿Qué demonios sucedió con ese hombre extremadamente sereno que decías ser?

—Se ha ido, malysh. —Beso la coronilla de su cabeza—. Vamos a cancelar la prueba e ir al médico para un chequeo de inmediato.

—Sabía que te asustarías —suspira en mi cuello—. Dios, espero que sea un niño.

—¿Por qué? —pregunto`—. Me encantaría tener una niña.

—Nunca tendrá un novio con tu locura alrededor, Roman.

—Por supuesto, lo hará. Cuando tenga cincuenta años. —Muevo mi mano por detrás de nuestros cuerpos para colocar mi palma sobre el estómago de Nina.

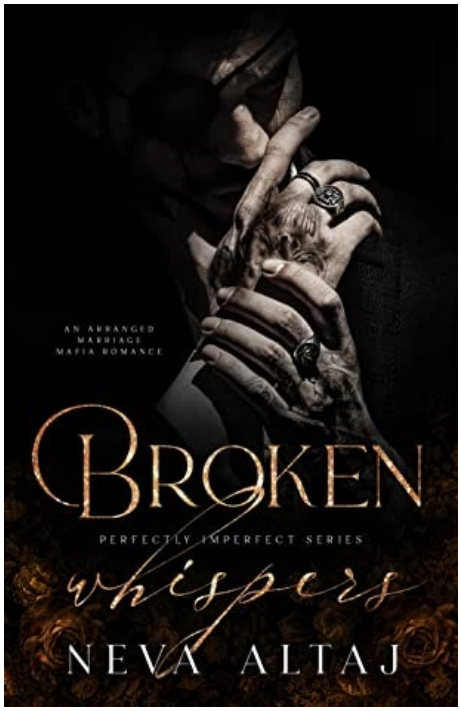
—Te amo tanto.

—Yo también te amo, mi peligroso kotik.





Próximo Libro



Mikhail

Las mafias italiana y rusa están en guerra,
y es brutal.
Ambos somos despiadados, inflexibles e implacables.
Pero entonces, se toma la decisión de fusionar nuestros mundos,
Un matrimonio entre ambas partes.
La mujer más bella de la mafia italiana,
y el monstruo más temido de la Bratva.





La amé desde lejos durante mucho tiempo,
Y finalmente puedo tenerla como propia.
Pero ella ¿escapará,
cuando se dé cuenta de quién soy realmente?

Bianca

Cualquier cosa,
Haría cualquier cosa por mi hermana,
Incluso casarme con la Bratva para mantenerla a salvo.
Esperaba un salvaje despiadado y de corazón frío,
Pero me he llevado una sorpresa.
Este hombre cicatrizado y aterrador,
Es todo lo que siempre he querido.
Ahora, depende de mí,
derribar sus muros,
y destruir las barreras entre nosotros
A través de susurros entrecortados.



Sobre la Autora



Neva Altaj escribe romances contemporáneos de la mafia sobre antihéroes dañados y heroínas fuertes que se enamoran de ellos. Tiene debilidad por los alfas locos, celosos y posesivos que están dispuestos a quemar el mundo por su mujer. Sus historias están llenas de pasión y de giros inesperados, y siempre está garantizado el "felices para siempre".